

# INEVITABLEMENTE ENAMORADOS



PATTY LOVE

# Inevitablemente enamorados

Patty Love

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Inevitablemente enamorados  
Patty Love©, octubre 2018  
Imagen de portada: FreePick  
ISBN: 9781728990125

# 1

—Qué guapa te has puesto. ¿Dónde vas? —le dijo Sarah Morgan a su amiga y compañera de piso, Janice Stone, cuando la vio entrar en el salón con aquel vestido negro tan elegante.

—He quedado con Jack. Quiere que cenemos con Gene y Lewis.

—Y por la cara que pones deduzco que no te apetece. —Sarah hizo una mueca de burla.

—Evidentemente no. No por Gene a la que, por cierto, casi no le vemos el pelo por casa, sino por Lewis. Sigo sin tragarlo.

—Está enamorada, es normal.

—Lo sé, pero no me fío de Lewis.

—Debes quitarte esa manía de encima. Gene es feliz —afirmó Sarah pensando en lo bien que estaba Gene, su otra amiga y hasta ahora compañera de piso, desde que había empezado en serio con Lewis Maddox, amigo a su vez y socio de Jack Lefkowitz, el actual novio de Janice.

—Y me alegro por ella, no me malinterpretes, pero es mi amiga y me asusta que vuelva a hacerle daño.

—Ya llevan tres meses saliendo y no hay indicios de nada raro. No debes preocuparte. Yo no lo hago.

—Tú eres la más ingenua de las tres, no te ofendas.

—No me ofendo, yo siempre estoy del lado del amor.

—Pues en nombre del amor tienen algo que contarnos —dijo Janice con el ceño fruncido.

Sarah abrió los ojos sorprendida.

—¿Gene y Lewis?

—Sí, espero que no esté embarazada.

—No lo creo, igual quieren casarse.

—¡¿Tan pronto?! —exclamó Janice.

—Yo qué sé, a veces se hacen locuras por amor, como aquello del globo. Gene dijo que a Lewis le temblaba todo el cuerpo.

—He de reconocer que aquello fue bonito. Lástima que nos lo

perdiéramos —dijo Janice con una sonrisa maliciosa dibujada en la cara.

—Eres malvada —dijo Sarah a sabiendas que Janice hubiera dado un ojo por ver el miedo instaurado en el novio de Gene.

Janice seguía dudando de las intenciones de Lewis Maddox. Era demasiado protectora con su amiga Gene y, aunque esta le hubiera repetido por activa y por pasiva que Lewis era un buen hombre, no acababa de creérselo. Sin embargo, de lo que sí estaba segura era de que Jack Lefkowitz era un firme candidato para formar parte de su corazón.

La relación había empezado hacía ya tres meses y se había afianzado de forma pausada y sin ningún altibajo. Jack era atento, siempre estaba pendiente de ella, nunca hubo un mal gesto por su parte y eso a Janice le agradaba. Ella, por su parte, era una mujer temperamental, de esas que no aguantan cualquier cosa y de las que sueltan las verdades y también algunas barbaridades sin filtro alguno.

Era además muy trabajadora y resolutiva, compaginando los estudios y un trabajo de camarera en una cafetería en el Old Town de Edimburgo con las prácticas en un hospital, y pronto se convertiría en médico residente. Ese carácter suyo bien le vendría para sobrellevar la dura profesión.

Janice podía parecer muchas veces una mujer frívola, pero en el fondo tenía un corazoncito capaz de crear bellos sentimientos y empatizar con los pacientes. En las últimas semanas había conocido a Ben, un chico de su misma edad, que había acudido aquejado de unos dolores en la espalda y al que había mandado hacer unas pruebas, preocupada de que aquello fuera algo grave más allá de una lumbalgia. Ben hablaba con entusiasmo de sus planes en la vida y era por ese tipo de cosas que a Janice se le agriaba el carácter a veces, pero Jack sabía calmarla como nadie. Era el compañero perfecto para ella.

Jack llegó puntual y juntos llegaron a Purslane Restaurant. La estaba malcriando, pues era un hombre de gustos caros, ya que podía permitírselo, pero Janice era de otra pasta, no le gustaban las ostentaciones y abogaba por gastar el dinero en causas más nobles como la caridad. Aun así, aguantaba con resignación aquellos buenos restaurantes y era la primera en terminarse la copa de champán. No estaba en sus planes hacerle un feo a su novio, no lo merecía.

—Dichosos los ojos —le reprochó Janice a Gene cuando se hubieron sentado a la mesa.

—Me tiene secuestrada en su casa —se defendió Gene entre risas.

—Veo que la cosa va en serio —comentó Jack dándole unas palmadas en el hombro a su amigo—. Me alegro por vosotros.

—Muy en serio, amigo mío. He pedido a Gene que se mude definitivamente a mi casa.

—Vaya, eso es rapidez —comentó Janice con una falsa sonrisa.

—Podrías fingir que te alegras —la reprendió su amiga.

—Lo siento —sonrió esta vez más sinceramente—, me alegro mucho por vosotros.

—Lo vuestro tampoco es ninguna broma, Janice. Jack me tiene al corriente de todo —dijo amigable Lewis, apurando la copa de vino, pasando por alto las afrentas de la amiga de Gene, que sabía de sobras que no lo tragaba.

—Eso parece, pero no tengo previsto mover mi armario a su apartamento de momento —le replicó ella forzando una sonrisa.

—Algún día tendrá que ser, cariño —dijo Jack posando la mano sobre la rodilla de Janice.

—Algún día. —Sonrió Janice a Jack y cogió la carta del restaurante.

—Y ese día tendrás que llevar cuidado con la madre de Jack —comentó Lewis entre risas.

—¡Oye!, ¿qué tienes en contra de mi madre?! —le preguntó Jack, contrariado, a su amigo.

—¿No me negarás que es de armas tomar? —Lewis arqueó las cejas divertido.

—No te lo niego, pero es una buena persona.

—No me asustas, Lewis —dijo Janice ladeando la cabeza—. A mí ninguna madre se me resiste, las ancianitas me adoran.

—Mi madre no es tan anciana, y estoy seguro de que le encantarás.

—Pero para eso falta mucho tiempo. Ahora quiero comer, me rugen las tripas —dijo ella estudiando la carta con detenimiento.

A Janice la idea de formalizar cualquier relación le suponía un verdadero agobio. Ella siempre presumía de ser la más moderna, la más independiente, pero en el fondo quería lo que todo el mundo quiere: tener el amor de su lado.

Desde que Jack había retomado su amistad con Lewis, amigo suyo desde la universidad y socio en Lefkowitz y Maddox Asociados, seguía muy de cerca la relación de Gene con Lewis. Su amiga ya no pasaba mucho tiempo en casa, entre las clases del máster, el trabajo a tiempo parcial en el bufete y

ahora su relación más que establecida con Lewis, apenas tenía tiempo libre, y el poco que tenía no lo pasaba con sus amigas. Sentía que la estaba perdiendo por culpa de su novio, al que, por otra parte, no le tenía demasiada estima. No había podido quitarse de la cabeza todas aquellas cosas que le había hecho a Gene al principio y todavía estaba en proceso de asumir que ella le hubiera perdonado todo entregándose por completo. Janice era de naturaleza desconfiada y con Lewis no iba a hacer una excepción, no por el momento.

—Estos dos están muy enamorados, ¿no crees? —le dijo Jack a Janice mientras volvían a casa en el coche.

—Eso parece. Espero que tu amigo no la fastidie.

—No lo hará. Hemos hablado mucho de eso. Me quise asegurar de que lo que sentía por Gene era verdadero.

—¿Y qué ha querido decir con lo de tu madre? —Janice le había estado dando vueltas a aquello.

—No le hagas caso, mi madre es una mujer de férreas convicciones, tradicional y algo estirada, pero es una buena persona.

—No lo dudo, es una mujer judía y por lo tanto llevará su cultura muy arraigada.

—Mi madre no es judía, es escocesa de pura cepa, su apellido de soltera es McCan.

—Pensaba que eras judío cien por cien.

—Pues ya ves que no. Aún hay muchas cosas que descubrir el uno del otro y espero poder conocerte como a la palma de mi mano. A veces eres muy hermética.

—Si sabes que soy así de reservada es que ya me vas conociendo mejor.

—Sonrió ella.

—Así es, doctora Stone, y por eso me gustas tanto, eres todo un misterio para mí.

## 2

Inevitablemente el lunes llegó y Janice se levantó perezosa aquella mañana. Tras la cena con Gene y Lewis, Jack y ella habían pasado el resto del fin de semana encerrados en su casa, disfrutando de los placeres que regalan los comienzos de una relación. Jack era un amante fantástico y Janice disfrutaba mucho con él. La hacía sentirse la mujer más deseada de la Tierra y se sentía muy guapa y sexy entre sus brazos.

Se dispuso a prepararse un café, con el cabello todavía revuelto, y se dejó caer en la silla de la cocina con el zumbido de la cafetera de fondo, sonriendo al recordar algunos de los momentos vividos con Jack. Pero, de pronto, le vino a la cabeza lo que Jack le había dicho el domingo antes de marcharse y frunció el ceño.

—Janice, sé que no estás lista para conocer a mis padres. No entiendo la razón, pero la respeto. Aun así, me gustaría pedirte algo.

—Adelante —dijo ella un poco recelosa.

—Verás, mi familia organiza una cena antes de la primera nevada de Edimburgo. Es una antigua tradición familiar y me gustaría que me acompañaras.

—¿Con tus padres? —A Janice la idea no le hizo demasiada gracia.

—Sí, son ellos quienes la organizan y supongo que estarán —le repuso él mesándose el pelo y soltando una risilla.

—Hace un segundo me dices que respetas que todavía no quiera que me presentes oficialmente, ¿y ahora me pides esto? —Janice no lograba entender aquello.

—No te presentaré oficialmente, puedes venir en calidad de amiga. Lewis vendrá con Gene. No me gustaría estar solo y aún menos sabiendo que te tengo a ti.

—¿Y crees que alguien se va a creer que solo somos amigos? —rio Janice.

—Solo digo que me gustaría que me acompañaras. —Él la miró con los ojos llenos de esperanza y ella no pudo resistirse más. Jack era un cielo.



—Lo haré —dijo asintiendo con la cabeza.

—¿De veras? —Los ojos de Jack brillaron contentos.

—Sí, iré a esa estúpida cena.

—No la califiques así delante de mi madre o te echará a los perros —la previno él soltando una carcajada.

—¡Pues en buen lío me he metido! —exclamó ella arrepintiéndose en el acto de haber accedido. El comentario de Lewis sobre la señora Lefkowitz todavía le picaba tras la oreja.

—Ven aquí. —Jack la agarró del brazo y la acercó hacia él, apoyando la frente en la de Janice para rozarle la nariz con la suya—. ¿Te he dicho ya que eres preciosa?

—Unos miles de veces —respondió ella besándolo después.

Janice suspiró y cogió la taza para darle un sorbo. Definitivamente se había metido en un buen lío. Era consciente de que alguna vez tendría que formalizar la relación con Jack, pero ella era otra clase de mujer. Le gustaba vivir tranquilamente a su modo sin etiquetas, creía que formalizar una relación era simplemente vivirla con pasión y entrega, y que la familia de ambos no tenía demasiada cabida en algo tan personal. Pero si Jack quería que lo acompañara a esa cena, ella debía hacerlo porque aquello formaba parte de esa entrega, aunque solo hubieran pasado tres meses desde que habían empezado a salir.

La primera vez que vio a Jack se le iluminaron los ojos. Era ese tipo de hombre que irradiaba seguridad a primera vista, una férrea seguridad en sí mismo que completaba con un imponente físico. Alto, fuerte, de mandíbula recta, labios carnosos y ojos azules vibrantes. Jack era un regalo para la vista y una persona excepcional. Lo que había venido después de su primera cita había sido una delicia en todos los sentidos. Cada vez que la llamaba por teléfono para hablar con ella sobre cualquier tontería, cosa que Jack hacía con mucha frecuencia, sentía los nervios colonizándole el estómago como un enjambre de pequeñas mariposas ansiosas por revolotear, y, cada vez que lo veía, esas mariposas echaban a volar libremente dejándola sosegada. Él tenía ese efecto sedante en ella, era su yin, era su polo positivo, era lo que nunca había llegado a pensar que conseguiría encontrar en Edimburgo. Alguien que la complementara y comprendiera, pero Jack había conseguido eso y mucho más.

La mañana en la cafetería pasó rápidamente, los clientes aparecían en manada a por sus dosis de cafeína, convirtiendo el local en un escenario propio de *The walking dead*.

A las dos, acudió al hospital, le habían asignado el turno de tarde esa semana, pues la iban rotando según las necesidades del centro sanitario.

Saludó a varios compañeros y entró en la sala donde se cambiaban.

—Perdona, no sabía que estabas aquí —le dijo una voz de hombre, sobresaltando a Janice, que se cubrió en el acto el cuerpo semidesnudo con la bata medica.

—¿Podrías mirar a otro lado? —le pidió molesta, girándose para comprobar de quien se trataba. Un chico algo mayor que ella la observaba desde las taquillas con una bonita sonrisa esbozada en la cara. Y vaya cara. Era muy atractivo y alto. Muy alto. A Janice le gustaban los hombres de gran estatura.

—Lo siento. Mejor vuelvo luego.

—No es necesario, pero no me mires.

Janice se colocó el uniforme de trabajo y volvió a dirigirse a él.

—Ya puedes girarte —le dijo.

—Lo siento.

—No importa. Es una sala común y supongo que estamos más que acostumbrados a ver cuerpos desnudos.

—Cierto, soy Ryan. Por aquí todos me llaman doctor Simon.

—Encantada, soy Janice, y espero que pronto se me conozca como la doctora Stone —se presentó ella extendiendo la mano para saludarlo.

—Entonces eres la chica de prácticas de la que todo el mundo habla —comentó él dibujando de nuevo una sonrisa a la vez que le estrechaba la mano.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Es bastante bueno. Se comenta que eres muy aplicada y que te entregas mucho a los pacientes.

—Eso intento —dijo tratando de salir de allí. Aquel tal Ryan era muy atractivo y la proximidad que había entre ellos la ponía algo nerviosa.

—Lo siento, te estoy entreteniendo. Nos veremos por el hospital —dijo él haciéndose a un lado.

—Eso, nos vemos, doctor Simon.

—Llámame Ryan. —Él la miró tan intensamente que Janice sintió que el vientre se le tensaba.

—Pues en ese caso, *ciao*, Ryan —dijo Janice con un rápido movimiento de mano saliendo por la puerta.

La jornada empezó siendo dura. Janice se encargó de atender las urgencias y aquel día parecía ser catastrófico en Edimburgo. Varias personas acudieron con graves accidentes domésticos y hubo tres accidentes de tráfico.

Pero el golpe más duro se lo llevó más tarde, cuando el médico que supervisaba sus prácticas le enseñó los resultados de Ben, el chico con el dolor lumbar que había acudido a la consulta hacía un par de semanas.

—Stone, buen trabajo. Efectivamente lo de Ben Harrison no era una lumbalgia. Al parecer, tiene un tumor en el riñón derecho.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—Tendrás que hablar con él.

—¿Yo? —preguntó tragando saliva.

—Si quieres ser médico debes aprender a dar buenas y malas noticias. Es parte de la profesión. Además, es tu paciente.

Janice asintió con un nudo en la garganta. Sabía que ese día llegaría, pero no pensaba que iba a ser tan pronto.

—Lo sé, doctor Philips, yo me encargo.

—Tendrá que someterse a quimioterapia antes de proceder a la operación. Debemos reducir el tamaño lo máximo posible y, aun así, no hay garantías de que tengamos que extirpar el riñón. Cuando cites al paciente me encargaré de que la doctora Connors esté contigo, es nuestra oncóloga más reputada.

—Se lo agradezco.

—Avísame cuando hayas concretado la cita con el muchacho —le dijo su mentor tendiéndole la carpeta con el informe de Ben.

—Descuide, doctor Philips.

Eran las ocho cuando Janice entró en su apartamento malhumorada. Le encantaba la idea de convertirse en médico, pero los pormenores de la profesión, como dar malas noticias a los pacientes, le provocaban un malestar propio de cualquier ser humano.

Sarah había salido y Gene, como venía siendo costumbre, no estaba en casa. Además, aquella ya no podía considerarse la casa de su amiga, pues en pocos días comenzaría la mudanza y se iría a vivir definitivamente con Lewis. Dejó la mochila de mala manera sobre la mesa de centro y agotada se

tiró en el sofá. A los pocos segundos se quedó dormida.

### 3

—Janice, mi amor. —Janice escuchó una voz a lo lejos mientras le acariciaban la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó entreabriendo los párpados a duras penas. El salón estaba sumido en la penumbra y la poca luz de luna que entraba por la ventana no conseguía iluminar apenas la estancia.

—Te has quedado dormida. Sarah me ha abierto, pero se ha vuelto a marchar —dijo Jack que, acucillado frente a su rostro, le brindaba una sonrisa—. ¿Te encuentras bien? —Sus dedos le acariciaron la sien mientras le acomodaba unos mechones de pelo tras la oreja.

—Sí, tranquilo. Solo es cansancio.

—Deberías plantearte dejar la cafetería.

—¿Y cómo se supone que voy a vivir? —preguntó ella incorporándose mientras se restregaba la cara.

—Yo puedo ayudarte. No es ningún problema.

Janice sacudió la cabeza por completo ofendida ante tal propuesta y le replicó:

—Eso no es una posibilidad para mí.

—¿Por qué eres tan testaruda? ¿Qué harás cuando te toque un turno de guardia?

—Me las arreglaré, Jack.

—No podrás, te caerás de sueño. Déjame ayudarte. —Se acercó más a ella.

—No quiero que me ayudes, no lo necesito. No voy a ser la típica mantenida.

—¿Quién ha dicho que vayas a serlo? Solo es hasta que consigas la residencia.

—Pues hasta entonces me las arreglaré solita como hasta ahora —le respondió molesta, levantándose de un salto.

—A veces no te entiendo. Quiero comprenderte y no sé qué hago mal.

—Nadie ha dicho que hagas nada mal, solo que hay veces que te

excedes.

—Porque siento algo por ti, Janice. Acaso, ¿preferirías que pasara de ti? ¿Que no me preocupara por ti? Dime qué quieres y lo haré, haría cualquier cosa por ti. —La mirada de Jack era sincera y amable.

—Lo siento —dijo Janice agarrándose la cabeza con ambas manos—. He tenido un mal día. No quería tratarte así, no lo mereces.

—¿Qué ha sucedido?

—Es por Ben, el chico del que te hablé hace unos días.

—Sí, lo recuerdo. —Jack se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Tiene un tumor maligno en el riñón. He hablado con él para concretar una cita y vendrá la próxima semana para que se lo comunique, pues no está en la ciudad, y no sé cómo hacerlo.

—Lo siento, sé que es duro para ti, pero es parte de tu profesión y debes enfrentarte a ello. —Jack le apretó la mano para reconfortarla—. Por otro lado, debes pensar que puedes haberle salvado la vida, tú detectaste que no era una lumbalgia como apuntaba el otro doctor que lo atendió primero.

—Lo sé. —Asintió ella apesadumbrada—. Me gustaría hablar con ese doctor que le dio ese diagnóstico, ha demostrado ser muy patán. Ese chico podría haberse ido a casa con unos analgésicos y haber empeorado con el tiempo.

—¿Te dijo si ese doctor que lo vio trabaja en tu mismo hospital?

—No, pero se lo preguntaré.

Aquella noche Jack la convenció para pedir una pizza y ver una película. Sabía que insistirle en salir a cenar fuera no sería buena idea y que el plan casero se adaptaba mejor a las necesidades de su novia. Janice aceptó de buena gana a acurrucarse con él en el sofá mientras veían *Cuestión de tiempo*, una de sus películas favoritas.

—Entiendo por qué te gusta tanto esta película —comentó él.

—A ver, listillo, ¿por qué? —se burló ella, apartando la cabeza del hueco de su hombro para mirarlo a la cara.

—Porque contigo todo es cuestión de tiempo —le respondió Jack besándola con ternura.

Janice no podía resistirse a los besos de Jack, eran como una droga que seducía todos sus sentidos. Y no le fue suficiente con aquel casto beso, quería saborearlo entero y sentirlo bien cerca de ella. Se subió a horcajadas sobre sus fuertes muslos, desprendiéndose de la manta que los cubría, y le envolvió

la nuca con las manos. Sus ojos se concentraron en los suyos y se mordió el labio inferior esbozando una pícaro sonrisa. Algo que excitó a Jack, sabía lo que Janice quería e iba a dárselo. Janice era fuego en la cama y él ardía en deseos por apagar sus llamas.

Sus bocas se unieron encajando a la perfección mientras sus lenguas se acariciaban juguetonas y se sumían en un baile sensual y excitante que les iba encendiendo los instintos. Al poco estaban devorándose y la película pasó a un segundo plano.

Janice notó enseguida que la prominente erección de Jack le presionaba la entrepierna, que le palpitaba dolorosamente clamando un remedio, y se movió un poco sobre ella para procurarse alivio. Se deshizo con rapidez de la camiseta y le ofreció los pechos a Jack. Él los agarró con suavidad y se los acarició para luego centrarse en sus pezones. Los lamió con avidez, Janice tenía unos pechos fantásticos que harían las delicias de cualquiera y Jack los disfrutaba porque eran suyos, la sentía enteramente suya.

—Sabes a caramelo —dijo recorriéndole las rosadas areolas con la lengua para después succionárselas hasta ponerle los pezones duros como piedras.

—Me vuelves loca, Jack —jadeó Janice mordiéndole el cuello. El sabor de su piel era un manjar para su paladar. Nunca había experimentado en la boca un sabor tan exquisito como la esencia que destilaba la piel de Jack. Una mezcla de su propio ser y el perfume que usaba.

Ese hombre la volvía loca de deseo con su boca, sus manos y su fragancia que la inundaba por dentro. No veía la hora de desnudarlo y comérselo entero de arriba abajo, pero fue Jack quien esta vez tomó la iniciativa. Levantó a Janice y la posó de nuevo en el sofá para comenzar a desnudarse para ella.

Era hipnótico, no parecía tener prisa alguna mientras se desabrochaba la camisa mirándola con la cabeza ladeaba incitándola a observarlo. Y eso hacía ella, lo contemplaba con deseo y ansia por poseerlo. En cuanto se quitó la camisa, Janice gimió al ver su fuerte pectoral mientras él se tocaba la erección, esa erección que ella ya sabía que era poderosa y capaz de catapultarla en el mayor de los placeres terrenales, por encima del pantalón con un gesto tan sexy que Janice no pudo aguantar más y comenzó a tocarse a sí misma introduciendo la mano por dentro del pantalón del pijama. Estaba tan mojada que el roce era delicioso y entornó los párpados dejándose llevar por todas las sensaciones que se estaban concentrando en su núcleo del

placer, henchido y caliente.

A Jack le encantaba cuando Janice hacía eso. Verla masturbarse para él lo excitaba tanto o más que hacérselo él. Sin dejar de observar el cadente movimiento de la mano de Janice bajo la tela del pijama, se deshizo del pantalón y los bóxers, mostrándose ante ella con el corazón acelerado. Janice se humedeció los labios y él sintió el deseo que irradiaban sus ojos, el deseo por coronar su pene hasta desbordarlo de placer, pero antes quería llenarse la boca de ella. Se agachó y le quitó a Janice el resto de la ropa para hundir la lengua entre sus muslos. El sabor de aquella mujer lo aceleraba de tal manera que a veces la embestía tan fuerte que pensaba que podría romperla. Janice parecía una mujer frágil por la estructura pequeña y delicada de su cuerpo, pero no lo era, y eso todavía enamoraba más a Jack Lefkowitz, que sentía que en Janice había hallado al fin su alma gemela.

Era el equilibrio perfecto entre belleza, inteligencia e ingenio, siempre conseguía hacerle reír con su humor algo ácido y disfrutaba tanto de su conversación como de su cuerpo, un cuerpo fino de bailarina, pero de sinuosas curvas y generosos pechos en proporción, rematados por unas suaves y apretadas areolas de un rosa tan pálido que parecían pequeñas gotas de dulce de fresa. Adoraba cubrírselos con la boca hasta escucharla jadear por el placer pidiéndole más, mientras sus caderas se arqueaban buscando rozarse con su erección. Janice por su parte, había encontrado en Jack la horma de su zapato, y había descubierto que tras ese aspecto de gentleman de peinado impoluto y trajes perfectos había un hombre ardiente y atrevido, destinado a hacerla gozar en todos los aspectos.



## 4

Unos días más tarde, Janice se encontró en el vestíbulo de su edificio a su amiga Gene justo cuando iba a salir camino de la cafetería. Como siempre, llevaba el tiempo pegado al culo y si no se daba prisa perdería el autobús al centro, aun así, hizo un alto y se detuvo a saludarla con dos besos. Entre los horarios de una y de la otra, apenas se veían y llevaban varios días sin hablar.

—Estaría bien quedar un día de estos para tomar algo y charlar un rato —comentó Janice con acritud, algo que a Gene no le pasó desapercibido.

—Lo siento, Janice, pero ya sabes que voy a mil por hora. Entre el máster por las mañanas, el trabajo en el despacho por las tardes y Lewis —no pudo evitar esbozar una soñadora sonrisa al nombrar al hombre del que estaba perdidamente enamorada—, no tengo tiempo para casi nada. Pero te prometo que de este fin de semana no pasa. Hablaré con Lewis y le diré que voy a quedar con mis amigas, sí o sí.

—¿Necesitas su permiso? —Janice esta vez sonó bastante borde y Gene sacudió la cabeza algo molesta por la actitud de su amiga. Era verdad que Lewis era algo posesivo, pero Janice también lo era, y no estaba llevando demasiado bien que se hubiera distanciado, pero lo cierto es que andaba muy ocupada y el poco tiempo que tenía libre prefería pasarlo con su novio.

—No necesito su permiso y lo sabes perfectamente, no sé por qué dices eso —le espetó Gene, sin camuflar el malestar—. Además, por lo que yo sé tampoco tú paras mucho por casa.

Janice sacudió la cabeza y esta vez tomó aire sosegadamente antes de hablar. Tenían que relajarse, ambas gozaban de fuertes caracteres y seguir lanzándose reproches no solucionaría nada. Estaba claro que necesitaban una noche solo para chicas. La tercera en discordia, Sarah, también se lamentaba mucho del poco tiempo que pasaban juntas últimamente y se lo debían, pues ella estaba sola y la tenían bastante abandonada.

—Perdona, Gene —dijo cambiando el tono y, sonriéndole a su amiga, se excusó—: Parezco yo el novio celoso. Es que te echo mucho de menos, y tienes razón, yo tampoco paso mucho tiempo en casa entre el trabajo, las

clases y las prácticas... —Lanzó un teatral suspiro, que hizo sonreír a su amiga, y añadió—: Y Jack.

—Ay, Jack, Jack. —Gene puso los ojos en blanco—. Tenemos que hablar sobre Jack largo y tendido. Estoy deseándolo. Ese hombre ha conseguido lo que todo el mundo creía que era un imposible —dijo soltando una carcajada.

Janice chasqueó la lengua y se rio con su amiga.

—Pues sí que tengo mala fama —dijo ella muy consciente de que esa fama se la había ganado a pulso, siempre alardeando de lo bien que estaba sola y lo poco que necesitaba a los hombres para vivir.

Y así había sido, hasta que Jack hizo acto de aparición en su ajetreada vida, desde entonces se había dejado llevar por completo por los sentimientos que revoloteaban en su interior cada vez que escuchaba su voz o lo tenía cerca. Aquello tenía que ser por fuerza eso que todos llamaban amor, porque si no, ¿qué podría ser? Janice nunca había sentido algo así con nadie y estaba asombrada de lo bien que estaba llevando el sentir en su pecho esa necesidad por llenar su tiempo y espacio con otra persona que no fuera ella misma, su profesión o sus amigas. Una sensación que al principio la había aturdido un poco, pero Jack siempre conseguía despejar esas dudas que se instalaban brevemente en sus pensamientos con solo sonreírle, y ahora mismo aceptaba al cien por cien la relación que mantenían y que ganaba fuerza cada día que pasaba.

—Entonces, ¿quedamos este viernes? —dijo Gene—. Yo puedo arreglarlo para estar fuera del despacho a las siete.

Janice arrugó la nariz y le preguntó en broma:

—¿Tus jefes no te pondrán alguna pega? Se les ve muy estirados.

—Creo que sabré camelármelos —respondió Gene siguiéndole la broma—. A uno de ellos lo tengo directamente en el bote y el otro bebe los vientos por una que yo me sé, así que, si no quieren quedarse sin sexo el resto de fin de semana, más les vale no decir ni pío.

—O sea, que vas a coaccionarlos de la manera más vil posible. —Janice arqueó las cejas y luego silbó.

—No creo que sea necesario. Estarán encantados de dejarme salir a las siete —rio Gene.

—Bueno, si necesitas refuerzos, no tienes más que decírmelo.

—Descuida, me las apañaré.

—Entonces, perfecto. Yo tengo libre el viernes por la tarde. Solo nos

queda saber si Sarah podrá. No sé si habrá quedado.

—¿Se lo dices tú?

—Está en casa ahora mismo, díselo cuando subas. Por cierto, ¿qué te trae por aquí de buena mañana?

—He venido a por unas cosas.

—¿Aún hay cosas tuyas ahí arriba? —Janice no pudo evitar ironizar, era así de serie y le costaba muchísimo contener esa acidez verbal.

Oficialmente Gene seguía compartiendo piso con ellas, pero poco a poco sus cosas habían ido desapareciendo como por arte de magia. Poco quedaba de ella allí y no tardaría mucho en decirles que se marchaba definitivamente. Ella y Sarah estaban esperando el día que hiciera el comunicado oficial para poder colgar en internet sin remordimientos un anuncio buscando nuevo inquilino. Pagar la cantidad que pedía su casero, el señor MacDermot, entre las dos era algo impensable con su miserable salario de camarera a tiempo parcial y el de Sarah no mucho más boyante en una tienda de souvenirs en el Old Town.

—Alguna queda —rio Gene y se acercó a su mejilla para posarle un beso —. Te dejo marchar, sé que llevas prisa y te estoy entreteniéndome.

—Este viernes —canturreó Janice dándose la vuelta para luego salir corriendo. Tenía exactamente tres minutos para llegar a la parada del autobús.

La mañana en The Country, la cafetería en la que llevaba trabajando desde hacía un par de años, pasó volando como siempre. Por su ubicación estratégica en las faldas de Castel Hill era un hervidero todo el tiempo de turistas y clientes habituales. Sus tortitas de jengibre eran las más demandadas de todo Edimburgo e incluso habían empezado a despacharlas a domicilio entre los comercios y oficinas que anidaban en aquella parte de la ciudad. El dueño, Bill Carlyle, estaba planteándose expandir el negocio a más barrios, pero los tiempos de servicio lo hacían inviable de momento.

—Eres mi mejor empleada, Janice —le dijo Bill, acercándose a la plancha, donde ella preparaba a granel tortitas para abastecer los pedidos de las diez.

—Lo dices porque nunca me quejo por nada —comentó Janice riendo, mientras se secaba el sudor de la frente con un paño de cocina que tenía a mano para tal fin.

—Lo digo porque nadie hace la masa como tú.

—Es que tengo unas manos prodigiosas.

—Esas manos valen millones.

—Pues cualquiera lo diría por lo poco que me pagas.

—¡Ya estamos, ya estamos! —dijo Bill sacudiendo las manos en el aire mientras se batía en retirada.

—¡Ya estamos, pero no me subes el sueldo! —le gritó ella, a sabiendas de que la estaba escuchando.

Por suerte, y pese a que le encantaba hacer tortitas, le quedaba poco tiempo de estar allí. En enero, si no pasaba nada, terminaría la carrera y podría solicitar plaza de residente en el hospital Chalmers, donde ya estaba compaginando las prácticas.

## 5

A esas horas, Jack se encontraba en su despacho trabajando en una demanda de negligencia médica contra el hospital Chalmers, el mismo hospital donde Janice estaba haciendo las prácticas. Por un grave error en la anestesia habían dejado a su cliente parapléjico, pero los médicos entre sí se cubrían las espaldas e iba a resultar muy peliagudo sacar a la luz la verdad sobre lo que había ocurrido en aquel quirófano. Al ver el nombre del hospital en el expediente que estaba leyendo se acordó de su chica y quiso llamarla, pero sabía que seguramente la pillaría con las manos en la masa, nunca mejor dicho, pues era la encargada de hacer la masa de las tortitas de jengibre en The Country.

El día que ella le llevó unas para probarlas, asegurándole que eran las mejores tortitas de la ciudad, supo con certeza que esa mujer era la mujer de su vida. No solo tenían la textura perfecta que podría esperarse de una tortita y la proporción exacta de cada uno de los ingredientes que componían la receta, no. No solo fue eso, sino el detalle de cómo se la dio a degustar, servida sobre su propio vientre desnudo y una sonrisa descarada en los labios mientras la regaba con chocolate fundido. Su mano sujetando la jarra, tras dibujar una espiral sobre la superficie, pasó de largo hasta su pubis, dejando un reguero delicioso que señalaba el camino hasta la perdición. Jack no pudo resistirse mucho. Janice era puro sexo personificado y jugar con ella en la cama o fuera de ella era uno de sus mejores pasatiempos. Hundió la boca en la tortita y sin ayudarse de las manos se la comió mientras le lamía los restos pegados a la piel y deslizaba la lengua para borrar el sendero de chocolate que lo conduciría al mayor de los manjares.

Estaba ensimismado en esos excitantes pensamientos cuando su amigo Lewis irrumpió en el despacho, sin llamar a la puerta, y dejando a Jack en una situación un poco comprometida. Pensar en Janice se la había puesto tan dura que se le marcaba la erección de un modo evidente contra la tela del pantalón, menos mal que tenía la mesa de parapeto o su amigo al verlo así se hubiera reído de él sin dudar.

—¿Te apetece salir a comer? —le preguntó dejándose caer en una silla.

—Estoy terminando de revisar unos expedientes.

—Lo del hospital Chalmers.

—Sí.

Lewis chasqueó la lengua contra el paladar y sacudió la cabeza.

—Es un caso difícil.

—Lo es, pero encontraré el modo. Tengo que ayudar al señor Greene y hacer que el hospital pague por su negligencia.

—Ese hospital es donde trabaja Janice, ¿verdad?

—Así es —respondió Jack incómodo.

—¿Ella lo sabe?

—No. Todavía no.

—¿Y a qué esperas para decírselo? Vas a sentar en el estrado a algunos colegas suyos y no creo que le haga mucha gracia enterarse por boca de otros.

Jack hizo una mueca de disgusto y desvió la mirada a la ventana, desde allí veía el castillo en todo su esplendor y a sus faldas se hallaba trabajando la mujer que amaba, ajena a aquel escamoso asunto que había evitado mencionarle. Pero sabía que tendría que hacerlo más pronto que tarde, puesto que la citación judicial para la vista estaba al caer.

—Tal vez este fin de semana —dijo queriendo terminar con aquella conversación.

Lewis asintió y esbozó una sonrisa. Se alegraba de haber recuperado la amistad con su amigo Jack tras unas semanas distanciados. Se habían conocido en el primer año de universidad, cuando los dos fueron ubicados en el mismo dormitorio de la residencia estudiantil, y desde entonces habían sido prácticamente inseparables, hasta el punto de hacerse socios en el despacho que ambos dirigían. El último año había sido complicado, pero lo estaban capeando, y gracias a Gene, cuya aparición había sido como la de un ángel caído del cielo, habían recuperado la confianza de la mayoría de los clientes perdidos y creado una nueva línea de negocio orientada a la creación de empresas.

—Podríamos quedar de nuevo los cuatro —propuso Lewis.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Jack saliéndose por la tangente y Lewis lo miró extrañado sin entender la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—A cómo has hecho para conquistar a Gene después de todo lo que le hiciste pasar. Siento que Janice no se abre completamente. La he invitado a la

cena del sábado en casa de mis padres y ya sabes cómo es mi madre.

Lewis seguía sin entender demasiado bien a Jack, aun así, respondió:

—Supongo que queriéndola como se merece cada día. Y a lo de tu madre, ya sabes que es una mujer difícil, pero Janice es estupenda, seguro que le encantará.

—Gene también es una gran mujer. Demasiado buena para ti.

—Lo sé —dijo Lewis asintiendo levemente—. Fui un capullo con ella mucho tiempo, pero he tenido suerte de que me perdonara del todo y supiera ver lo bueno que hay en mí.

—¿Es que hay algo bueno en ti? —ironizó Jack, estallando en una carcajada.

—Supongo que en el fondo sí, además, tú me conoces, sabes cómo soy —dijo Lewis sin molestarse con su amigo—. ¿Nos vamos? —le preguntó levantándose de la silla.

—Sí, pero invitas tú.

—Eres muy tacaño, Jack.

—Ya sabes que es algo genético —bromeó mientras se ponía en pie y se encaminaba hacia la puerta.

## 6

A Janice le sudaban las manos y sentía la boca seca debido a los nervios. Era miércoles y ese día era el que había acordado con Ben para darle los resultados de las pruebas. Tal y como le había dicho el doctor Philips, la oncóloga estaría con ella para explicarle más detalladamente el tratamiento al chico. Además, quería saber quién fue el capullo que envió a Ben a su casa con unos analgésicos y la recomendación de una manta eléctrica para la espalda, aquello había sido poco profesional, ya que el chico también se quejaba de fuertes dolores abdominales.

—Ben Harrison ha llegado. ¿Le digo que pase? —les anunció la enfermera.

—Sí, no dilatemos más esto. Gracias, Sophie.

Janice sintió un temblor de piernas cuando Ben cruzó la puerta con una amplia sonrisa, era tan joven y tan feliz. Aquello iba a caerle como un jarro de agua fría.

—Encantado de volver a verla, doctora Stone. Siento no haber podido venir antes.

—No te preocupes. —Janice miró hacia su compañera—. Esta es la doctora Connors.

—Encantado —dijo él levantando el mentón.

—Verás, hemos recibido el resultado de las pruebas y me temo que no se trata de un dolor muscular.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Ben, frunciendo el ceño, sin perder la sonrisa.

—Verás, Ben... —A Janice se le entrecortó la voz y la doctora Connors le tomó la palabra, explicando a Ben todo lo que debía saber sobre su enfermedad y el tratamiento.

—Lo siento mucho, no esperaba darte tan malas noticias.

—No se preocupe. No diré que me alegro, pero tampoco pienso hundirme por ello. Ahora solo espero que me curen —dijo Ben con entereza.

—Y eso haremos. Admiro tu valentía.



—No me queda otra. ¿Cuándo empezaremos el tratamiento?

—Lo antes posible. Te daré una cita conmigo para hablar primero del plan de ataque con más precisión y empezar cuanto antes —intervino de nuevo la oncóloga.

—Me parece bien, supongo —dijo Ben, encogiéndose de hombros y levantándose para salir de aquella sala, mientras intentaba asimilar todo aquello. La vida le había dado un buen revés, pero él no se iba amedrentar. Lucharía lo que hiciera falta.

—Espera, Ben. Me gustaría saber quién fue el doctor que te atendió antes que yo y si fue en este hospital.

—Pues sí. Fue en este hospital y si mal no recuerdo... —hizo una pausa para pensar—... Su apellido es Simon.

A Janice le dio un vuelco el estómago cuando escuchó ese nombre.

—Gracias, Ben.

—Muchas gracias a usted, doctora Stone. Gracias a usted voy a tener por lo menos una oportunidad de librarme de esto.

Janice asintió con un nudo en la garganta, había contenido durante toda la consulta las ganas de llorar.

Cuando se tranquilizó, pensó en que debía encontrar a Ryan Simon cuanto antes y decirle cuatro cosas. Ella solo estaba en prácticas y había detectado de inmediato que un dolor muscular en la zona lumbar, acompañado de dolores abdominales y mareos, no era una lumbalgia, o quizá sí, el caso es que se debían hacer pruebas para descartar cosas más graves y el doctor Simon no lo había hecho, poniendo en riesgo la vida de un paciente.

Se quitó el fonendo y se acercó al mostrador de admisión de la planta.

—¿Saben dónde puedo encontrar al doctor Simon? —les preguntó a las enfermeras.

—Déjeme comprobar el cuadrante —respondió la más mayor poniéndose las gafas para leer—. Aquí está, el doctor Simon tiene unos días libres y no vuelve hasta el próximo lunes, pero, si es muy urgente, podemos avisarlo.

—No, no se preocupe, gracias.

El turno pasó veloz y mientras se cambiaba, Janice se acordó de pronto de que debía comprarse algo para el dichoso evento de la primera nevada. ¿Quién narices celebraba esas cosas? Sabía que su fondo de armario no estaría acorde con ese tipo de fiesta, los padres de Jack, a los que todavía no tenía el gusto de conocer, eran gente de bien y de alto copete, según lo que le

había contado Gene.

Decidió coger un taxi que la acercara a Princes Street, aunque sabía que visitar las tiendas de George sería más acertado. Pero no podía permitírselo. Pensó que los grandes almacenes Jenners dispondrían de una sección de trajes de fiesta que se amoldaría más a su ajustado bolsillo.

## 7

—¿Qué traes ahí? —le preguntó Sarah desde el sofá cuando vio entrar a Janice cargada con algunas bolsas de Jenners.

—He ido a comprarme algo para el evento de los padres de Jack.

—¿Así que has decidido ir? —dijo Sarah arqueando una ceja.

—Ya ves que sí, no podía negarme. Jack sabe cómo engatusarme.

—No creo que vaya a ser tan malo. Lleváis un tiempo saliendo y la cosa parece seria. Creo que es un buen momento.

—Nunca es un buen momento. Ya sabes lo que opino de las relaciones y los padres.

—Refréscame la memoria —le dijo su amiga, cruzándose de brazos, con una sonrisa.

—Pues que no es necesario incluirlos en las relaciones, no son parte fundamental de las mismas. Es más, creo que suponen un problema para la pareja. No me gustaría acabar comiendo todos los domingos asado en casa de mis suegros.

—¿Por qué no te gusta el asado? —bromeó Sarah.

—No, porque me gusta tener libertad. No es tan difícil de entender.

—Pues tampoco es difícil de entender que el hombre que esté contigo tiene unos padres a los que les gustará saber con quién sale su hijo. A veces eres muy rarita.

—¿Acaso tú conoces ya a los padres de Luke? Te recuerdo que llevas un mes más que yo saliendo con ese tío —le dijo Janice a la defensiva.

—Es diferente. Nosotros no tenemos una relación seria.

—Entonces, ¿qué tenéis?

—No lo sé, no hemos querido ponerle etiquetas.

—¿Tú o él?

—Ambos —respondió Sarah con falsa convicción.

—Mientes. Te conozco demasiado bien para saber que no es verdad.

Janice colocó delicadamente el vestido que había comprado en su armario y se quedó mirándolo, pensativa. Era un vestido vaporoso semilargo, de esos que quedan a la altura del tobillo con un poco de vuelo. Era de color rosa pálido y en la cintura se ajustaba con un bello cinturón con algunas piedras de pasamanería. Lo había pillado a un precio muy asequible, pues estaba en la sección de saldos de primavera, pero la dependienta le había asegurado que los vestidos de cóctel de ese tipo se usaban todo el año. Se echó en la cama y le dio por pensar en Ben y en las ganas que tenía de echarle en cara al incompetente del doctor Simon su negligencia.

El viernes por la mañana, Janice fue a trabajar a The Country y recibió una grata noticia por parte de su jefe.

—He estado pensando en lo que me dijiste el otro día —le dijo Bill pinchando unas comandas.

—¿Qué te dije el otro día? —preguntó Janice sin apartar la vista de la plancha de tortitas. Le daba pánico tener un descuido y quemarse, no sería la primera vez.

—Sobre lo de subirte el sueldo. Creo que te lo mereces. Tus tortitas son las mejores de la ciudad y han dado notoriedad al local. Te mereces un aumento.

—¿De veras? —preguntó con suma emoción. Un incremento en sus ingresos, por leve que fuera, le vendría de maravilla.

—Totalmente, te incrementaré un veinticinco por ciento el salario.

Janice abrió los ojos como platos, gratamente sorprendida. Aquello era mucho más de lo que había pensado.

—Muchas gracias, Bill. Eso hará que venga todavía más motivada.

—Si vienes más motivada me tocará ampliar el local para que quepa más gente —comentó él con una amplia sonrisa.

Aquella tarde la tenía libre y había quedado con las chicas para tomar algo y ponerse al día. Desde que Gene había dejado el piso y ella hacía triplete para sacar adelante estudios y trabajos, no se veían demasiado.

Sarah y Janice se arreglaron en el apartamento de Queen Charlotte Street y fueron en busca de Gene. Habían quedado en The Dome y ellas iban con retraso, algo que pondría de los nervios a Gene que era la más organizada y perfeccionista de las tres.

—He estado a punto de largarme. Llevo media hora aquí sentada dándole

largas al camarero para pedir la comida —les reprochó con el ceño fruncido.

—Lo sentimos. La culpa es mía —se disculpó Sarah visiblemente afectada.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Gene a su amiga, posando la mano sobre la suya.

—No. Todo va bien. Son tonterías.

—Sea cuál sea esa tontería, queremos saberla —apuntó Janice.

—Es por Luke —dijo Sarah finalmente.

—¿Qué te ha hecho ese malnacido? —preguntó Gene tensándose en la silla.

—No me ha hecho nada. Solo me ha confirmado lo que ya sospechaba.

—Habla claro de una vez, Sarah —intervino Janice.

—Hoy le he preguntado que hacia dónde iba nuestra relación y me ha respondido que no teníamos ninguna relación, que solo somos amigos que se divierten. Y no le culpo, es algo que yo había asumido desde un principio, pero albergaba la esperanza de que con el tiempo pudiera enamorarse de mí.

—¿Tú te has enamorado de él? —preguntó Gene apretándole la mano.

—Supongo que siento algo por él, no sé si es amor, pero tengo sentimientos hacia su persona.

—Bueno, ¿y qué le has dicho tú? —preguntó Janice.

—Que en ese caso ya no quería ser su amiga. Así que supongo que ya no volveré a verlo más —respondió Sarah encogiéndose de hombros asumiendo aquello.

—¡Todos los tíos son iguales! —exclamó Janice molesta.

—¿No lo dirás por Jack? Él no es así —le repuso Gene.

—No, obviamente no lo digo por Jack.

—Ni por Lewis —añadió Gene mirándola fijamente.

—Ni por Lewis, pesada. Hablo en términos generales. Es difícil encontrar un hombre sin taras o sin miedo al compromiso.

—Para eso ya estás tú —dijo Sarah esbozando una ligera sonrisa.

—¡Yo no tengo miedo al compromiso! Solo lo veo algo a largo plazo. Tengo otras prioridades.

—Pues mañana Jack te presentará en sociedad. Por lo menos ha conseguido sacarte de tu cueva feminista —dijo Gene con guasa.

—Eso es bastante machista, ¿no crees?

—Lo que creo es que debes dejarte llevar. Sarah lo ha hecho, le ha salido mal, pero vive según le dicta el corazón. Al fin y al cabo, es lo más bonito

que tenemos los seres humanos, el amor. Seguro que cuando menos se lo espera conocerá a alguien estupendo que la llene de ilusión —dijo Gene con un suspiro.

—Eso espero, o acabaré sola en nuestro piso a merced de unos cuantos gatos —comentó Sarah poniendo los ojos en blanco.

## 8

La entrada de la casa de los padres de Jack era imponente. Gozaba de un sendero que conducía a un jardín delantero, donde la gente podía aparcar los coches sin dificultad de espacio, coronado por una fuente central que ese día lucía encendida, chisporroteando agua con alegría, iluminada por unos focos. A Janice se le instauraron los nervios en la boca del estómago, temía no poder dar un mísero bocado a lo que fuera que hubieran preparado los Lefkowitz.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Jack antes de entrar en la casa.

—¿Debería estarlo? —dijo ella disimulando su verdadero estado.

—No, no deberías. Estás preciosa y lo más importante, estás conmigo.

Jack la besó dulcemente en la mejilla y, agarrándole con fuerza la mano, entraron.

Aquello no era una casa, era una mansión de aquellas que Janice había visto en algunas series americanas, pero guardaba el estilo tradicional escocés. El frente de una maravillosa escalera doble de mármol lucía el escudo de la familia de la madre de Jack. Era verdaderamente imponente.

La gente andaba de un lado a otro con vestidos de fiesta de todos los colores, algo que alivió a Janice, la dependienta no la había engañado y no sobresalía negativamente entre los demás.

Una mujer vestida de negro, con un chal de seda perfectamente colocado sobre los hombros, cerrado delante con un broche de brillantes, se acercó a la pareja con una sonrisa, que a primera vista era sincera.

—Hijo mío —dijo estirando los brazos para alcanzarlo y darle dos pequeños besos en las mejillas—, qué gusto verte. Estás guapísimo como siempre —añadió recolocándole unos mechones de cabello.

—Mamá, tu también estás preciosa, como no podía ser de otro modo —le respondió Jack muy galante—. Te presento a Janice Stone. Janice. Esta es mi madre, Eleanor Lefkowitz.

—Mucho gusto, querida. —La madre de Jack le ofreció un pómulo para que Janice se lo besara—. No he podido evitar fijarme en tu precioso vestido,

¿de qué firma es?

—El gusto es mío, señora, y el vestido es de Jenners.

—¿Jenners? —Levantó el mentón un poco como tratando de hacer memoria—. ¿Es algún modisto inglés?

—No. Es de almacenes Jenners. Seguramente los conozca, son bastante famosos —respondió Janice con toda la inocencia del mundo.

—No tengo el gusto —dijo haciendo una extraña mueca.

—Janice está estudiando medicina, madre. Está completando sus prácticas en el hospital Chalmers —intervino Jack.

—¿No es ese el hospital al que el señor Greene ha puesto la demanda? —comentó Eleanor.

—¿Qué demanda? —preguntó Janice dirigiéndose a Jack, que solo hizo un leve gesto con la cara.

—Lo siento, ¿he metido la pata? —dijo la madre de Jack—. Pensaba que lo sabría. No se lo tengas en cuenta —se dirigió de nuevo a Janice—. Jack es muy reservado con ciertas cosas, sobre todo las de su negocio.

Janice miró a los dos y se sintió incómoda.

—Disculpadme, tengo que atender a los invitados. Luego, hijo, si tienes un hueco me gustaría comentarte algo —dijo Eleanor.

—Por supuesto, madre.

—Janice —dijo Eleanor, ladeando la cabeza, antes de marcharse y dejarlos solos.

Janice esperó un tiempo prudencial antes de preguntarle a Jack por aquello de la demanda. No entendía por qué no se lo había dicho, ¿acaso no confiaba en ella?

—¿A qué ha venido eso? —le increpó, después de que Jack sirviera dos copas de vino para ellos.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente. A lo de la demanda contra el hospital. ¿Se puede saber por qué no me lo has dicho?

—Supongo que no ha salido el tema.

—No puede salir ese tema si tú no lo sacas, Jack —le reprochó.

—Es un tema delicado.

—No lo dudo, ¿pero no confías en mí?

—Son cosas del bufete, no es cuestión de confianza.

—Yo te cuento cosas de pacientes y es algo que no debería hacer. ¿Acaso me estás comparando con Miranda?



Jack puso mala cara al escuchar el nombre de su antigua secretaria, con la que no había terminado demasiado bien.

—No digas tonterías, jamás haría tal cosa.

—Pues es lo que me ha parecido, Jack.

Al punto que Janice le dijo eso, Lewis y Gene se encontraron con ellos.

—Estás guapísima, Janice —la alabó su amiga.

—Gracias, tú también.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó Lewis agarrando la cintura de Gene.

—Estupendamente, gracias —respondió Janice demasiado seca.

—¿Ha pasado algo o me lo parece a mí? —dijo Gene mirándolos a los dos, conocía muy bien a su amiga Janice.

—No ha pasado nada. Si me disculpáis. —Janice se marchó de allí, dejándolos a los tres con cara de póker.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Lewis a Jack.

—Mi madre ha sacado el tema del caso Greene.

—Te lo dije, te dije que debías decírselo.

—Lo sé, lo sé. No esperaba que mi madre soltara eso, no ha venido a cuento.

—Ya sabes cómo es Eleanor Lefkowitz.

—Janice me ha dicho que si la estoy comparando con Miranda. Sabéis que no, ¿verdad? —Jack miró a ambos, esperando un no por respuesta.

—Lo sabemos. No te preocupes. Iré a ver cómo está —dijo Gene, dejando a los dos amigos a solas.

—Tranquilo, Gene hablará con ella —dijo Lewis dándole un suave codazo.

—Tengo que hablar con mi madre, quería decirme algo y creo que yo también tengo algo que decirle. No puede soltar esas cosas sobre mi trabajo. Sé que era Janice, pero podría hacerlo con cualquiera.

—Está bien. Ve a ver qué quiere. Yo buscaré a Gene y a Janice. Para cuando vuelvas te la tendremos suave como la seda —aseguró Lewis riendo.

—Muy gracioso. Janice no es tan brava como la pintan.

—Solo estaba bromeando —se rio Lewis—. Anda ve.

## 9

Eleanor Lefkowitz entró con Jack en una sala privada de la casa. Se sirvió una copa del mueble bar y le ofreció otra a su hijo. Eleanor tenía por costumbre ahondar los temas importantes con un vaso de coñac.

—Querido Jack, la mujer con la que has venido esta noche es encantadora y tiene una belleza excepcional.

—Así es, madre.

—No obstante, no puedo aprobarla.

—¿Perdón? —dijo confuso con la copa a medio camino.

—Oh, Jack, ya sabes lo que opino sobre la importancia de sostener el estatus de la familia. ¿No me dirás que te pilla desprevenido?

—No, pero creo que este estatus te pertenece a ti, yo he creado el mío propio y no suelo medir a la gente por categorías, pero, si te interesa saberlo, Janice es de categoría suprema.

—No lo dudo. Será una estupenda medico, pero viste de almacenes Jenners, por el amor de Dios. Nadie en esta fiesta llevaría algo así.

—¿Qué me quieres decir con todo esto? —preguntó Jack mesándose el pelo, se sentía incómodo con la situación.

—Verás, hijo, quiero que conozcas a alguien.

—No quiero conocer a nadie, quiero a Janice.

—Puedes pasar ratos divertidos con esa chica si quieres hasta que te des cuenta de qué es lo que te conviene.

—No doy crédito a tus palabras. —Jack empezaba a tensarse.

—Lili Halston es la sobrina del duque de Rothesay. Una joven de veintidós años muy bien educada.

—No quiero conocer a esa estirada —le replicó sin perder las formas.

—Modera tu lenguaje cuando hables conmigo. Lili no es ninguna estirada y vendrás mañana a conocerla.

—¿Me has concertado una cita a ciegas? —preguntó exasperado.

—He concertado una visita. Se mostró muy solícita a conocerte y vendrás. No puedes hacerle ese feo a la sobrina del duque de Rothesay.

—¿Te referirás a que no debo hacerte ese feo a ti? Pero no te das cuenta del feo que me estás haciendo tú a mí.

—Es por tu bien. Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos. Hemos quedado a las cinco. No te retrases —dijo Eleanor, saliendo de la habitación y dejando a Jack con la palabra en la boca.

Jack no daba crédito a todo lo que acababa de ocurrir. Los nefastos acontecimientos se producían en cadena: Janice enfadada por lo del caso Greene, su madre echando pestes sobre la mujer que él amaba y encima obligándolo a asistir a una estúpida reunión con una duquesita desesperada por cazar un marido.

Dio un largo trago a la copa de coñac y asumió que asistiría a la cita concertada al día siguiente, ya que sería en casa de sus padres y podría marcharse pronto. Nadie se iba a enterar y contentaría a su madre, a la que prefería tener de buen humor. No sabía cómo podría reaccionar si no se dignaba a aparecer en aquella encerrona. Eleanor era una mujer de armas tomar, de esas que no se doblegaban ante nada, muy capaz de cualquier cosa para que la gente hiciera lo que ella quisiera, y Jack no iba a ser menos.

Cuando salió del silencio de aquella habitación, buscó entre la multitud a sus amigos, debían estar con Janice, pero su padre se acercó a él antes de que pudiera localizarlos.

—Hijo, a mis brazos —le dijo, estrechándolo fuertemente.

—Hola, papá.

—¿Ya te ha dicho tu madre lo que tiene planeado para ti? —preguntó sin apartar la mirada de su hijo.

—Sí.

—No le hagas caso. Sabes que si la chica no te gusta te dejará en paz. No estamos en el siglo XVIII. Nadie va a obligarte a que te cases con alguien que no quieres. Yo no lo consentiré, pero dale la oportunidad de lucirse o nos volverá locos a los dos —dijo Jack padre, soltando una risotada.

—Eso haré, gracias, papá.

—Y si buscas a Lewis y a esas dos chicas, te diré que están en el jardín. Hacía mucho que no veía a Gene, está muy guapa, y su amiga...

—Janice, se llama Janice.

—Eso, Janice, también lo es. Has elegido bien.

—Gracias de nuevo. He de irme.

—Lo entiendo, pasadlo bien.

Jack salió disparado hacia el jardín, necesitaba encontrarlos y sobre todo

a Janice. Quería largarse de allí lo antes posible, no fuera que su madre volviera a aparecer en escena y metiera la pata de nuevo. Salió al jardín y se abrazó a sí mismo para guarecerse del frío que hacía. Ciertamente la primera nevada se acercaba. Lewis, Gene y Janice estaban sentados en el poyete de un gran macetero.

—Janice, ¿podemos hablar? —le dijo con gesto preocupado.

—No hay nada de qué hablar, solo quiero irme a casa —respondió poniéndose en pie con el rostro serio.

—Está bien, será lo mejor.

Janice se adelantó a Jack y este aprovechó la ocasión para preguntarles a sus amigos.

—¿Está muy enfadada?

—No, se le pasará —contestó Gene acariciándole el brazo.

—Gracias por acompañarla mientras no estaba.

—¿Qué tal con tu madre? —le preguntó Lewis.

—Mañana hablamos, he de irme —les dijo. No podía contarle allí abiertamente, si lo hacía, Janice se enteraría por boca de Gene y debía ser más cauto esta vez.

Cuando montaron en el coche, la tensión podía cortarse con un cuchillo. Janice estaba claramente enfadada y no se le había pasado.

—Siento no habértelo contado antes, lo he hecho por ti.

—¿Por mí? —Ella lo miró extrañada—. Creo que te confundes, lo has hecho por ti, porque no confías en mí. Piensas que voy a traicionarte como Miranda.

—Ella no eres tú, no éramos nada. Y, aunque no lo creas, lo he hecho para no ponerte en un compromiso con tus compañeros de trabajo. No quería involucrarte y que acabaras en boca del hospital como la novia del despiadado abogado que quiere hundir su reputación. El anestesista ha dejado inválido a un hombre que iba a operarse de una rodilla.

—¿El anestesista, John Barney?

—El mismo.

—Eso es gravísimo.

—Lo es, bastante tienes ya con enfrentarte a ese médico que se equivocó con el diagnóstico de tu paciente. Está claro que ese hospital está lleno de incompetentes y necesitan a alguien como tú, que atienda dignamente a los pacientes. Si se enteran de que eres mi novia, no podrás pedir la residencia, te odiarán por ello y podrían pensar que eres una amenaza para el hospital. ¿Lo

entiendes ahora?

—Lo entiendo, pero bastaba con que me dijeras que me callara.

—Reconozco que eso ha sido un error por mi parte y lo siento mucho. Pero no pienses ni por asomo que es porque no confío en ti.

—Ahora me siento tonta.

—No te sientas tonta. Entiendo que tengas tus reservas, pero yo no soy así, Janice. Te quiero.

—Es la primera vez que me lo dices. —Janice lo miró con ternura. Aquel hombre terminaría por ablandarla.

—Alguna vez tendría que ser la primera y la ocasión lo merece, ¿podrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar, vayamos a casa —le dijo ella esbozando una sonrisa.

—Entonces, ¿está todo bien?

—Lo está.

—¿Confías en mí?

—Confío, Jack, y yo también te quiero. —Janice al fin lo había dicho en voz alta y no había pasado nada. No se le había caído la lengua ni desintegrado la garganta. ¿Qué no sería capaz de hacer por él?

# 10

A la mañana siguiente, Janice se marchó temprano de casa de Jack. Habían pasado la noche haciendo el amor apasionadamente, pues toda pelea debe acabar con una gran reconciliación a base de sexo. Pero el deber obligó a Janice a marcharse pronto, debía dedicar unas horas al estudio de las asignaturas que le quedaban, y concretaron verse el lunes por la noche. Jack le había dicho que esa tarde tenía unos asuntos que resolver con su padre acerca del bufete y él se sintió fatal por haberle mentado. Pero era una mentira piadosa, no podía contarle la verdad de las intenciones de su madre o la odiaría para siempre, además de a él por acceder a las peticiones de Eleanor.

Aprovechó la soledad de su casa para hablar con Lewis por teléfono, necesitaba escuchar a su amigo y contarle todo. El tiempo que habían estado distanciados lo había echado mucho de menos, fue un periodo corto, pero lo había pasado francamente mal. Lewis siempre había sido su confidente, casi como el hermano que nunca tuvo, y a pesar de que le falló una vez, volvía a confiar en él ciegamente.

Cuando le contó las intenciones de su madre, Lewis no pudo reprimir las carcajadas.

—¿Una qué? —preguntó al otro lado del teléfono entre risas.

—Una duquesa. ¿Te lo puedes creer?

—Me lo puedo creer, estamos hablando de tu madre y ya sabemos que como se le meta algo entre ceja y ceja no hay quien la pare.

—Pero esta vez se ha pasado, no puede inmiscuirse en mis temas personales y sentimentales de esa forma. Es raro, antiguo y anticonstitucional.

—Lo es, por eso mismo no debes preocuparte. Ve a esa reunión familiar, tomate un té con pastas y vuelves a tu vida. Ya le dirás que no te ha gustado la duquesita y te dejará en paz.

—Hasta que encuentre a otra digna de casarse conmigo.

—Entonces ahí ya te planteas tener una conversación seria con tu madre.

—Es lo que haré —resopló Jack.

—Luego quiero todos los detalles de esa quedada esnob.

—Por favor, ni una palabra a Gene.

—Descuida, mis labios están sellados —le aseguró Lewis, haciendo un gesto al otro lado que Jack no pudo ver.

A las cinco menos tres minutos, Jack aparcó en el jardín de la entrada de su casa. La capacidad del servicio de limpieza era pasmosa, no parecía que la noche anterior había habido una fiesta. Todo estaba impoluto y como si allí no hubiera pasado nada.

—Su madre le espera en el salón de té —le dijo Charles, el mayordomo de la familia desde hacía veinte años.

—Gracias, Charles.

Respiró hondo varias veces antes de cruzar aquellas puertas y se dijo a sí mismo que estaría como mucho una hora.

Cuando entró, su madre estaba sosteniendo una taza delicadamente con el índice y el pulgar, y sonreía complacida a la conversación de una joven de cabellos rubios y cara angelical. Ninguna de las dos se dio cuenta de que Jack ya había llegado.

—Buenas tardes —saludó, sobresaltándolas.

—Jack, querido. No te hemos oído llegar —dijo Eleanor.

La chica se quedó mirando fijamente a Jack que, como siempre, estaba imponente vestido de traje. Era un hombre elegante y altamente atractivo, cualidades que había heredado de su padre. Sus ojos, azules y profundos, por el contrario, eran herencia de Eleanor, al igual que el cabello oscuro.

—Ven, acércate que te presente —dijo Eleanor—. A veces es un poco tímido —añadió dirigiéndose a la joven que, gratamente impresionada, no había apartado los ojos de Jack. Esperaba que el hijo de los Lefkowitz fuera otro tipo de hombre, más viejo y menos guapo.

Lili se levantó del sillón, alisando la falda de su vestido por las posaderas, y Jack no pudo evitar fijarse en cómo la tela se pegaba a sus curvas.

—Un placer, señor Lefkowitz —le dijo ella tendiéndole la mano.

—Llámame Jack. El placer es mío, Lili.

—Sentaos, hacéis una pareja deliciosa —comentó Eleanor triunfal, pues había notado que entre esos dos habían saltado chispas.

La tarde resultó agradable, Lili era una mujer preciosa y encantadora, además de una gran conversadora. Regaló a Jack muchas miradas que de

algún modo hicieron mella en él, incluso pensó que conocerla no había sido una mala idea. Y la hora que tenía prevista dedicar a aquel encuentro se convirtió en dos sin apenas percatarse.

—Bueno, queridos, yo he de retirarme y dejaros solos. Quizá podríais ir a algún lado. Es domingo y tenéis tiempo de aprovechar la tarde todavía.

—No creo que a Jack le apetezca ir al cine, hay una película que me gustaría ver —dijo Lili.

—No veo por qué no, ¿verdad, Jack? —Eleanor miró a su hijo significativamente.

Jack de pronto se encontraba en todo un compromiso. Las dos mujeres esperaban su respuesta. Tras meditarlo para sí unos segundos, finalmente dijo:

—Sí, claro, me encantaría.

—¡Estupendo! —exclamó Eleanor con una amplia sonrisa—. Pasadlo bien.

Jack y Lili salieron de la sala tímidamente. Este, gentil, le cedió el paso primero y ella atravesó las puertas con la cabeza gacha y las manos cruzadas.

—¿Cuál es esa película que quieres ver? —le preguntó una vez estuvieron en el porche.

—No quiero ver ninguna película —dijo ella en voz baja.

—Ajá, entonces, ¿qué quieres hacer? —dijo sorprendido.

—Quiero beberme una cerveza y quitarme este estúpido vestido.

—Interesante —dijo Jack con una media sonrisa dibujada en la cara—. ¿Has traído coche?

—No, me trajo mi tío.

—Bien, vayamos en el mío entonces.

En cuanto montaron en el coche, ella pasó de inmediato al asiento trasero. De su bolso sacó una falda corta de cuero negro y una camisa blanca semitransparente, cambiándose con mucha habilidad, ante un Jack atónito por ese cambio tan radical en Lili, pero sin osar a mirar por el retrovisor.

—¿Haces esto muy a menudo?

—¿Se nota?

—Diría que sí.

—Pues sí, lo hago prácticamente todos los días. Soy una excelente actriz —respondió ella con la voz entrecortada mientras acababa de vestirse—. Lista. ¿Nos vamos?

Lili pasó de nuevo el asiento del copiloto, pisando el cambio de marchas,



y se dejó caer con un suspiro

—¡Oh, me falta una cosa! —exclamó levantando el dedo índice.

—¿No irás a orinar en una botella? —bromeó Jack entre risas, de aquella chica tan desconocida uno podía esperarse cualquier cosa.

—Quizás luego. Me refería a esto —dijo tirando del coiletero, dejando la melena al viento.

—Maravilloso, me has recordado a un anuncio de champú.

—Arranca y salgamos de aquí, tanto estirado me pone los pelos de punta. Jack asintió y salió chirriando ruedas de la propiedad de sus padres, la tarde prometía.

Durante el trayecto hasta la ciudad, Jack aprovechó para hacerle unas preguntas a Lili.

—¿Así que duquesa?

—No soy duquesa, el duque es mi tío. Mis padres pensaron que podrían meterme en redil si me mandaban a vivir con él.

—¿Eres una especie de revolucionaria escocesa?

—No, soy una chica normal para mi edad. Mis padres creen que debería comportarme como una señora de cincuenta años y no lo soporto.

—Te entiendo. Me recuerdas a Janice —dijo Jack sin apartar la vista de la carretera.

—¿Quién es Janice?

—Es mi novia.

—¿Tienes novia y accedes a conocer a la sobrina del duque de Rothesay? —preguntó Lili divertida.

—Supongo que mi madre también quiere convertirme en un viejo de cincuenta años.

—Si no quieres pasar la tarde conmigo, puedes dejarme en el centro. Puedo apañármelas sola. —Lili apoyó los pies en el salpicadero.

—No, no, déjame que te compense la tarde de té con unas pintas. Que no vayamos a anunciar nuestro compromiso por unas tierras, no significa que no podamos ser amigos.

—Me parece bien, aunque mi tío no tiene tantas tierras, pero eso de ser duque le da un caché impresionante.

—Deduzco que lo vamos a pasar muy bien —dijo Jack riendo.

—Eso parece, Jack. Además, estás potente, ¿lo sabías?

—¿Potente? —Jack estalló en una carcajada ante aquella expresión tan graciosa.

—Sí, potente significa que estás bueno.

—Pues muchas gracias, tú tampoco estás mal.

—Vaya, yo esperaba un Lili estás tan buena que cada vez que te miro crezco quince centímetros en horizontal.

Jack volvió a estallar en otra carcajada, después le dijo:

—¿De dónde sacas esas cosas?

—De la calle, de la vida, de amigos y de algún libro —respondió Lili, encogiéndose un poco de hombros, con una carantoña dibujada en el rostro.

—¿Qué tipo de libros lees tú?

—¿Y tú?

—*Touché.*

—¿Dónde me llevas? —preguntó sacando un paquete de chicles del bolso.

—A Whistlebinkis, hay música en directo, te gustará.

# 11

Janice ocupó parte de la tarde en ordenar armarios y a leer artículos médicos sobre negligencias. Tenía obsesión con ellas, no quería convertirse en una médica incompetente, no podría soportar la carga de cagarla con algún paciente y ser responsable de su desgracia de por vida.

—¿Qué haces? —le preguntó Sarah, saliendo de su habitación desperezándose, se había pegado una tremenda siesta.

—Leyendo algunos artículos, pero creo que voy a dejarlo por hoy.

—Harás bien. No es el mejor plan para un domingo por la tarde.

—Lo sé, pero mañana tengo algo importante que hacer en el hospital y estaba documentándome un poco. —Janice se masajeó la cabeza frente al portátil.

—Podríamos hacer algo divertido, así nos despejamos las dos. El tema de Luke me martillea la cabeza —comentó Sarah dejándose caer en el sofá.

—¿Y qué propones?

—Unos amigos de unos amigos que tienen un grupo tocan hoy en Whistlebinkis, podríamos ir.

—Suena bien, ¿y qué tocan?

—No tengo ni idea, pero, mientras dura el concierto, las copas están a dos por uno.

—Esa es una razón más que convincente para ir —dijo Janice riendo.

A las ocho y media, Janice y Sarah hicieron su aparición en el pub. El lugar estaba atestado de gente y les era casi imposible moverse entre la multitud para llegar a la barra. El concierto empezaría en diez minutos y varios grupos habían echado el ancla cerca de la barra para pedir bebidas en oferta. Así que se plantaron en un claro que había cerca de la entrada para esperar el momento.

—Me parece que nos va a ser difícil echar un trago hoy aquí —dijo Janice alzando la voz.

—No empieces, Janice. Lo tomaremos cueste lo que nos cueste. Además,

toda esta gente ha venido a ver el concierto, deben ser buenos.

—O son unos borrachos —apuntó Janice arqueando una ceja.

—También, pero ¿quién no lo es? La vida es tan jodida que uno necesita de vez en cuando un respiro —le repuso Sarah encogiéndose de hombros.

—Sí, pero no necesariamente hay que convertirse por ello en alcohólico.

—¿Desde cuándo no captas las bromas? —Sarah la miró con el ceño fruncido.

—Desde que he dejado de poder respirar aquí dentro.

El concierto dio comienzo y los camareros accionaron una especie de sirena para indicar que las copas estaban a mitad de precio. La gente levantaba los brazos, como en un naufragio, esperando ser atendido. Janice miró a todos lados, aquella situación la agobiaba un poco, y pensó en escapar y dejar a Sarah sola, lidiando con toda esa marabunta. Pero no lo hizo, intentó relajarse y disfrutar de aquel momento, aunque fuera difícil.

Sarah consiguió que un chico mono les cediera su puesto en la barra a golpe de seducción, y por fin pudieron pedir dos pintas. En cuanto el camarero se marchó para servir las, Sarah vio a Jack en la esquina de la amplia barra.

—¿Aquel no es Jack?

Janice estiró un poco el cuerpo para intentar ver mejor y comprobó que efectivamente era él.

—Eso parece, la reunión familiar debe haber terminado.

—¿Y quién es esa rubia que le susurra algo al oído, su prima?

—No tiene pinta de ser su prima —gruñó Janice separándose bruscamente de la barra.

—¡¿Qué haces?! —preguntó Sarah, aguantando las dos jarras en alto que se iban desparramando por los golpes de la gente.

Janice estaba furiosa, sin darse ni un solo segundo para respirar hondo, echó a andar, apartando a la gente a su paso hasta llegar donde estaba Jack.

No podía creer que Jack le hubiera mentido y encima estuviera divirtiéndose con aquella chica. La noche anterior le había dicho que confiara en él y ella como una tonta le había creído, después de haber aceptado ir a aquella estúpida cena y que su madre la mirara por encima del hombro. Esto era la gota que colmaba el vaso.

Cuando llegó a su altura, Jack no se percató de su presencia, seguía riendo y bailando con una cerveza en la mano con aquella rubia. Janice no se lo pensó dos veces y le dio un tortazo que a Jack le pilló desprevenido.

—¡Janice! —exclamó al verla, con la mano sobre el entumecido carrillo.

—No quiero escuchar el típico no es lo que parece, básicamente porque sí es lo que parece. Me has mentido y has venido a divertirte con otra mujer. Apuesto a que no le has dicho que tienes novia.

—Hola, soy Lili, y sí lo sabía —le dijo la rubia sin ningún apuro.

—Perfecto entonces, sois dos personas despiadadas a las que les da igual los sentimientos de los demás. —Janice estaba fuera de sus casillas haciendo aspavientos.

—Janice, tranquilízate, es una amiga de la familia.

—¿Esa familia que me detesta? Ya vi cómo me miraba tu madre ayer. Sé que no le gusto, Jack.

—¿Eleanor? Pero si es un encanto de mujer —dijo Lili con cara de extrañeza.

—Por favor, Lili, no eches más leña al fuego —le pidió Jack.

—Déjala, déjala que la defienda, seguro que ellas dos hacen mejores migas —le repuso Janice girándose dispuesta a marcharse.

—Espera, Janice. —Jack la agarró por el brazo y ella le dedicó una mirada asesina.

—Suéltame ahora mismo o te juro que te patearé los huevos.

Jack la soltó de inmediato, sabía que Janice era capaz de eso y más.

Al llegar a la posición de Sarah, vio que estaba con el chico guapo que les había cedido antes el sitio en la barra.

—Me largo —le dijo a su amiga.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Lo que tenía que pasar. Quédate si quieres, no quiero estropear la noche —dijo con la garganta apretada conteniendo las ganas de llorar.

—De eso nada. He venido contigo y me voy contigo.

—Puedo llevaros a casa si queréis —intervino el chico guapo al ver el lamentable estado emocional de Janice.

—Ahórrate la galantería, no soy ninguna damisela en apuros —le repuso Janice, dejándolo con la boca abierta, y acto seguido salió del local.

—No le hagas caso. Está resentida con los hombres ahora mismo —comentó Sarah, disculpando la grosería de Janice.

—Solo pretendía ser amable —dijo el chico encogiéndose de hombros.

—He de irme, Janice me necesita. Ya tienes mi número, si aún sigues interesado en alquileros la habitación libre llámame.

—Lo haré, aunque no creo que a tu amiga le haga mucha gracia.

## 12

Jack llevó a Lili hasta Daryl, el lugar donde residía con su tío. El camino hacia allí fue tenso, Lili intentó suavizar la situación, pero eso cabreó aún más a Jack.

—Creo que tu novia se ha pasado. No puedes llegar y dar un tortazo a nadie antes de preguntar.

—Janice es así: es muy temperamental —la justificó Jack, al que aún le dolía la bofetada.

—Pues no te pega nada.

—¿Qué sabrás tú de lo que me pega a mí?

—No lo sé, pero esa chica no me ha causado buena impresión. Quizás tu madre esté en lo cierto —dijo posando los pies sobre el salpicadero.

—¿Podrías quitar los pies de ahí, por favor? —dijo Jack apretando los puños contra el volante.

—Antes no te ha importado. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Te parece poco que por haber accedido a los caprichos de mi madre me haya peleado con mi novia? —le preguntó casi gritando.

—Disculpe usted. —Lili levantó las palmas—. Pero creo que de no haber sido así no me hubieras conocido. Soy una duquesa, ¿recuerdas?

—No te disculpo, has estado muy grosera con ella y te falta mucho para ser una duquesa.

—Nunca he querido serlo y tampoco me apetecía quedar contigo.

—Entonces, ¿por qué has accedido a ir a ese pub? Podrías haberte escaqueado y haberme librado a mí de esa carga.

—Tú también podrías haber dicho que no.

—¿Delante de mi madre? No sabes lo que dices —gruñó Jack moviendo la cabeza a los lados.

—Te tienen bien pillado por los huevos, Jack. Pensaba que eras otra clase de tío.

—Pues ya ves lo que soy.

—Para ahí. Ya hemos llegado —anunció Lili desabrochándose el

cinturón—. Espero verte pronto.

—Siento decirte que yo no —le espetó Jack de mala gana.

—Yo creo que sí, recuerda que te tienen bien pillado ahí abajo—. Lili le señaló la entrepierna y se apeó del coche con una sonrisa burlona en la cara.

Durante el camino de vuelta, Jack pensó en las palabras de Lili. Era cierto que nunca había sabido imponerse, era de carácter fácil, demasiado domable. Su madre había ejercido un gran poder sobre él desde bien pequeño y quizá ya iba siendo hora de tomar las riendas de su vida. Estudió derecho porque tenía que seguir los pasos de su padre, cuando en realidad a él lo que le gustaba era el periodismo. Pero Eleanor se echaba las manos a la cabeza cuando lo nombraba y acabó sucumbiendo a los deseos de su madre que, por otra parte, no había dado palo al agua en la vida.

Su padre era de otra pasta. Era más normal, por así decirlo, y no hubiera puesto objeción a que su hijo se dedicara a lo que quisiera, pero Jack Lefkowitz padre era otra víctima de Eleanor, también lo tenía pillado por los huevos con el cepo de su poder supremo.

Al llegar a su apartamento, se deshizo de la chaqueta y pensó en darse una ducha para calmarse un poco, y tal vez luego ir a casa de Janice, pero sabía que aquello no sería buena idea. Janice necesitaba un tiempo de meditación y era mejor no atosigarla si estaba enfadada.

Se echó las manos a la cabeza, ¿en qué estaría pensando cuando aceptó ir con esa chica al pub? En cuanto la vio de aquella manera vestida debía haber advertido que el nombre de Lili se podía traducir en problemas. Él no llevaba malas intenciones, solo quería ser amable con ella. Jack quería a Janice, no tenía ojos para nadie más. Quizá en otra época hubiera sucumbido a los encantos de la rubia, debía reconocer que no estaba nada mal, pero no era el caso.

No pudo reprimir las ganas de comunicarse con Janice y le mandó unos mensajes, pero no obtuvo respuesta. Era algo que esperaba, conocía muy bien a su novia. El tiempo solo diría si podría reconquistarla. Llevaba unas horas sin ella y ya la echaba de menos.

En el piso de Queen Charlotte Street las cosas estaban de otra manera. Janice no era mujer de llorar, aguantaba las ganas hasta que ya no podía más y transformaba las lágrimas en cólera.

—Janice, estás sacando las cosas de quicio y ese cojín que estás estrangulando no tiene la culpa —le dijo Sarah, tratando de quitarle el cojín

con el que estaba ensañándose como si fuera un *punching ball*.

—¿En serio? Tú has visto lo mismo que yo. No me digas que estoy sacando las cosas de quicio —le replicó enfadadísima, lanzando el cojín a la pared y haciendo tambalear la lamparita del salón.

—Exacto. He visto que Jack estaba con una chica tomando una cerveza. No estaban haciendo nada más y te ha dicho que es una amiga de la familia.

—¿Tú crees que yo me chupo el dedo? Esa mujer no tenía pinta de ser amiga de la familia Lefkowitz. Si así fuera sería una estirada y, en cambio, se la veía muy suelta.

—Creo que debes calmarte y escuchar a Jack. No creo que sea esa clase de tío —trató de calmarla Sarah, que siempre abogaba al diálogo antes de sacar conclusiones.

—No quiero escucharlo —se negó en rotundo—. Me ha decepcionado y mucho. Solo quiero que pase el tiempo para que se me pase este cabreo.

—Está bien, eso ya será un primer paso. Cuando estés más calmada verás las cosas de otro modo.

—Me ha jodido, Sarah. Sabía que mañana tenía algo importante que hacer en el hospital y me ha jodido. No creo que pueda pegar ojo esta noche.

—Te prepararé una tila y veremos algún capítulo de Seinfeld. Siempre te quedas dormida, te ayudará.

—No creo que Jerry Seinfeld pueda ayudarme esta noche.

—Habrá que intentarlo —dijo Sarah, posando una mano sobre su hombro, antes de dirigirse a la cocina.



# 13

Janice se levantó con una fuerte resaca emocional, la tila de Sarah no había ayudado y ver series hasta quedarse dormida tampoco. Había pensado demasiado en cómo Jack la había traicionado y mentido de esa manera. Se dio una ducha rápida y salió disparada hacia el hospital. Ese día le había pedido a Bill que le cambiara el turno a la tarde, algo que últimamente, por culpa de las prácticas del hospital, pasaba muy a menudo.

Cuando llegó al hospital, el ambiente parecía bastante tranquilo. Miró su móvil por última vez esa mañana y lo dejó en la taquilla silenciado. Jack le había mandado unos cuantos mensajes a los que no había contestado, ni pensaba hacerlo.

Se acercó al mostrador de admisiones y preguntó por el doctor Simon, a lo que la enfermera le informó que se encontraba en urgencias atendiendo a los pacientes del doctor Richardson, que ese día había faltado al trabajo por asuntos personales. Tras eso, Janice se puso un café y bajó a la planta de urgencias.

Aquella zona era la más concurrida del hospital. La gente solía acudir con cosas graves y otras menos graves engrosando la lista de espera. Cruzó el pasillo que conectaba con los boxes, su turno no empezaba hasta una hora más tarde, pero en cuanto una enfermera la vio corrió en su búsqueda para pedirle que atendiera a un niño que había acudido con un corte profundo.

—Se lo ha hecho en el colegio. Agradezco que nos eche una mano, doctora Stone. Tenemos *overbooking*.

—No te preocupes, y llámame Janice.

Janice atendió al niño, al que solo había que desinfectar la zona y dar unos puntos de sutura. Dejó a las enfermeras con el niño y salió del box con una sonrisa en la cara, aquel niño se había portado muy bien y le había provocado mucha ternura.

—Te ha tocado algo fácil, lo deduzco por tu sonrisa —le dijo el doctor Simon, sacándola de sus pensamientos.

—Y lo tuyo es dar sustos a la gente.

—Lo siento, no lo pretendía.

—En realidad, me alegro de verte, quería hablar contigo.

—Pues tú dirás —dijo, intrigado por el motivo de aquella charla, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza.

—Mejor vamos a un lugar privado. Es sobre un paciente —le repuso ella.

—Todo en este hospital es sobre pacientes —contestó Ryan riéndose.

—Lo que tengo que decirte no te hará tanta gracia —dijo ella en tono serio y a él se le desdibujó la sonrisa con rapidez.

—Vaya, pues dispara. No tengo todo el día, Stone.

—¿Recuerdas haber atendido a Ben Harrison? —le preguntó Janice sin pensarlo dos veces.

—¿Ben? No, no lo recuerdo. No soy muy bueno con los nombres. Escucho muchos al cabo del día.

—Es un chico al que mandaste a casa con unos analgésicos, porque le diagnosticaste una lumbalgia.

—¿Y qué tiene de raro eso? No operamos a la gente por un dolor muscular.

—No, evidentemente no, pero el chico volvió al día siguiente con el dolor agudizado y además con dolor abdominal.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que tras realizarle unas pruebas detectamos un tumor en el riñón.

—Te felicito, pero todavía no sé qué pretendes decirme con todo esto.

—Que eres un incompetente —le espetó a las bravas.

—¿Disculpa? —dijo él tensándose.

—Lo que oyes. Si ese chico no hubiera vuelto, su enfermedad se hubiera agravado.

—Como muchas otras, doctora Stone. Un médico diagnostica según los síntomas que le describe el paciente. Si un chico viene con un dolor lumbar y, no presenta otra complicación, no se le manda hacer ninguna punción lumbar. Esto no es la serie *House*.

—Tenías que haberlo visto —le contradijo ella molesta por su condescendencia.

—¿Con mis rayos X? No digas cosas absurdas. Si quieres ser médico tendrás que lidiar con todas estas cosas y muchas más. Si el niño que acabas de atender pierde la mano por gangrena, ¿dirías que es culpa tuya?

—Evidentemente no.

—¿Y si yo te dijera que lo tendrías que haber visto?

—Tampoco —respondió Janice, dándose cuenta de su error.

—Creo que nuestra charla ha terminado, doctora Stone.

Ryan se marchó de allí dejándola con la respiración entrecortada por el sofoco. Se había precipitado, como tantas veces en su vida, y se había creado una enemistad con un reputado médico del hospital, algo que no la beneficiaría a la hora de pedir la residencia. La había fastidiado y empezaba a ser consciente de ello, recordando las palabras de Jack, cuando le dijo que era mejor no involucrarla en los asuntos legales que llevaba el bufete contra el hospital. Respiró hondo, no podía permitir que el maldito de Jack inundara sus pensamientos, estaba muy enfadada con él y ahora también consigo misma.

La tarde en la cafetería fue un desastre. Janice no daba pie con bola. Los problemas y el sueño podían con ella y estaba distraída. Bill le llamó la atención varias veces cuando derramó los cafés y se equivocó en varias comandas.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —le dijo en un rincón.

—Lo siento, Bill. Últimamente no puedo con todo. Hoy me siento realmente cansada.

—Has tenido todo el fin de semana para descansar. Deberías dosificar mejor el tiempo. No querría arrepentirme de haberte subido el sueldo —le espetó de mala manera, algo poco común en su jefe.

—Y no te daré ni un motivo más, Bill. Lo siento, procuraré centrarme.

Bill bufó y se apiadó de Janice.

—Vete a casa y recarga las pilas. Mañana te quiero aquí una hora antes, ¿entendido?

—Te lo agradezco —dijo ella deshaciendo el nudo del delantal, deseosa de llegar a casa y meter la cabeza dentro del horno.

# 14

Una semana después, Jack había perdido toda esperanza de comunicarse con Janice. Había hablado con Gene para que hiciera entrar en razón a su amiga y esta lo había intentado por la amistad que también le unía con él. Pero le fue imposible convencerla de que hablara con él. Janice era sumamente tozuda. Jack, por su parte, tampoco había querido darle explicaciones de quién era esa chica y de por qué estaba en Whistlebinkis con ella, algo que dificultó la tarea que le había encomendado a Gene.

—Lo siento, Jack. No entra en razón. Creo que lo mejor será que dejes pasar el tiempo —le aconsejó Gene por teléfono.

—No quiero dejar pasar el tiempo, dejaré de quererme. Debes creerme, esa chica estaba de paso. Es una amiga de mi familia —aseguró él con un gran pesar.

—Te creo, pero entenderás que para ella sea difícil creerlo. Y, por otro lado, sé que tú y Lewis me ocultáis algo sobre esa chica.

—No quiero que te lleves una mala impresión de mí.

—Así vas por mal camino.

—Está bien. Esa chica es la sobrina del duque de Rothesay. Mi madre insistió en que la conociera y ya sabéis lo insistente que puede llegar a ser. Tendría que haberle dicho que no, pero soy un maldito cobarde. Te juro que no pasó nada entre nosotros, no tenía intención de volver a verla.

—¿Y por qué no le dices eso a Janice?

—Me odiaría aún más por ser un calzonazos. No me lo perdono yo mismo y sé que ella no lo haría. Está muy ofendida con mi madre y si se enterara que, a pesar de todo, fui a complacer sus deseos estaría perdido del todo.

—Lo entiendo. No sé qué más decirte, Jack.

—Tranquila, gracias por todo y, por favor, no le digas nada.

—No lo haré, eso será decisión tuya. Pero te aconsejo que dejes pasar el tiempo y te sinceres. La verdad a veces duele, pero no hay mejor camino.

Jack reflexionó sobre las palabras de Gene, sabía que su amiga estaba en lo cierto. Ella decidió pasar por alto muchas cosas a Lewis cuando supo la verdad y quizá fuera lo más correcto. Lo de dejar pasar el tiempo era otro cantar, echaba mucho de menos a Janice y el móvil le quemaba en la mano.

Decidió salir a correr un rato para despejarse, el deporte siempre había sido un buen aliado para Jack en los momentos más difíciles de su vida. Esa semana había ido a correr varias veces, el caso Greene contra Chalmers estaba siendo más duro de lo que esperaba. Los médicos eran muy astutos y cada vez veía menos clara la defensa. No obstante, no podía decepcionar a su cliente, ya no era una cuestión de orgullo profesional, era algo moralmente necesario. Aquel hombre había perdido la capacidad de correr como él, de bailar y caminar por las calles de Edimburgo de la mano de sus hijos. Jack quería de verdad hacer justicia.

La semana para Janice no fue mejor, echaba de menos a Jack, pero su orgullo no la dejaba reaccionar. Además, el doctor Simon la esquivaba por los pasillos y no era plato de buen gusto. También escuchó entre los corrillos algo sobre el caso que Jack llevaba en contra del hospital y sabía que lo tendría difícil. Algo que entristeció de sobremanera a Janice, pensando en ese pobre hombre que iba a quedarse de por vida en una silla de ruedas. Pensó en buscar información para Jack, saltándose algunas normas del hospital, pero pronto rechazó la idea, no quería comunicarse con él y mucho menos meterse en más problemas.

Decidió entrar en la sala de descanso. La tarde había sido bastante ajetreada y necesitaba recostarse en uno de los sillones con una taza de té entre las manos. Cuando entró esperando encontrar calma y paz, los planes se le vinieron abajo al encontrarse al doctor Simon sirviéndose una taza de café.

—Lo siento, me iré. No quiero incomodarte con mi presencia —dijo ella, cuando él desvió la mirada hacia su posición.

—No tienes por qué. Puedes quedarte. Se te nota cansada.

—Lo estoy —aseguró Janice bufando y dejándose caer en un sillón.

—¿Quieres un café? —preguntó él solícito, pero con el gesto serio.

—Prefiero un té, gracias.

Ryan encendió el hervidor de agua eléctrico y se lo preparó sin mediar palabra.

—Gracias —dijo ella cuando le tendió la taza.

—¿Un día duro? —Ryan la observaba desde la bancada, con la cadera

levemente apoyada en esta.

—Sí, la vida de médico y camarera lo es. —Hizo una pausa para soplar el té—. Lo siento, siento mucho lo que te dije, no estuvo bien.

—No, no lo estuvo, pero eres joven y tienes mucha energía y ganas. Ojalá todos los médicos se implicaran como tú. Cuando ves tantas cosas como yo te vuelves insensible y te olvidas de que estás tratando con seres humanos. Pero quiero que sepas que, si el chico hubiera venido con síntomas alarmantes, le hubiera hecho las pruebas ese mismo día.

—Lo sé, tienes razón. No podemos prever de antemano cómo va a evolucionar una afección. No tenemos esa capacidad, de momento. —Rio ella más relajada.

—Tú lo has dicho, de momento. Por lo pronto, tenemos que seguir comiendo para mantener la mente activa. ¿Qué te parece que quedemos algún día a cenar para celebrar que hemos limado asperezas? —le propuso Ryan, tomando asiento en el sillón de enfrente.

—No creo que sea muy buena compañía en estos momentos —le repuso ella.

—¿Peleas amorosas?

—No amorosas, más bien. He roto con mi novio hace poco.

—En ese caso te vendrá bien despejarte y ver qué hay ahí afuera esperando para ti. Cuando una puerta se cierra, otra se abre. Podría hacer un buen diagnóstico de tu situación, soy muy bueno escuchando.

—Estás a un paso de convencerme.

—¿Y cuál sería ese siguiente paso?

—Si me acercas una de esas rosquillas me lo pensaré —dijo Janice, señalando la caja de rosquillas que había junto a la cafetera.

# 15

A Ryan Simon le había impresionado la actitud de Janice Stone hacia él. Había que tener agallas para enfrentarse a un médico veterano. Ryan había comenzado a trabajar en el hospital Chalmers hacía tres años, tras hacer su residencia en el Liberton. Tuvo mucha suerte, pero entre su currículum y las cartas de recomendación de colegas le abrieron de lleno las puertas. Siempre había sido muy pulcro en su trabajo y que una chiquilla en prácticas hubiera puesto en duda su profesionalidad le hizo plantearse muchas cosas. Era cierto que con el tiempo te insensibilizas al dolor ajeno y era algo que quería corregir. Le encantaba su trabajo: ayudar a los demás siempre había sido una prioridad en su vida. Ya desde pequeño se preocupaba de los animales desvalidos y compañeros de colegio que se herían en el patio.

Janice era una chica atractiva con un don especial. Era una mujer interesante de carácter atrevido. Justo como le gustaban a Ryan, y esa discusión en los pasillos de urgencias no hizo más que aumentar el interés que él tenía por ella. La había estado ignorando un par de días, provocando que ella se sintiera incómoda, pero esa técnica nunca le había fallado con ninguna mujer, y Janice no iba a ser diferente. Sabía que se sentía culpable y que acabaría pidiéndole perdón.

Tras varios días de colegueo por el hospital, desde que le propusiera cenar juntos, Janice había accedido. El viernes, aprovechando la tarde libre de esta y cuadrando los turnos de Ryan, quedaron para cenar y tomar unas copas. Le apetecía mucho conocer más cosas sobre ella, cuando se quitaba la bata y el fonendo y solo era una joven de veinticinco años. Ya sabía que era una mujer guerrera, pero de gran corazón, y esperaba descubrir en ella todavía más de esas cualidades que tanto admiraba en una mujer.

El viernes llegó y los nervios se instauraron de nuevo en el estómago de Janice. Un día antes, había decidido bloquear a Jack, no quería que sus mensajes, a los que no había contestado, enturbiaran su calma. A medida que

las cosas entre Ryan y ella se habían ido estabilizando en el hospital, su desasosiego fue disminuyendo, y aunque seguía echando de menos a Jack, en algunos momentos también lo echaba de más. Tampoco le dio tiempo a pensarlo demasiado, simplemente hizo lo que le pidió el cuerpo. La vida era una y una tenía que vivirla intensamente. Refugiarse en los problemas y no echar hacia delante debería ser anticonstitucional, y a Janice no le gustaba saltarse las leyes.

Se puso un vestido de su fondo de armario, el vestido con el que más cómoda se sentía. Negro, con cierto escote, pero sin ser escandaloso, y con un ajuste óptimo a sus curvas sin parecer una buscona. Sus estiletos rojos completaron el *look*. Estaba lista para pasar una noche de viernes agradable, acompañada de un compañero atractivo y simpático que le devolviera la confianza en sí misma.

Ryan llegó puntual y Janice hizo su aparición triunfal, erizando el vello corporal de él al descubrir lo guapa que estaba. Bajó caballeroso para abrirle la puerta del copiloto de su Prius.

—No hacía falta —dijo Janice con una sonrisa.

—Por supuesto que sí, tenía que verte de cerca. Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal.

—Esperaba un «wow, casi me caigo de culo al verte», pero me conformaré con eso.

—¿Siempre estás de broma?

—La risa alimenta el alma y ayuda a combatir muchas enfermedades, doctora Stone. Debería saberlo —dijo Ryan, metiendo la primera marcha para salir del aparcamiento.

—Aún soy una médica inexperta. Deduzco que voy a aprender muchas cosas de ti —dijo ella con coquetería, algo que a Ryan no le pasó desapercibido.

—Estaré a tu entera disposición para darte clases particulares. —Él usó un tono similar.

—Eso suena muy sugerente.

—Todo lo sugerente que tú quieras, Janice. La noche es tuya. ¿Dónde quieres ir?

Janice sonrió ampliamente, pensando que el doctor Simon sabía lo que se hacía. Era todo un conquistador, no obstante, le preguntó con un tono falsamente contrariado:

—¿Es que no has reservado?



—Me gusta el riesgo —dijo Ryan con un guiño muy sexy.

—Pues en ese caso vayamos a The Last Drop. Me han dicho que no pasó las dos últimas inspecciones de Sanidad.

—No sé si me va tanto —le repuso él riendo.

—Es broma. Gira a tu derecha —dijo Janice, señalando la calle—. Te llevaré a un lugar que seguro que te gustará.

Llegaron a The Last Drop, un lugar frecuentado por gente joven sedienta de cerveza y hambrienta de comida deliciosa a precios asequibles. Esperaron a que otra pareja abandonara la mesa en la que habían estado cenando y corrieron para que nadie les quitara el sitio.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Ryan mirando a alrededor.

—Antes solía venir mucho.

—¿Y ya no? —preguntó ahora centrándose en ella.

—Ya no, hasta hoy. Mi exnovio es un hombre de gustos caros.

—Entiendo, ¿y qué ha pasado?

—Nada, no me apetece hablar de eso. —Janice desvió la mirada.

—Mensaje captado. ¿Qué me recomiendas pedir?

—Una pinta de cerveza acompañada de haggis, un llena barrigas de manual. Además, está delicioso. En ningún sitio los hacen como aquí.

—Está bien. Seguiré tus consejos culinarios.

—Deberías. Soy la campeona de las tortitas de jengibre de todo Edimburgo.

—Vaya, ¿has ganado algún tipo de concurso?

—No —rio Janice—, pero tiempo al tiempo.

—Creía que querías ser médico.

—Y es lo que quiero, pero una cosa no está reñida con la otra. Mi alter ego es una repostera frustrada.

—Había entendido que eres la mejor con las tortitas de jengibre —dijo Ryan ladeando la cabeza y mostrando una sonrisa encantadora.

—También suelto muchas fanfarronadas, digamos que tengo una triple personalidad.

—¿Y con quién tengo el gusto de cenar esta noche? —preguntó cada vez más divertido con la charla.

—Con la verdadera Janice Stone, soltera y sin compromiso. —Janice le ofreció la mano.

—Encantado, señorita Stone. Me atrevo a decir que yo también soy soltero y sin compromiso, pero, si todo va bien y me promete tortitas de

jengibre para los restos, me pensaré el romper mi compromiso con la soledad.

La cena fue de lo más agradable, no pararon de hablar en todo momento, gustándose todavía más de lo que habían podido apreciar a simple vista. Janice se sintió muy cómoda y con la sensación de que podía ser ella misma.

Hablaron de su infancia y se dieron cuenta de que coincidían en muchas cosas. Los dos habían sido niños felices dentro de un seno familiar humilde, pero sus padres hicieron muchos esfuerzos para convertirlos en lo que eran ahora: él un buen médico y ella lo sería en un futuro. Ryan tenía la capacidad de hacerla reír sin ser pesado, odiaba a la gente que convertía toda conversación en un chiste, pero no era el caso. Era un hombre de treinta años brillante, extrovertido, amante de su trabajo, además de guapo. Ryan tenía una de esas bellezas clásicas que no pasan de moda. Alto y fuerte, con el corte de pelo impoluto y una sonrisa cautivadora, con una hilera de dientes preciosos de anuncio de dentífrico.

Durante varios momentos de la cena, Janice pensó que era el hombre ideal y que aceptaría la propuesta de cocinar tortitas para él por las mañanas, pero su corazón insistía en recordarle que Jack seguía muy presente todavía y su amor por él no se había desvanecido.

No verlo y no hablar con él la ayudaban a enmascarar ese sentimiento, pero no podía abrir un nuevo capítulo de su vida sin haber cerrado el de Jack antes.

Ryan llevó a Janice hasta su piso, sabía que era demasiado pronto para insinuar que pasaran la noche juntos, aunque ganas no le faltaban. Llevaba días imaginando cómo sería tener a una mujer como ella en la cama. Janice era preciosa, tenía una piel aterciopelada, salpicada por unas pocas pecas que le dulcificaban el rostro y su perfecta naricilla. Toda su cara era un conjunto maravilloso, coronado por unos labios carnosos que ella humedecía con frecuencia haciendo las delicias de él.

—Lo he pasado de fábula, Ryan.

—Yo también. Espero repetir pronto. —Él rozó la mejilla de Janice con la mano y esta se apartó un poco—. Lo siento. ¿Te he molestado?

—No, la que lo siente soy yo. Hacía tiempo que nadie me tocaba después de... —A Janice le dolía pronunciar el nombre de Jack.

—No te preocupes. Sé lo duro que es superar una ruptura —dijo él compasivo.

—Quiero poder entregarme sinceramente. No me gusta hacer daño a la gente.

—Te lo agradezco, pero deseo besarte.

—Y yo, pero siento que no debo.

—En ese caso me marcharé. Nos veremos mañana —dijo Ryan apretándole la mano.

—Espera —le pidió Janice, ahogando un suspiro.

Ryan paró en seco y se giró hacia ella. Janice se aproximó hasta él y se dejó llevar, besándolo con ganas, con las ganas que realmente tenía de hacerlo.

—Tenía que hacerlo, llevo pensando en hacerlo toda la noche —le confesó, mirándolo a los ojos.

—Has debido leerme el pensamiento, yo también he estado pensando en este momento toda la noche.

—Espero poder darte algo más con el tiempo.

—Me conformaría con que me dedicaras un beso como este cada día. No quiero presionarte.

—No lo haces. No puedo reprimir toda la vida lo que me apetece hacer, pero necesito tiempo.

—Y te lo daré, Janice. Te lo daré.

Janice volvió a besarlo intensamente antes de abrir la puerta y entrar en el vestíbulo, luego subió por las escaleras a toda velocidad a su piso, donde Sarah la esperaba despierta, dejando a Ryan en la calle, con una sonrisa tonta estampada en el rostro.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó deseosa de saber todos los detalles de su cita con el doctor buenorro, mote con el que le habían bautizado cuando Janice le habló de él la primera vez.

—Bien, normal —respondió como si nada, intentando disimular una sonrisa.

—Serás mala. Ese tipo de gusta, te ha hecho tilín.

—Es pronto para pronunciarse, pero tiene muchas posibilidades.

—Me alegro, ¿pero no crees que es demasiado pronto? Apenas han pasado dos semanas desde que lo dejaste con Jack.

—No me ha pedido matrimonio, Sarah. Solo hemos cenado y tomado unas cervezas.

—¿Os habéis besado?

—No —contestó con la boca pequeña.

—Mentirosa —gruñó Sarah lanzándole un cojín.

Janice iba a recoger el cojín del suelo y devolverle el cojinazo a su

amiga, cuando alguien llamó a la puerta.

—Mira, ha venido a por más, le has dejado a medias —se rio Sarah, sin intenciones de atender el telefonillo.

—No digas tonterías. ¿Quién será?

—Contesta y lo sabremos.

Janice se acercó con el ceño fruncido y descolgó en interfono.

—¿Sí?

—Janice, soy Jack. Necesito hablar contigo.

Janice tapó el auricular con la mano y le dijo en voz baja a Sarah que era Jack.

—Déjale subir —dijo Sarah.

—Está bien, te abro —contestó a Jack, rodando los ojos.

Cinco minutos después de que Jack entrara en el apartamento visiblemente afectado por la situación, Sarah decidió retirarse para dejarlos solos.

—¿A qué has venido? —le increpó Janice con brusquedad.

—No contestas a mis llamadas ni a mis mensajes. Si he sido algo para ti me merezco el beneplácito de la duda y que me dejes explicarme.

—No necesito tus explicaciones, simplemente no podría creerlas. Me mentiste, Jack. Me mentiste y estabas con esa fresca tomando cervezas y riendo como un tonto.

—No pasó nada entre esa chica y yo, ya te dije que era una amiga de la familia.

—Tu madre no aprobaría a una chica así como amiga de la familia —le repuso Janice sin creerse nada. Lo poco que había visto de la chica no le cuadraba con el estereotipo que pensaba que Eleanor Lefkowitz incluiría gustosamente entre sus amistades.

—Es un tanto peculiar, pero es cierto lo que te digo.

—Lo siento, pero necesito tiempo para asimilar todo lo que ha pasado. No es solo eso, también está el tema de tu madre. No encajo en sus planes, no soy digna del hijo de Eleanor, se lo noté de inmediato —dijo con acritud. Esa mujer era insoportable y aunque pensaba que la familia debía estar al margen de cualquier relación de pareja, la idea de tener que soportarla en un futuro se le hacía bastante cuesta arriba.

—¿Y a tiempo te refieres a besarte con tíos en la puerta de tu casa? —dijo Jack, apretando los puños por la tensión.

—¿Me has estado espiando? —Janice levantó la voz, asombrada por

aquello.

—No, solo venía a verte y me he encontrado la escena en la calle. He tenido que esperar a que terminaras de despedirte a lo película romántica y, aun así, estoy aquí suplicando para que me perdones.

—Lo que creo, Jack, es que eres como tu amiguito Lewis. Os creéis los reyes del mambo, que las mujeres somos de vuestra propiedad, y no aceptáis que no seáis imprescindibles.

—Crees que te soy imprescindible, ¿como si fuera un objeto que tienes guardado en un cajón de tu casa? —dijo Jack molesto. Janice estaba desconocida, no lograba reconocer en la mujer que tenía delante la chica de la que se había enamorado.

—Puedo vivir sin ti perfectamente —afirmó Janice de manera tajante.

—Eso ya lo he visto. Buenas noches, Janice —dijo Jack antes de marcharse dando un portazo.

# 16

Un mes después, Jack había decidido pasar página. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Janice. Pidió expresamente a Lewis y Gene que no le hablaran de ella. Cualquier cosa podría perturbar la calma que ahora se había instaurado en él. Habían sido muchas noches sin dormir, pensando en cómo ella lo había sustituido tan rápido, en la manera que lo había tratado sin dejarle dar una explicación. Pensándolo ahora fríamente, Jack sabía que no había hecho nada malo y entendía que la reacción de Janice había sido exagerada.

El sábado su padre cumpliría sesenta y cinco años, y todo el bufete asistiría al cumpleaños del fundador. Algo que pocos días atrás le parecía un tedio, ahora le apetecía, al fin y al cabo, eran su familia, con sus defectos y sus virtudes, pero también era cierto que de ser necesario se hubiera enfrentado a ellos por Janice, aunque ahora ya no tenía sentido, porque ella ya no estaba en su vida.

—Te veo más animado —comentó Lewis cuando lo vio aparecer ese día en el bufete.

—Lo estoy. La tormenta ha amainado.

—Me alegra oírte decir. Nos tenías preocupados — dijo Lewis apoyando su mano en el hombro de Jack.

—Lo sé, habéis sido parte fundamental para que levantara cabeza. Gracias.

—No se merecen, es lo que debe hacer un amigo.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra Gene?

—Bien, bastante bien. Vaya sorpresa, ¿verdad?

—Una sorpresa muy agradable, Lewis. Debéis estar como locos con el embarazo.

—Lo estamos. Es cierto que nos pilló por sorpresa, pero es una alegría muy grande, siempre pensé que tú serías el primero en formar una familia — dijo Lewis a su amigo con algo de pesar.

—Ya ves que no. Tendré que empezar de cero.

—Eso no será un problema para ti.

—¿Ya le ha dado la noticia Gene a Janice?

—No, está muy dolida con aquello que nos dijiste. No sé qué manía me tiene esa mujer.

—Janice es así, quizá es demasiado temperamental, pero no quiero hablar de ella. Solo quería saber cómo están ellas como amigas. Fui un bocazas y no tenía que haberos contado eso.

—Lo hiciste porque estabas muy enfadado, tampoco nos descubriste algo que no supiéramos.

—Espero que se arreglen, que Janice y yo ya no seamos pareja no significa que dejen de ser amigas. Me siento culpable por ello —dijo Jack mesándose el pelo.

—Pues olvídalo, seguro que pronto se reúne con ellas para contarles lo del embarazo. Sé que lo está deseando.

—Eso espero, en su estado va a necesitar a sus amigas para desahogarse o te volverá loco —comentó Jack riéndose.

—Gene no es de esas. No seas machista —le reprendió Lewis entre risas también.

—Solo estaba bromeando. Gene es fantástica y seréis unos padres estupendos.

Entre tanto, la relación de Janice y Ryan había cogido fuerza y ambos intentaban pasar el mayor tiempo posible juntos fuera del hospital. La confianza y la conexión entre ambos era evidente para el resto de los compañeros, pero ellos llevaban discretamente la relación en los pasillos del hospital. Lo único que estaba le costando a Janice de sobremanera era acostarse con él, demostrándole Ryan que era un hombre paciente y realmente interesado en ella. Cualquier otro ya hubiera salido corriendo a la mínima de cambio, pero ese mes había estado lleno de altibajos para Janice. A ratos echaba de menos a Jack y en otros lo odiaba con todas sus fuerzas. Estaba muy dolida por todo lo que había pasado desde esa maldita cena en casa de sus padres. Se sentía muy idiota por haber aceptado ir dejando de lado sus verdaderos deseos, y era por ello que, esta vez, no quería equivocarse y había impuesto una distancia física entre Ryan y ella. Quería ver realmente que las intenciones del doctor Simon eran buenas para con ella, y había podido comprobar que este las había superado con creces. Ese fin de

semana, Ryan le había propuesto salir de Edimburgo y ella había accedido. Janice sabía que había llegado el momento, estaba preparada y lo deseaba con ganas.

El jueves por la noche Janice fue a cenar a casa de Ryan, solían alternar las citas en casa de ella y en casa de él, pero nunca dormían juntos, algo que pronto iba a cambiar.

—Estoy deseando conocer la cabaña de tus padres en la isla de Skye. Mi amiga Gene solía pasar allí los veranos —comentó Janice cogiendo con las manos un puñado de almendras.

—Mis padres aún lo hacen, pero creo que en invierno todavía tiene más encanto. Por cierto, ¿has hablado ya con ella?

—No contesta a mis llamadas. No sé qué le he hecho. Sarah ha intentado hablar con ella, pero no le ha dado ninguna explicación. Ella no es así.

—Tranquila, pronto se le pasará lo que sea que le suceda. A veces pasan malentendidos y la gente nos lo tomamos a la tremenda, pero con el tiempo empezamos a ver que las cosas no son tal y como las habíamos imaginado y que quizá hemos exagerado las cosas.

Esas palabras hicieron que a Janice le diera un vuelco el corazón. Eran palabras muy ciertas y sintió que ella misma se había ofuscado con el comportamiento de Jack sin haberle dado oportunidad alguna de explicarse. No sabía por qué su cabeza se la jugaba en aquel momento, estaba con Ryan y era feliz, llevaba mucho tiempo sin darle vueltas al asunto, creía que lo suyo con Jack estaba superado.

—¿Estás bien? Te has quedado muda —le dijo Ryan acariciándole la espalda.

—Perdona. Estaba pensando en si la cabaña está bien provista de mantas.

—Por supuesto, ¿por qué te preocupa eso?

—Porque pienso quedarme en la cama desnuda contigo todo el fin de semana —respondió Janice besándolo con ganas.



# 17

El cumpleaños de Jack padre era un acontecimiento que toda la plantilla de Lefkowitz y Maddox Asociados, familiares y amigos íntimos de los Lefkowitz, disfrutaban al máximo. El padre de Jack había sido el fundador del bufete junto a su buen amigo Colin Graig, y todos los empleados lo conocían muy bien. Aunque desvinculado de su profesión de abogado, seguía muy presente en las decisiones de este, siendo como era socio minoritario, desde que su hijo y Lewis habían tomado el año anterior el relevo en la dirección. Jack padre era un hombre simpático y afable que sabía tratar a todos por igual, agasajando a todos sus invitados con buena comida, excelente bebida y un ambiente agradable.

—Una fiesta encantadora como siempre, señor Lefkowitz —le dijo Liza Brown, la abogada de familia del bufete.

—Encantador es que estéis todos aquí celebrando el cumpleaños de un viejo como yo —le respondió Jack padre con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Usted no es viejo. Está todavía en una edad maravillosa —le repuso Carol Kelles, la recepcionista del despacho, que se había puesto sus mejores galas para asistir a la fiesta del que fuera su primer jefe.

—Carol, tú que me ves con buenos ojos. La empleada más fiel que he tenido nunca.

—No me diga esas cosas que me sonrojo —dijo ella entre risas.

—Vayamos con los demás. Creo que Eleanor quiere hacer un brindis —dijo el señor Lefkowitz al grupo formado por los empleados del bufete.

Efectivamente, Eleanor hizo un brindis correcto y austero en honor a su marido. Esa mujer era incapaz de soltar una chispa de humor en ningún acto que tuviera protagonismo en su casa. El carácter de Eleanor era en términos vulgares como si tuviera un palo metido por el culo.

—Un discurso encantador, madre —la aduló Jack hijo.

—Gracias, cariño. Pero tengo algunas sorpresas más preparadas para esta familia.

—¿Sorpresas? Creía que no te gustaban las sorpresas. Te gusta controlar todo milimétricamente —le repuso Jack esbozando una sonrisa mientras bebía de su copa.

—Y así es, pero es una sorpresa controlada. Sé que te gustará.

—Deduzco por tanto que esa sorpresa es únicamente para mí.

—Y para mí si todo surge como es debido —dijo su madre asintiendo con la cabeza.

—¿De qué se trata?

—Te lo diré porque debe estar a punto de llegar. Me prometió que estaría aquí antes de la tarta —respondió mirando su reloj—. Se trata de Lili.

—¡Madre!

—Oh, no te pongas melodramático. Sé que lo pasasteis muy bien la última vez que os visteis, y me alegra que comprendieras que esa Janice no era mujer para ti.

—Eso no fue así exactamente —negó Jack agachando la mirada.

—Fuera como fuese, ahora eres un hombre libre. Y Lili Halston está esperando por ti.

—¿Esperando? —dijo él soltando una risotada.

—Le gustas, jovencito. Estaría muy feo que no le prestaras atención esta noche.

—Lo intentaré, madre.

—Ese es mi chico. Disfruta de la fiesta, querido.

Jack buscó entre la gente a Lewis, que se encontraba hablando con el señor Patterson, el abogado fiscal del bufete.

—Jack, felicita a tus padres por la fiesta —dijo el señor Patterson nada más verlo, metiéndose un canapé en la boca.

—De tu parte, Charles.

—Os dejo, voy a ver si pillo al camarero con la bandeja de estos canapés —dijo el señor Patterson dejando solos a los dos amigos.

—Charles amenaza con acabar con todas las reservas de comida de la fiesta —comentó Lewis riendo.

—No lo creo. Mi madre es demasiado previsora. Seguro que sobra comida para un par de días. ¿Dónde está Gene?

—Ha ido con Liza y Carol al baño, pero están tardando mucho.

—Estarán dando una vuelta de reconocimiento.

—¿Qué tal con tu madre?

—Ha invitado a Lili —dijo Jack con resignación.

—¿A la loca Lili?

—La misma. Está empeñada en emparejarnos. ¿Te lo puedes creer?

—Me lo puedo creer. Pero Jack, ¿qué tienes que perder?

—Por culpa de esa chica Janice me dejó —le espetó Jack con hastío.

—¿Estás seguro? Yo creo que Janice tergiversó las cosas. No hiciste nada con ella, solo te vio tomando unas cervezas.

—Eso es cierto.

—Y tanto que lo es, ¿acaso no puedes tomar unas cervezas con alguien solo porque sea del sexo femenino?

—Lo sé, lo sé, pero Lili acabó sacándome de mis casillas.

—Bueno, tómatelo como un segundo intento, si no te gusta se lo dices a Eleanor. Seguro que tiene una condesa escondida en la manga —dijo Lewis riendo.

—Muy gracioso, Maddox, muy gracioso.

En la cabaña, Ryan y Janice disfrutaban de una tabla de quesos y un buen vino al abrigo de la chimenea. Habían llegado hacía unas horas y, tras dar un agradable paseo por la zona, decidieron que era momento de entrar en calor y llenar la barriga.

—Este lugar es bucólico. Es como una cabaña de cuento de hadas —dijo Janice mirando a alrededor.

—Mi madre es una gran consumidora de programas sobre decoración y revistas —comentó él sirviéndole más vino.

—Creía haber entendido que tus padres eran gente humilde, una cabaña como esta debe costar una fortuna.

—Lo son. La cabaña era de mis abuelos y mi madre la heredó, era hija única. Mi padre es muy manitas y entre los dos han ido creando todo lo que ves aquí. La mayor parte de la decoración la compraron en mercadillos benéficos.

—Pues tienen un gusto excelente.

—No ser rico no está reñido con tener buen gusto.

—Lo sé. Disculpa, no quería decir eso.

—Sé qué querías decir, no te preocupes —le repuso con una sonrisa.

El ambiente era muy agradable, el fuego chisporroteaba creando diferentes luces en la estancia y el efecto del vino maridado con aquel delicioso queso estaba encendiendo las ganas de hacer el amor de ambos. Llevaban mucho tiempo esperando el momento y la ocasión y la atmosfera

que la envolvía eran las precisas.

Ryan besó la nariz de Janice con ternura. Sabía que era afortunado de tenerla. No sabía explicar cómo, ni por qué, solo sabía que, desde que la había visto en el hospital, había estado convencido de que deseaba a Janice con todas sus fuerzas. Soñaba con tocar su piel desnuda y esos pechos tan bonitos que se adivinaban debajo de su ropa. Ryan no pensaba que hiciese mal por ello, ni pensó que Janice algún día quisiera nada con él, pero deseó que al menos llegaran a ser amigos. Y ahora eran algo más que eso.

Janice le acarició la nuca y lo besó, preludio de que algo mágico entre ellos daba comienzo. Ryan rodó los hombros de Janice y le acarició el cuerpo, notaba las vibraciones que ella desprendía.

Ella cerró los ojos, para concentrarse en el dulce cosquilleo que sentía en la vulva. Era algo tan bueno y travieso. Se recostó en la alfombra y Ryan comenzó a acariciarla por debajo de la ropa y ella separó los muslos. Ryan le acarició el sexo, la apretó más contra sí, y Janice, en medio de un gemido de ojitos entornados, lo besó en la cara incorporándose, con los labios separados, lamiendo ligeramente su mejilla. Ryan se acercó más a ella y se le escaparon unas risitas sofocadas cuando ella le lamió los labios, y muy despacito metió la lengua entre ellos y tocó su lengua con la suya. Ryan tembló y sus dedos apretaron el sexo de Janice, que gimió más profundamente.

Se desnudaron lentamente, gozando el uno del otro.

Ryan besaba la cara de Janice, mirándola sin parpadear siquiera. Le encantaba ver los gestos de placer de ella mientras le acariciaba el sexo, cómo se le cerraban los ojos y cómo le daban temblores. Su dedo resbalaba sobre el botoncito de ella, acariciándolo en círculos, deteniéndose en la punta, y acariciándolo de arriba abajo, solo para verla disfrutar. Qué excitada estaba, tenía los dedos empapados hasta la palma, pero, aun así, cada poco rato, bajaba otra vez a la entrada para mojarlos bien. Janice gemía mucho, abría las piernas y movía las caderas para incrementar el roce. Luego volvía a subir al botón y lo acariciaba suave, deslizándolo de arriba abajo. Entre tanto la besaba, acariciando toda su boca con la lengua. Janice sabía tan bien, sabía como el azúcar.

Janice, por su parte, deseaba darle el mismo placer que Ryan le había hecho sentir momentos antes. Envolvió su pene con el puño y lo acarició entre sus muslos, un gemido se escapó de los labios de Ryan.

—Quiero estar dentro de ti —le dijo él con la voz entrecortada por la excitación.

Janice le besó el cuello, dándole mordiscos suaves, mientras le acariciaba la espalda con mucha dulzura. Luego se centró en su glande y lo apretó un poquito. Era una mujer pasional y se estaba dejando llevar por todas las emociones que sentía en ese momento. Las caricias se volvieron más intensas, dejando a Ryan desarmado y sumergido en placer. El instinto logró que Ryan volviera rápidamente a la escena, acariciando las piernas de Janice antes de embestirla con fuerza y poseerla.

Al mover las caderas, ella misma se encajó perfectamente en él. Ryan sintió con toda claridad que ella intentaba rozar su núcleo contra él. Janice lo miró, tenía los ojos llenos de deseo y las mejillas enrojecidas. Luego gimió sin contenerse y él empezó a mover la mano, dibujando diabólicas cosquillas veloces sobre el sitio mágico de ella, a la vez que la penetraba con determinación. Verla de ese modo tan vulnerable le excitaba mucho.

—Voy a estallar, Ryan. No puedo aguantar más —dijo ella sofocada entre gemidos.

—Hazlo. Quiero verte disfrutar, Janice.

Y, con el permiso que en realidad no necesitaba, Janice estalló de placer. Se recostó en el pecho de Ryan y aún gimiendo, cambió de postura, subiendo a horcajadas sobre él. Movié las caderas, empalándose en su pene. Ryan estaba extasiado, como si aquella felicidad fuese excesiva para él, y en pocos segundos volvió a fundirse entre sus piernas. Su dulce interior lo absorbía y ambos gemían sin contenerse, hasta que aquel placer rebasó sin más, y toda esa dulzura se concentró en el sexo de ambos, derramándose de placer. Sus cuerpos se tensaron, estallando muy despacio, tirando de sus nalgas hasta el cuello y escapando de manera deliciosa por cada poro de su piel en un calor adormecedor.

Janice gimió al notar la descarga de Ryan en su cuerpo y le besó el pecho mientras los brazos de él descendían por su espalda y se posaban en el suelo. Un sueño embriagador los invadía y se sintieron plenamente satisfechos, qué dulce había sido hacer el amor por primera vez.

# 18

Tal y como había previsto Eleanor, Lili llegó antes del momento de cortar la tarta. Un taxi la dejó en la puerta y la madre de Jack salió a su encuentro. No solía recibir personalmente a las visitas, pero era un caso excepcional. Deseaba con todas sus fuerzas que su hijo hiciera buenas migas con la sobrina del duque, pasando por alto los gustos personales de su hijo, aunque ella en su infinita ignorancia creía que hacía lo mejor para él.

—Querida Lili, bienvenida de nuevo —le dijo en cuanto esta se apeó del taxi.

—El placer es mío. Sabes las ganas que tengo de volver a ver a Jack.

—Él también lo está deseando. Parece otro desde que lo ha dejado con esa chabacana de Janice Stone. — Eleanor agarró feliz el brazo de Lili y juntas se dirigieron a la entrada principal.

—Tuve el gusto de conocerla y he de decir que tenías razón.

—Me dejas de piedra. ¿Cuándo la has conocido? —preguntó sorprendida, parando en seco al final de las escaleras.

—En nuestra primera cita. Pensaba que Jack te había puesto al corriente.

—Ese hijo mío es muy hermético —suspiró Eleanor.

—No le sentó nada bien vernos juntos, montó un pequeño escándalo en el pub.

—Ya sabía yo que esa mujercita no tenía modales ningunos.

—En efecto, querida Eleanor, yo misma pude verlo con mis propios ojos.

—En ese caso, te estoy agradecida por haber propiciado esa ruptura.

—Acaso no es para eso por lo que requerías mis «servicios».

—No lo llamemos así, no vayan a pensar que eres una meretriz. Pero sí, lo que no esperaba es que nuestros planes dieran frutos tan rápido.

—Cosas del destino, querida Eleanor, cosas del destino —dijo Lili con una sonrisa maliciosa.

Cuando entraron, el mayordomo cogió la maletita de mano de Lili y su abrigo. Había decidido pasar la noche en la casa de los Lefkowitz, pues la vuelta a altas horas de la noche no era buena idea: la nieve podía cerrar

carreteras y era mejor regresar cuando las calles estuvieran despejadas a la luz del día.

Jack se percató de su presencia de inmediato, en cuanto miró hacia la puerta, y tragó saliva. La imagen de Janice enfurecida aquel día le vino de pronto a la mente y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Lili vestía con pulcritud esta vez, aunque el vestido de fiesta que llevaba ahora le sentaba como un guante. Era una mujer preciosa, eso era algo indiscutible. No obstante, era una pena que guardara dentro de esa apariencia de cordero una personalidad poco compatible con él. O eso creía Jack hasta el momento, igual Lewis tuviera razón y merecía otra oportunidad. Al fin y al cabo, se lo pasó muy bien con ella hasta que la cosa se torció de manera desagradable. Ahora era un hombre libre, muy a su pesar, pero era el momento de abrirse a otras personas y no juzgar por las primeras impresiones, algo que le hubiese gustado que hubiera pasado con Janice. Ojalá le hubiera dejado explicarse, era muy probable que hubiera acabado contándole la verdad sobre por qué estaba con Lili esa noche en Whistlebinkis. Janice se hubiera enfadado, pero sabía que hubiera acabado comprendiéndolo y perdonándolo. Sin embargo, ya no se podía hacer nada al respecto y cada uno vagaba a su gusto por separado.

—Nos volvemos a encontrar —dijo Lili cuando llegó a su posición.

—Eso parece. Lo mismo estabas en lo cierto y soy un calzonazos.

—Discrepo. Creo que eres un buen hijo nada más.

—Eso intento.

—Estás muy elegante esta noche —lo aduló ella con una sonrisa confiada. Sabía que podía conquistar a Jack y lo iba a conseguir.

—Permíteme decir que tú también

—Gracias. ¿No me ofreces nada de beber?

—Creía que podías solita.

—Puedo, pero también me gustan los gestos caballerosos. Soy muy camaleónica, me adapto a cualquier situación. —Esto último se lo dijo en voz baja acercándose a su oído.

—Intentas seducirme.

—¿Eso crees? Por favor, señor Lefkowitz, las sobrinas de nobles duques no hacen esas cosas —bromeó ella, esbozando una sonrisa y provocando otra en él.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Jack solícito.

—Una copa de vino rosado estaría bien.

Jack le sirvió la bebida y volvió a su lado.

—Espero que sea de tu gusto.

—Todo lo que hay en esta casa es de mi gusto, incluido tú.

—Vaya. Esas frases os las enseñan en las escuelas de princesas.

—Nunca fui a una escuela como esa.

—Me alegro. No me van demasiado las estiradas.

—Eso ya lo dejaste claro la última vez que nos vimos.

—La última y primera vez que nos vimos no fue un día agradable precisamente.

—Habla por ti. Yo creo que fue muy agradable e interesante. De no haberse producido las cosas de esa manera no estaríamos aquí ahora.

—¿Y qué te hace pensar que me agrada que estemos aquí juntos?

—El bulto de tu bragueta.

Jack se sonrojó. Maldita Lili. Era cierto que algo se había despertado ahí abajo cuando ella comenzó a insinuársele. Estaba realmente atractiva con aquel vestido rojo que caía perfecto sobre sus bonitas curvas, y ese escote turgente que sostenía aquellos pechos generosos haría las delicias de cualquier hombre.

—Lo siento. No pretendía molestarte —dijo él apartándose un poco de ella.

—No me molesta, me parece un verdadero halago.

—Eres tan extraña —dijo Jack moviendo la cabeza, confundido.

—¿A qué llamas tú «extraño»? Solo soy una mujer joven que vive según su siglo.

—Eres peligrosa, Halston —dijo él sorbiendo de su copa para paliar la sequedad de boca que esa mujer le provocaba.

—¿Y a ti te va el peligro, Lefkowitz?

—Depende del momento.

—Entonces será cuestión de encontrar el nuestro —le repuso Lili haciendo chocar sus copas.

El resto de la noche transcurrió de manera agradable para todos, incluido Jack que empezó a relajarse en cuanto Lili dejó a un lado las raras insinuaciones y se comportó como una persona normal. Incluso hizo buenas migas con Lewis y Gene, que dedicaron varias miraditas a Jack aprobándola.

El momento de la tarta fue mágico. Unos camareros llevaron al salón principal una tarta de tres pisos, adornada con bengalas, mientras sonaba una



canción típica judía que hizo llorar a Jack padre.

—Ha sido encantador —comentó Lili, soltando el vaso de agua para aplaudir cuando el señor Lefkowitz sopló las velas.

—Lo ha sido. Mi madre se ha superado este año —dijo Jack visiblemente emocionado por ver a su padre feliz. Había sido un año duro para él, pues sufría problemas coronarios que lo habían obligado a retirarse antes de tiempo del bufete.

—Ahí no puedo opinar, pero quizá sí lo haga el próximo año.

—¿Eso significa que te tendremos pululando por la casa durante todo un año? —preguntó Jack echándose las manos a la cabeza a modo de broma.

—Eso dependerá del momento, tal y como has dicho antes.

—¿Quieres que salgamos al jardín? —le propuso él. Hace frío, pero me gusta la sensación del aire fresco golpeándome la cara.

—Y luego soy yo la extraña. —Rio ella.

—Quizá todos lo seamos en cierta medida —le repuso Jack ladeando la cabeza.

—Venga, salgamos a que te dé el aire. Parece que lo necesitas —dijo ella ofreciéndole la mano para que la tomara.

El jardín estaba poco iluminado, la nevada que había caído esa noche durante la fiesta había fundido algunas luces y el servicio había optado por cortar el suministro eléctrico para evitar males mayores.

—Ten cuidado —avisó a Lili cuando la vio tambalearse al tropezar con una piedra.

—No se ve un pimiento.

—Pero no me negarás que la luz de la luna sobre la nieve se ve preciosa.

—¿Te has convertido en David Grey o ya eras un poeta antes?

—Me gusta disfrutar de las cosas sencillas, y esta lo es.

—Sí, lo es, pero me estoy congelando.

—Acércate —le pidió Jack para rodearla con sus brazos.

—¿Vas a calentarme?

—Por supuesto. Soy un perfecto caballero escocés. No permitiría que te congelaras.

Jack la rodeó con sus brazos desde atrás, sintiendo la opresión del pecho de Lili contra sus brazos y volviendo a notar en su entrepierna un pálpito difícil de controlar. La noche fría de Edimburgo empezó a calentarse con sus cuerpos, Jack estaba tan excitado que sintió que podría derretir la nieve que yacía a su alrededor.

—Quizás estemos más abrigados de frente —sugirió Lili girándose hacia él, que de nuevo la rodeó con sus brazos sintiéndola más intensamente.

—Eres muy guapa, Lili.

—Y tú también, además de encantador.

—Si supieras que me gustaría hacerte ahora mismo no te lo parecería tanto.

—¿Por qué no pruebas? —lo incitó ella aproximando los labios peligrosamente a su boca.

Jack no se reprimió más y la besó. Recorrió con la lengua la boca de Lili, entrelazándola con la suya. El beso empezó a subir de intensidad, provocando en ambos gemidos de deseo. Era un delicioso beso a la luz de la luna, un momento perfecto para coronar una fiesta perfecta. En ese momento Jack sintió felicidad. Unas semanas atrás pensó que no podría besar a otra mujer que no fuera Janice en mucho tiempo, pero Lili, con sus conversaciones ingeniosas y ese carácter tan raro y a su vez tan especial, había conseguido despertarlo de nuevo para darse una oportunidad de ser feliz.

# 19

Volver a la ciudad, tras un fin de semana tan encantador en la isla de Skye, fue triste. La rutina cada vez era más insostenible para Janice, que acababa agotada tras hacer los turnos en la cafetería y del hospital, además de dedicar algunas horas a estudiar las últimas asignaturas que le faltaban para terminar la carrera. Todo eso unido al tiempo que deseaba pasar con Ryan la estaban llevando a un estado de extenuación tal que a veces incluso se dormía de pie, lo que podía suponer un peligro tanto para ella como para la gente que la rodeaba. Pero tenía que aguantar como fuera. Solo serían un par de meses más y una vez tuviera el título podría solicitar la residencia que, con los puntos acumulados y un poco de intervención divina, sería aprobada por el comité de admisiones del hospital Chalmers.

La semana pasó sin altibajos importantes y por suerte sin ningún accidente grave provocado por el sueño de Janice, que había estado muy despistada en The Country durante los turnos de las mañanas. Por las tardes, en el hospital se había hinchado a cafés para sobrellevar las seis horas que debía hacer para conseguir los créditos de prácticas, y por las noches, había ido quedando con Ryan según la disponibilidad de este.

Habían hecho el amor dulcemente en cada cita, culminando deliciosamente las cenas que se preparaban el uno al otro en la casa del anfitrión de turno. Aunque Ryan era un fantástico amante sumamente detallista, que la llevaba siempre a desbordarse en orgasmos impresionantes, había algo que a ella no le terminaba de encajar en lo que esperaba de un compañero de cama. Por su apariencia y comportamiento esperaba que él fuera más activo en otro sentido, pero Ryan era demasiado tradicional, y ella echaba ciertas cosas de menos que Jack sí sabía darle. De momento, no se había atrevido a presentarle a sus juguetes sexuales por miedo a asustarlo, algo que con Jack no había sido necesario, pues él contrariamente a lo que pudiera parecer por su aspecto y modales había sido quien se lo había propuesto a la primera de cambio.

El sábado Ryan tenía una guardia y había quedado con Janice en verse el

domingo. La idea era, tras salir del hospital, ir directo al apartamento de ella con la intención de descansar primero un rato y luego pasar el día juntos holgazaneando en casa. Lo que parecía ser un plan estupendo se había truncado de pronto al recibir la llamada inesperada de Gregory Perkinson, el director del hospital, pidiéndole que se pasara por su despacho para hablar con él antes de marcharse.

A Ryan no le hacía ni pizca de gracia mantener esa conversación, pese a que era algo inevitable. Sabía sobre lo que versaría: un asunto muy delicado en que él, sin comerlo ni beberlo, se había visto involucrado, puesto que había ocurrido durante una reconstrucción de un ligamento cruzado anterior de la rodilla derecha de un paciente suyo al que mandó a operar. La cirugía había requerido anestesia epidural a nivel lumbar y se había resuelto sin aparentes complicaciones, hasta el punto de que el paciente había recibido el alta tres días después. Dos más tarde, ya en su casa, el afectado se quejó de dolor en la zona de inyección y tanto hormigueo como adormecimiento en las piernas, síntomas que fueron empeorando hasta advertir déficit motor y sensitivo.

Algo, a priori sencillo y sin riegos, se había complicado de sobremanera al quedar el paciente finalmente parapléjico. Casi un mes más tarde de la intervención quirúrgica, el servicio de neurología le había diagnosticado la existencia de aracnoiditis crónica adhesiva, una inflamación de las membranas que protegen los nervios de la médula espinal, con la paraplejía como principal secuela, que se tradujo en el reconocimiento administrativo de la condición del afectado como gran inválido.

Tal y como presumía, Gregory Perkinson lo había llamado para comunicarle que la vista judicial del caso Greene contra el hospital Chalmers tendría lugar en dos semanas. Parecía que el abogado del hospital tenía muy claro que aquello se resolvería con un acuerdo económico entre las dos partes, y Ryan esperaba que así fuera, no le agradaba la idea de verse en la tesitura de ser llamado a declarar en un tribunal, pues aunque consideraba que la aracnoiditis se debía a una complicación anestésica sin mala praxis, sabía que los médicos debían haber aplicado un protocolo para estos casos y que, a pesar de que el paciente se quejó durante la operación de dificultad para respirar, por alguna extraña razón los médicos decidieron tapar todo y condenar a Harry Greene de por vida. El hospital por su parte pedía a Ryan que mintiera, alegando que la complicación era un proceso imprevisible e inherente a la anestesia regional, y mentir de aquella manera abiertamente en

un juicio ponía a Ryan en una tesitura complicada, pero de no hacerlo pondría en un grave aprieto al hospital.

Nada más atravesar la puerta, Janice le notó en la cara que algo le sucedía. Ryan gozaba de un buen humor envidiable, que ni veinticuatro horas en urgencias a pie de cañón podían acabar con él. Algo le pasaba y ella no dudó en preguntarle.

—¿Estás bien?

—Estoy cansado, ha sido una guardia frenética —respondió sin entrar en detalles, dirigiéndose al dormitorio—. Necesito dormir —dijo antes de tumbarse en la cama de Janice, sobre la colcha, sin quitarse siquiera los zapatos.

Janice cogió una manta del armario y se la echó por encima. Antes de marcharse le dio un beso en la frente y lo miró unos segundos mientras él fingía dormir. Estaba agotado, eso era verdad, pero la charla con el director le había trastocado el ánimo y ahora estaba nervioso. Aun así, cerró los ojos y trató de descansar, finalmente se quedó dormido.

Por su parte, Janice aprovechó la mañana para estudiar las asignaturas que le quedaban para obtener el título. En enero ya podría decir con la boca llena que era médico y, con un poco de suerte, conseguiría una plaza de interina en el Chalmers con un sueldo más que razonable, y podría dejar el trabajo en The Country.

Cuando dieron las doce en el reloj de pared de la cocina, decidió dejar de estudiar y ponerse a preparar algo para comer, Ryan había estado todo el tiempo durmiendo y seguramente se levantaría hambriento. Aunque se le daba muy bien hacer tortitas de jengibre, Janice no podía considerarse una buena cocinera, si la sacaban de los huevos fritos, el tocino o el jamón a la plancha, como mucho sabía cocer pasta en una olla y preparar alguna salsa medio decente, como la carbonara o al pesto.

Estaba escurriendo los espaguetis cuando Ryan entró en la cocina. Llevaba el pelo despeinado y los ojos adormilados. Desde la puerta la miró y sonrió.

—Estás preciosa —le dijo.

—¿Con el delantal este? —se burló ella haciendo una mueca.

—Con el delantal y sin el delantal —respondió él acercándose para besarla.

La atrapó entre sus brazos y la bancada y posó los labios sobre los suyos. Enseguida sus lenguas se unieron enredándose dentro de sus bocas.

—¿Quieres comer o puedes esperar? —le preguntó Janice.

—Supongo que me vendrá bien comer —dijo él, tomándola de la mano y besándosela.

—Te noto raro, ¿va todo bien?

—Sí, no te preocupes —contestó Ryan apartándose de ella con el gesto torcido.

—Sé que no es cierto. Me estás ocultando algo y sé que ese algo te perturba. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Lo sé, pero no quiero molestarte con mis asuntos.

—Si estamos juntos no son solo tus asuntos, son nuestros asuntos —dijo Janice acariciando su brazo.

—Supongo que tienes razón —suspiró Ryan—.

Sentémonos.

Janice lo siguió hasta el sofá.

—Háblame, ¿qué sucede?

—No sé si sabrás que el hospital se enfrenta a una demanda por negligencia —dijo Ryan mesándose el pelo.

—Algo había oído. ¿Tú crees que lo es?

—¿Una negligencia?

—Sí, ¿tú crees que fue culpa del anestesista? —volvió a preguntar Janice.

—No, es una posibilidad entre millones que una anestesia epidural derive en aracnoiditis, pero sí es cierto que cuando los doctores perciben que la anestesia a podido tocar la membrana, existe un protocolo para revertir los efectos, y, en este caso, pienso que no se llevó a cabo ese protocolo.

—¿Cómo podían saber que el señor Greene sufría aracnoiditis durante la intervención? —preguntó Janice.

—El paciente se quejó de dificultades para respirar y optaron por dormirlo entero en vez de socorrerlo. Cuando la inyección toca la membrana que protege la espina dorsal, puede afectar a los pulmones.

—¿Y qué tienes que ver tú en todo eso? Tú no eres cirujano ortopédico ni anestesista.

—Lo sé, pero les escuché hablar del caso cuando salieron de quirófano, ya que el señor Greene era mi paciente y fui yo quien le programó la cirugía. Les eché en cara que no hicieron lo suficiente. Después de aquello, el director del hospital va siguiéndome los pasos y hoy me ha pedido que mienta en el juicio o el hospital tendrá un problema y yo personalmente otro —dijo Ryan

echando la cabeza hacia atrás bastante tenso.

—Eso es un atropello a tu integridad médica, no pueden hacerte eso.

—Sí pueden, Janice. Pueden acabar con mi carrera de un plumazo si quieren.

—¿Y qué piensas hacer?

—Testificar a favor del hospital, no puedo hacer otra cosa.

A Janice la idea de que Ryan dejara a un lado sus principios por salvar el cuello de unos incompetentes, no le hacía mucha gracia, pero su reacción denotaba que la situación le preocupaba y en cierta manera suponía un alivio para ella. Y, aunque en ese momento se sentía plenamente con Ryan, no pudo evitar pensar en Jack y en el pobre señor Greene. Tenía información valiosa que podía trasladar a Jack de algún modo y que sería de gran ayuda al señor Greene, sin afectar a Ryan directamente. ¿Pero cómo podría hacer eso si Jack y ella hacía más de un mes que no hablaban y su otro medio de llegar a él, Gene, también se había distanciado de ella?

## 20

Esa semana en el bufete de Lefkowitz y Maddox Asociados estaba siendo especialmente dura. La vista del caso Greene era en dos viernes, y todo apuntaba, por las pocas pruebas que tenían, a que acabarían aceptando un acuerdo económico ridículo que pondría sobre la mesa el abogado del hospital. Pero Jack estaba de buen humor y pensó que, en el peor de casos, negociaría una cantidad mayor para el señor Greene. Ese buen humor se debía en gran parte a Lili, que había entrado como un soplo de aire fresco en su vida. Era una mujer llena de sorpresas que hacía los días de Jack felices y a su vez había conseguido henchir de orgullo y satisfacción a su madre, al considerar esta que había remodelado la vida de su hijo a su gusto.

—¿Qué tal va lo del caso Greene? —le preguntó Lewis a su amigo cuando se lo encontró en la máquina de café.

—Jodido, pero sacaremos una buena cantidad en el acuerdo. Sé que no será suficiente para pagar el sufrimiento de Harry Greene, pero es lo único que podemos hacer. La gente de ese hospital se ha unido con fuerza para taparse entre ellos y van a mandar a varios especialistas que echarán por tierra la teoría de la mala praxis.

—Lo siento, sé que ese caso es importante para ti —comentó Lewis, apoyando la mano en el hombro de Jack.

—Lo es, me apena, pero hay cosas que se escapan de la mano de un abogado —dijo Jack con pesar.

—Eso es cierto. ¿Qué tal con Lili? —Lewis decidió cambiar de tema.

—Lili es estupenda, si no fuera por ella seguiría siendo un amargado, pero esa chica tiene algo que me hace sentir vivo.

—¿Más que Janice? —se atrevió a preguntar Lewis.

—¿Por qué me la nombras?

—Porque te conozco. Sé que la sigues queriendo y Lili solo es el clavo que quita otro clavo. —Lewis continuó con el atrevimiento.

—No la llames clavo, eso no es cierto.

—Lo es, Jack. Nunca has sido un hombre fácil de contentar y Lili está



bien para pasar el rato, pero no es la mujer de tus sueños.

—No entiendo por qué dices eso —le reprendió Jack.

—Porque no la miras como mirabas a Janice. No sabía cómo decírtelo, pero somos amigos desde hace mucho y no quiero que te conformes, quiero que seas feliz y luches por lo que realmente quieres como haces con los casos de tus clientes. Pelea hasta el final y no te rindas. Sé que piensas en Janice más de lo que quisieras. El otro día te vi mirando una foto suya que guardas en el cajón de tu mesa.

—¿Ahora te dedicas a espiarme? —le preguntó Jack sorprendido por aquello.

—Sabes que no. Tenías la puerta abierta y yo pasé por delante. Estabas tan ensimismado mirando la foto que supe que era de Janice.

—Supongo que todavía la echo de menos —dijo Jack rindiéndose ante Lewis—, pero ambos hemos rehecho nuestras vidas. Sé que sale con un médico del Chalmers.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Lewis.

—Los vi saliendo juntos del hospital hace una semana, y si vas a preguntarme si la estoy siguiendo te diré que no. Tuve que ir a una reunión con el abogado del hospital y Gregory Perkinson.

—¿Y cómo sabes que están saliendo? Podría ser solo un colega o un amigo.

—Si solo fueran eso, no habrían ido tomados de la mano —opinó Jack, sintiendo una punzada de dolor en el pecho al recordar lo que había sentido al verlos.

—¿Y crees que el hecho de que ella esté saliendo con otro es un impedimento para recuperarla?

—Creo que es demasiado tarde para los dos. Recuerda que yo también salgo con otra mujer —dijo Jack encogiéndose de hombros, sorbiendo lo que le quedaba de café.

Durante el resto de la mañana, Jack le dio vueltas a lo que le había dicho su amigo. Y sabía que era cierto. Lili le hacía los días más llevaderos con sus locuras y espontaneidad, pero no era la mujer con la que soñaba y con la que se plantearía una vida en común. Algo que Eleanor le había propuesto, pese al poco tiempo que llevaban juntos. Para la madre de Jack, Lili era la mujer perfecta, pero ella solo conocía la parte fina y templada de Lili cara a la galería. Eleanor le había dado a Jack el anillo de compromiso de su abuela, poniéndolo en una tesitura complicada. No solo por la rapidez con la que su

madre quería que se comprometiera, era más bien porque Jack no quería casarse con Lili. Pero si ese anillo se lo hubiera dado cuando estaba con Janice, no hubiera dudado ni un minuto en colocárselo en el dedo a la que entonces era su novia.

El resto de la tarde intentó ocupar la mente en el trabajo, necesitaba dejar de darle vueltas a todo eso, pero su amigo había instaurado de nuevo en él la duda de lo que podría haber sido si no se hubiera rendido tan fácilmente con Janice.

Dos horas después de estar revisando informes, sintió que los ojos le picaban y salió de su despacho para relajar un poco la vista, encontrándose con Gene que lucía feliz una minibarriguita.

—Qué bien te sienta el embarazo, Gene —le dijo Jack a su amiga y compañera de trabajo.

—¿Tú crees? Apenas puedo abrocharme los pantalones, parezco un huevo Kinder.

—No digas tonterías. Estás preciosa.

—Gracias, Jack. Iba a tomarme una manzanilla, hoy tengo el estómago revuelto y me siento algo mareada —comentó Gene acariciando su incipiente barriguita.

—Quizá sea mejor que te vayas a casa. Avisaré a Lewis y os marcháis. No puedes estar así en tu estado.

—No te preocupes, Jack. Lewis ha salido, tenía una reunión con unos clientes. Estaré bien.

—¿Segura?

—Sí, tranquilo —respondió ella, tranquilizándolo.

Cinco minutos después de que Gene se marchara a por esa manzanilla, Jack escuchó que lo llamaba a gritos, alertando a toda la oficina. Carol y Jack fueron los primeros en acudir a su llamada de auxilio.

Gene se encontraba de rodillas en el suelo junto a un pequeño charco de sangre y se agarraba el abdomen contrariada por el dolor.

—¡Dios mío, Gene! —exclamó Carol—. Llamaré a una ambulancia.

—No hay tiempo para eso. Yo la llevaré al hospital —dijo Jack agarrándola en peso, provocando que el dolor que Gene sentía se agudizara—. Lo siento, Gene, pero tenía que cargarte —dijo mientras andaba lo más rápido posible.

Cuando llegaron al hospital, Jack volvió a cargar a Gene con sus fuertes brazos y entró por la puerta de urgencias pidiendo ayuda. Un par de

enfermeros sentaron a Gene en una silla de ruedas y la metieron dentro de los boxes rápidamente. Jack se quedó fuera, rellenando el formulario, y después llamó a Lewis, advirtiéndole que estuviera tranquilo y asegurándole que no pasaba nada grave, pero que debía ir al hospital Chalmers tan pronto le fuera posible.

Lewis tardó una hora en llegar, el mismo tiempo que Jack estuvo sin tener noticias de Gene desde que la entraron a reconocimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lewis con el gesto desencajado en cuanto vio a su amigo en la sala de espera.

—Cuando me llamó estaba en el suelo, había sangrado y le dolía. Los enfermeros la metieron rápidamente hace una hora y todavía no han salido a decir nada.

—Quiero entrar, quiero verla.

—No te van a dejar. Yo lo he intentado, pero me han pedido que sea paciente, que ella está bien y que pronto saldrá alguien a decirnos algo —le dijo a Lewis intentando calmarlo.

—Menos mal que estabas en la oficina. Te lo agradezco mucho, Jack. — A Lewis se le llenaron los ojos de lágrimas, sintiéndose culpable de no haber estado allí.

—No hay nada que agradecer y seguro que todo está bien. Gene es fuerte.

—Maldita reunión, podría haberla pospuesto.

—¿Cómo ibas a saber que esto iba a pasar?

—Lo sé, pero me siento mal por no haber estado con ella. Ha debido ser un momento complicado.

—Tranquilízate, todo va a estar bien —dijo Jack apoyando su mano en el brazo de Lewis, pero lo cierto es que ambos estaban preocupados por Gene.

Media hora después, en la que Lewis estuvo deambulando por la sala, presa del nerviosismo, las puertas de acceso al interior del hospital se abrieron y los ojos de Jack brillaron al verla. Era Janice que, nada más verlos, corrió a darles noticias sobre Gene con un nudo en la garganta. A pesar de que su amiga estaba bien y el bebé también, la tensión del momento y la nostalgia de ver a Jack de nuevo invadieron de lágrimas los ojos de ella.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Lewis muy asustado al verla en ese estado.

—Gene está bien, tranquilo. Solo ha sido un sangrado vaginal bastante frecuente en primerizas. El bebé está perfectamente, pero ella deberá guardar

reposo un tiempo —le explicó a Lewis—. Puedes entrar a verla. Está en el box cuatro.

Lewis entró rápidamente y dejó a Jack y Janice solos.

—Gracias por traerla tan rápido, Gene me ha contado que la cargaste como a un saco de patatas. —Janice no pudo evitar soltar una risilla.

—No podía hacerlo de otro modo, ella no podía andar —le repuso tímidamente Jack, rascándose la nuca.

—¿Qué tal todo? —preguntó finalmente ella. El corazón se le había encogido al verlo y, cuando lo tuvo cerca y su aroma entró de lleno por sus fosas nasales, los latidos de Janice se aceleraron volviéndole loco el corazón que golpeaba sin freno su pecho. Sabía que científicamente era imposible que Jack pudiera escuchárselo, pero en aquel momento tenía sus dudas. Era como un tambor.

—Bien, supongo —respondió Jack con una leve sonrisa.

—¿Por qué lo supones? Tienes buen aspecto, Jack.

—Tú también, pero siempre lo tienes. Eres la mujer más guapa que he conocido nunca —dijo él en un arranque de sinceridad consigo mismo.

—Vaya, gracias por el cumplido —dijo ella a la misma vez que se le erizaba el vello de solo pensar en Jack y ella de nuevo juntos.

—¿Tienes tiempo para un café?

Janice miró su reloj y respondió:

—Supongo que sí.

## 21

Janice y Jack ocuparon una mesa de la cafetería del hospital, ambos estaban nerviosos por el reencuentro, pero a la vez emocionados por ello. Era evidente que los dos se habían echado de menos.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó Jack en cuanto el camarero les sirvió los cafés.

—Muy liada con el trabajo. Ya sabes que hago doblete. A veces me cuesta terminar el día.

—Te he echado de menos —le dijo Jack sin recelo. Lo que estaba sintiendo al tenerla otra vez a su lado, era algo que no había sentido desde la última vez que la vio. Eso era algo que no podía negarse a sí mismo y necesitaba volcar todos sus sentimientos ahora que tenía la oportunidad, pues no sabía si volvería a tener ocasión.

—Jack, no sé si es buena idea hablar de eso.

—Tenía que decírtelo. Hoy casualmente he pensado mucho en ti. Nuestra separación me cayó con un jarro de agua fría, pero lo he sobrellevado a base de trabajo y refugiándome en amigos.

—Y en algo más que amigos —le reprochó Janice a sabiendas que ella también tenía alguien especial en su vida.

—Nadie es como tú, Janice. Además, no me parece correcto que me eches eso en cara, tú también sales con alguien.

—Te dije que no era buena idea hablar de esto —le repuso Janice levantándose de la silla para marcharse, pero Jack la retuvo del codo.

—Por favor, no te vayas. Lo siento, no era mi intención.

—Está bien —dijo ella suspirando y volviendo a sentarse—. ¿Qué tal llevas el caso Greene? Sé que la vista es la próxima semana.

—Mal, los médicos de este hospital son demasiado protectores con los suyos, pero podremos llegar a un acuerdo económico que satisfaga a las dos partes, aunque me temo que satisfará más al hospital.

—No sé si debería decirte esto... —Janice no se atrevió a terminar la frase.

—¿El qué? ¿Qué sabes?

—Tengo una información valiosa, pero no quiero traicionar a Ryan.

—¿Ryan es tu novio?

—Sí —contestó ella con la boca pequeña.

—Lo entiendo. Ya te dije que no era bueno que te involucraras en esto y te lo tomaste a mal. Nunca haces caso a nadie —dijo Jack riendo y quitando tensión al momento.

—Es cierto, soy muy cabezota y a veces meto la pata.

—¿Crees que metiste la pata conmigo?

—No. Conocerme es una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida. Me refiero a que metí la pata no dejando explicarte y por mi culpa has caído en las redes de esa mujer —dijo Janice desviando la mirada, le costaba expresar abiertamente los sentimientos. Tenía la necesidad de decirle muchas cosas, pero no sabía bien cómo empezar.

—¿Te lo ha dicho Gene?

—Sí, cuando la he visto entrar en urgencias me he asustado mucho. Nos habíamos distanciado, pero Sarah me contó lo de su embarazo. Ellas sí quedan de vez en cuando. Hemos tenido tiempo de hablar, sé lo de Lili, sé que Eleanor te montó esa especie de cita.

—Sé que debí rechazarla, que debí enfrentarme a mi madre, pero soy un blando, Janice, y lo sabes. Y yo también debo pedirte disculpas, Gene estaba enfadada contigo por mi culpa, yo le conté lo que dijiste de Lewis.

—Lo sé, también me lo ha contado. Este tiempo separados he tenido mucho tiempo de pensar. No he sido buena amiga y tampoco una buena novia, en vez de apoyarte te he machaqué mucho.

—Te equivocas. Fuiste la novia perfecta. No he querido a nadie como te he querido a ti, y te quiero, te sigo queriendo por lo que eres, no por lo que esperan los demás que seas.

—Jack, he de irme —dijo Janice levantándose bruscamente.

—¿Te he molestado en algo?

—No —sonrió ella—, me ha pitado el busca.

—¿Puedo llamarte luego?

—Sí —respondió ella antes de marcharse.

Jack pasó a ver a Gene, que se encontraba mucho mejor, pero debía pasar la noche en el hospital en observación.

Les contó a sus amigos lo que había hablado con Janice y ambos le

animaron a que la llamara. Gene sabía que ese día Janice saldría a las diez del hospital. Se lo había dicho mientras la intentaba calmar contándole mil cosas.

Así que, animado por ellos y por la respuesta afirmativa que Janice le había dado antes en la cafetería, le escribió un mensaje y se ofreció a recogerla a la salida del hospital para invitarla a comer algo en algún pub del centro. La respuesta no tardó en llegar y a Jack se le aceleró el corazón.

A las diez y diez minutos, vio que Janice se despedía de unos compañeros y miraba a su alrededor, buscando el coche de Jack. Este le hizo luces y ella fue a su encuentro.

—¿No te importa que te vea?

—¿Quién, Ryan? No, no me importa. Solo voy a tomar algo con un amigo.

—Me alegra que te trate bien.

—Lo hace, pero no estamos aquí para hablar de eso. Tengo hambre.

—Tú y tu hambre —rio Jack, saliendo del aparcamiento.

En veinte minutos estaban entrando en un pub nuevo que acababan de abrir en el centro. Era miércoles y el ambiente estaba tranquilo, así podrían disfrutar de la cena y hablar sin levantar la voz, como era habitual en ese tipo de locales frecuentados por la juventud de Edimburgo.

—No quiero molestarte con cosas del trabajo, pero no he podido dejar de pensar en esa información que tienes sobre el caso Greene.

—Lo sé. Sé que no debía haberlo comentado, pero en realidad quiero contártelo. Es más importante para mí que ayudes a ese pobre hombre que lo que me une a Ryan —se sinceró ella, y Jack se alegró tanto por lo que concernía a Harry Greene como a lo que podía suponer ese comentario en relación con ellos dos. Si Ryan no era tan importante para Janice, tal vez lo suyo no estaba del todo perdido. Todavía había esperanza.

—¿Creía haberte entendido que eras feliz?

—Soy feliz, pero él no es parte fundamental de mi felicidad. Es un buen chico y me trata bien, pero... —A Janice se le atragantó la última frase.

—¿Pero? —dijo Jack instándola a que terminara lo que quería decir.

—Pero no eres tú —dijo finalmente sin evitar sonrojarse.

—Me alegra mucho oírte decir eso.

—No deberíamos estar haciendo esto. Está mal, Jack.

—Tampoco debimos hacer otras cosas antes y las hicimos. Cosas que afectaron a nuestra felicidad y eso también está mal. Nos merecemos este

momento, hablar, sincerarnos.

—A mí me dolería que alguien me hiciera esto que estamos haciendo nosotros.

—A mí me duele más no verte, no estar contigo, no poder olerte cada día.

—Jack...

—Déjame terminar.

—No hace falta que sigas, ya lo has dicho todo.

Janice se levantó de la mesa y se acercó a Jack, al que sorprendió besándolo con ternura. Aunque lo había echado de menos, no se había dado de cuánto en realidad hasta que lo había visto aquella mañana en el hospital. Al verlo la vida se había parado de repente y no había comenzado a moverse hasta que él le había sonreído, devolviéndole la esperanza de que no lo había perdido.

—Quería decir que también me dolía no poder besarte, pero me has quitado ese dolor de un plumazo —dijo él cogiéndole la cara con ambas manos, uniendo sus naricillas.

—Llévame a tu casa, Jack —le dijo Janice con lágrimas de felicidad en los ojos.

—¿Ahora? Ya no quieres cenar.

Janice negó con la cabeza y sonrió.

—Eso puede esperar —respondió en el momento en el que el camarero se acercaba a la mesa para tomar nota.

—¿Ocurre algo? ¿Se marchan? —preguntó, viendo que los clientes estaban de pie.

—Es médico y le ha pitado el busca —respondió Jack, ayudando a Janice a ponerse el abrigo.

—Lo siento. Volveremos otro día —añadió ella echando a andar a toda prisa.

En el exterior volvieron a besarse, esta vez desbordados de pasión. Jack aprisionó el cuerpo de Janice contra la fachada de piedra del pub y devoró su boca, mientras sus manos se perdían entre su suave cabello ondulado que siempre olía a una mezcla de miel y frutas. Sabía que era por el champú que usaba ella, pero ese olor lo perseguía a todos lados, echándolo de menos cada segundo del día. Suspiró y olió su pelo, llenándose del aroma de Janice, sabiendo que esta vez era de verdad y no el producto de su imaginación al pensar en ella.



Su virilidad se hizo poderosa y el vientre de Janice se tensó de deseo. Necesitaba sentir las hábiles manos de Jack sobre su piel, sus persuasivos labios besando los suyos, su fuerte y caliente miembro entrando en ella hasta hacerla llorar de placer. El deseo que sentían era tan intenso que ambos sabían que sería difícil controlarlo hasta llegar a casa de Jack.

Janice estaba tan excitada, que la humedad que se había instalado entre sus muslos le hormigueaba de un modo tan agudo que apenas podía soportarlo. Su cercanía, las sensaciones que la embargaban al tenerlo entre sus brazos, siendo besada con esa voracidad que transmitía Jack hacia ella y la dureza de su erección oprimiéndole el vientre. Jack se restregó contra ella, haciéndole saber cuantísimo lo excitaba ella también y separó apenas los labios de su boca para decirle lo mucho que la deseaba.

—No puedo esperar más, Janice. Necesito entrar en ti y sentirte entera rodeando mi polla.

—Vayamos al coche —susurró ella con la voz entrecortada. Los besos de Jack conseguían robarle el aliento. Tenía tantas ganas de que la penetrara que le dolía el cuerpo entero.

Él la observó con intensidad y tragó saliva, controló la respiración y le mordió la boca. Janice sintió que el placer empezaba a desbordarse por sus braguitas.

—Por favor, Jack —le pidió. Estaban en la calle y aunque no había mucha gente a aquellas horas, lo que estaban haciendo no era respetuoso.

Jack se separó y, tomándola de la mano, echó a andar calle arriba en dirección a donde había aparcado el coche media hora antes, pero al llegar a la segunda bocacalle, se detuvo y, dirigiéndole una expresiva mirada, le pidió confirmación. Janice hizo un gesto de asentimiento y se desviaron del rumbo, adentrándose en aquella oscura callejuela. Unos metros más adelante encontraron un pequeño rincón entre dos fachadas no alineadas y Jack la empujó contra él. En ese hueco estaban a salvo de miradas, siempre y cuando alguien no pasara por allí, pero aun así la oscuridad les protegía de ser vistos. No obstante, eso era un poco lo que andaban buscando: la excitación que multiplicaba por mil las sensaciones que recorrían sus cuerpos ante la tensión de ser descubiertos o que alguien los viera.

—¿Quieres que te muerda los pezones, Janice? —preguntó Jack, lamiéndole el nacimiento del cuello, mientras con la mano le desabrochaba los botones de la chaqueta.

—Sí, por favor —gimió ella, ayudándole a su vez con los botones de la

camisa. Necesitaba sentir la boca de Jack en sus crestas sonrosadas que, erguidas de esplendor, clamaban su atención.

Jack apartó la copa del sujetador a un lado y su lengua recorrió el pico de uno de sus pezones, primero suavemente para tactarlo. Gimió al notar que estaba duro como un guijarro, lo apresó con los dientes y lo mordió sin llegar a apretar, luego tiró de él, hasta que este se estiró visiblemente. Janice jadeó y le pidió que apretara un poco más. Él lo hizo y ella sintió la humedad empapándole ya los pantalones.

—Estoy muy mojada, Jack.

—¿Cuánto? —preguntó él abandonando el pezón con una sonrisa esbozada en la boca.

—Mucho. Mira. —Le cogió la mano que no usaba para sujetarle el pecho y se la puso entre los muslos. Jack sonrió de nuevo al sentir cómo se le mojaban los dedos y los oprimió contra su sexo y empezó a moverlos sobre la tela del vaquero, sabiendo que la dureza de la costura haría convulsionarse a Janice por el gusto, y volvió a la carga con el pezón, mordisqueándolo y tirando de él.

Ella empezó a mover las caderas al compás de su mano y le pidió entrecortadamente que la follara con los dedos, mientras se desabrochaba la bragueta para facilitarle el acceso. Jack introdujo la mano por dentro de los vaqueros hasta llegar a su sexo rebosante y caliente y, sin detenerse a jugar con su clítoris hinchado y palpitante, le metió tres dedos de golpe, algo que ella recibió con un fuerte jadeo.

—Grita. Sé cuánto te gusta liberarte, Janice —le dijo Jack, arqueando los dedos contra su carne más íntima para hacerla disfrutar como se merecía.

Janice se sentía tan bien que gritó dejándose llevar, sin pensar que estaban en el exterior y que alguien podía acudir en su ayuda, alertado por sus gritos. En cambio, Jack sí pensó en esa posibilidad y, cubriéndole la boca, sofocó sus gritos sin dejar de embestirla con los dedos, al tiempo que ella movía las caderas contra su cuerpo. La tenía tan dura que pensaba que si no le daba alivio pronto se le partiría por la mitad.

—No puedo más. Voy a follarte —le dijo, dándole la vuelta. Sus pechos desnudos tocaron la fría pared de piedra, calmándole un poco el escozor que le había provocado las mordeduras de Jack—. ¿Quieres que lo haga? —le preguntó a la vez que le bajaba los pantalones y las bragas. Ella tan solo asintió. Su garganta era un sinfín de jadeos—. Pídemelo —le exigió susurrándole en el oído, apretándose contra ella.

—Hazlo —consiguió decir con la voz entrecortada. Sentía la gruesa y dura erección de Jack marcándole el trasero.

—Abre las piernas —le ordenó al tiempo que con sus manos guiaba su miembro hasta su entrada, luego lo movió sobre su carne inflamada, acariciándole de un modo desquiciante donde más lo necesitaba. Ella arqueó la espalda buscando su propio alivio y él aprovechó el momento para penetrarla. Doblando levemente las rodillas la empaló de una estocada y luego comenzó a moverse contra ella, empujándola contra la pared, mientras ella le pedía que no parase.

—¿Te gusta así, Janice? —preguntó Jack acoplándose de nuevo dentro de ella, estaba tan mojada que, en algunas salidas, se le terminaba por salir del todo.

—Sigue, no pares —respondió ella y él volvió a la carga, balanceándose en aquel baile sexual en el que sus cuerpos se movían como uno solo.

Sabía que ella estaba cerca de explotar, así que mientras con una mano le cubría la boca con la otra le buscó el clítoris desde delante y comenzó a frotarlo sin tregua, notando lo inflamado que estaba y provocando que ella sintiera un relámpago de placer. Sus pezones erectos se rozaban a la vez contra la dura pared incrementando las sensaciones en su cuerpo hasta volverlas infinitas. Janice no podía soportar tanto placer dentro y tuvo que liberarlo. Salió por todas las partes de su cuerpo a borbotones; de sus pezones, calentando la pared; de su sexo, mojando la erección de Jack, que dura y fuerte, seguía penetrándola; de su clítoris como una corriente eléctrica que traspasó las yemas de los dedos de Jack y las penetró, recorriéndole la mano, el brazo y el pecho hasta llegar a su virilidad conectada íntimamente con Janice, provocándole una última convulsión que terminó por liberarlo a él, derramándose entero dentro de ella. Jack jadeó mientras arqueaba la espalda y bombeaba las últimas gotas de su savia en el interior de ella.

—Janice. —La besó en el hombro a la vez que le cubría el cuerpo con el suyo—. Te quiero. No puedo vivir sin ti.

—Ni yo sin ti —dijo ella, subiéndose a toda prisa las braguitas. Aquellas escenitas con Jack la excitaban mucho en el fragor del momento, pero, una vez pasado, le entraba un pudor tremendo.

—Te echaba de menos y echaba de menos esto —le confesó él, dándole la vuelta para mirarla a los ojos—. Tus ojos, tus labios, tus pechos, tus pezones del color del dulce de fresa. —Con la mirada fue recorriendo cada parte mencionada hasta llegar a estos últimos y, bajando la cabeza hacia ellos,

se los besó delicadamente, primero uno y luego el otro antes de cubríselos con el sujetador. Después le ayudó con los botones de la blusa—. No vuelvas a alejarte de mí. Por muy imbécil que yo sea o muy mal que haga las cosas, no vuelvas a marcharte.

El rostro de Janice se iluminó con una enorme sonrisa. Ella tampoco quería irse a ningún lado si no era con Jack.

—Yo tampoco quiero irme. —Janice dejó de abrocharse el abrigo para mirarlo a los ojos. Había tanto amor en ellos, que ella no podía menos que sentirse estúpida por haberse alejado de él, pero también sabía que estar juntos de nuevo era muy difícil.

—Hemos sido muy tontos, los dos. Tú y yo —dijo Jack.

—Mucho. Por cierto, esto ha sido —volteó los ojos— impresionante.

—¿No me querrás solo por mi cuerpo? —bromeó Jack que también había echado de menos ese sexo brutal y a veces desmedido que solo compartía con Janice.

—Es un gran punto a tu favor, no lo negaré —rio ella.

## 22

—¿Sigues teniendo hambre? —le preguntó Jack cuando, tomados de las manos, abandonaron aquella oscura callejuela, que había presenciado lo mucho que ellos dos se entendían.

—Sí —confirmó Janice.

—Pues el pub sigue ahí —dijo él, señalándolo con la mano que los unía.

—Me parece una idea estupenda —dijo Janice, echando a andar en dirección a la entrada. Jack la detuvo y se inclinó para besarla con suavidad en la boca. Cuando se retiró, ella sonreía abiertamente.

—Eres una mujer muy voluble.

—No, soy una mujer acostumbrada a reordenar sus prioridades según la ocasión. Y antes he decidido que necesitaba mucho más calmar mi ansia por ti que el hambre que sentía en el estómago.

Jack se echó a reír, orgulloso de ser el culpable de ese cambio de decisión, de nuevo se sentía como él era, sin artificios de cara a la galería, y, aunque había ciertas cosas que tendría que solucionar, no pensaba dejar que Janice volviera a marcharse. Nunca más.

Volvieron a entrar en el pub y el camarero se acercó, reconociéndolos al instante.

—¿No le había pitado el busca?

—Sí —respondió Janice—, pero era una falsa alarma.

—La mesa de antes sigue libre. Los acompañaré.

Tomaron asiento y mientras estudiaban la carta, Jack recibió una llamada. Era Lili. Tras sacar el móvil del bolsillo de su chaqueta, se quedó mirando la pantalla contrariado. No era un buen momento para hablar con ella. Lili seguía siendo su novia y pensar en lo que acababa de hacerle le avergonzaba, pero, la felicidad que sentía por estar de nuevo con Janice, ayudaba a disipar la culpa.

—Es ella —le dijo.

—Responde, si quieres.

—No será nada importante —repuso, desechando la llamada y guardando

el móvil, pero, antes de introducirlo en el bolsillo, lo pensó mejor y decidió ponerlo en modo avión para que no volvieran a molestarlos.

—¿Te gusta mucho? —quiso saber Janice, mordiéndose nerviosa el labio inferior. Lo que acababa de suceder había sido increíble, pero no era correcto ni para con Ryan ni para con esa chica con la que salía Jack.

—Me gusta, pero no estoy enamorado de ella.

—Eso es obvio, si no no habrías hecho conmigo lo que acabas de hacer.

—Nunca podría sentir por ella lo que siento por ti.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque eres la única que me hace ser capaz de engañar a una mujer. Yo no soy así, Janice. Yo no hago estas cosas.

Ella lo miró extrañada, aunque pensaba que había conseguido entender lo que quería expresar. Janice también se sentía muy confusa, todos los sentimientos que tenía dentro se enredaban cuando tenía a Jack cerca. Ella tampoco era una persona promiscua, pero con él había descubierto que también era capaz de engañar a un hombre por el simple hecho de no poder resistirse a lo que su cuerpo le pedía con tanta intensidad. Antes había sentido que necesitaba llenarse de Jack, que sus manos abarcaran todo su cuerpo y sus labios la besaran hasta dejarla sin aliento, y había comprobado poco después que la pasión entre ellos estaba más encendida que nunca. Nadie le hacía sentir lo que sentía cuando estaba con Jack, y no solo era sexo. Lo era todo.

—Yo tampoco y ahora me siento mal por Ryan —se sinceró, masajeándose la frente.

—Y yo un poco por Lili —dijo Jack con pesar—. Hablaré con ella mañana y le diré que no podemos seguir saliendo.

—No quiero que hagas eso.

—¿Por qué? Creo que ha quedado claro que tú y yo volvemos a estar juntos —le repuso Jack apoyando las manos sobre las de Janice que descansaban en la mesa.

—Lo deseo más que nada, pero es complicado —se lamentó ella—, porque, aunque nosotros nos queramos, hay muchas cosas que nos separan, y, además, ¿qué pensará tu madre?

—Me importa una mierda lo que piense mi madre.

—¿Te seguirá importando una mierda la próxima vez que me lleves a tu casa? —le reprochó ella.

—Esa ya no es mi casa, es la suya —la contradujo molesto—. Y si no te

acepta, no volveré a ir yo tampoco.

—No puedes hacer eso, Jack. Son tus padres, no puedes renunciar así a tu familia. Ellos te quieren, creen que hacen lo mejor para ti.

—Si de verdad me quieren tendrán que aceptarte. Aunque mi padre ya lo hace, este prejuicio es solo por parte de mi madre. Pero hablaré con ella y le dejaré las cosas claras. Si no te acepta, me perderá a mí —declaró Jack con rotundidad.

—Jack, te lo agradezco, pero no quiero ser el motivo por el que rompas lazos con tu madre. Algún día podrías arrepentirte y echármelo en cara.

—No será por tu culpa, será por la suya. No puedo anteponer sus pretensiones a mis deseos.

El camarero se acercó para tomar nota y le pidieron unas hamburguesas especiales de ternera kobe, foie y cebolla caramelizada, unas patatas paja fritas con bacon y queso cheddar y unas pintas para acompañar. Mientras esperaban que les trajeran la comanda siguieron hablando sobre la madre de Jack.

—¿Fue por ella que decidiste romper conmigo? —quiso saber él.

—No solo por ella y lo sabes. Aquello que vi en el pub me cayó encima como un jarro de agua fría. Nunca he sido una mujer celosa, pero verte allí con esa chica me encendió de sobremanera. Igual tampoco estaba tan equivocada, ya que ahora es tu novia —se explicó Janice con pesar—. Pero en gran parte sí se debe a eso. Sabes que estoy muy unida a mis padres y pensar que tú pudieras distanciarte de los tuyos por mí me resultaba algo muy difícil de digerir. Uno no puede jugárselo todo por nadie. ¿Y si lo nuestro no terminaba bien? ¿De qué te habría servido enfrentarte a Eleanor?

—Lo tendría que hacer de todos modos, si no eres tú, será otra cosa, y no estoy dispuesto a pasar por su aro. Nunca más.

## 23

—No hablemos de eso ahora o la cena me va a sentar mal —dijo Janice sorbiendo de su jarra de cerveza.

—Hablo de estas cosas, porque quiero volver contigo —insistió Jack. Sabía que ella lo amaba, pero no podía dejar que se alejara de nuevo.

—Es una probabilidad a largo plazo, Jack. No podemos eliminar a la gente que hemos incluido en nuestra vida de un plumazo.

—¿Y entonces? —le preguntó él agobiado.

—Entonces nada, disfrutemos del momento —respondió ella jovialmente, como si no estuviera pasando nada extraordinario.

—Me confundes, Janice. Me vuelves loco.

—No lo pretendo. Solo es que Ryan está pasando un mal momento y no puedo salir de aquí y llamarlo para decirle que lo nuestro ha terminado así de repente. He intentado comentártelo durante toda la noche, pero tú también me vuelves loca a mí —dijo Janice, ladeando la cabeza y dedicándole una sonrisa a Jack para que se relajara.

—Pues suéltame lo que tengas que decirme y remátame del todo —le reprochó Jack.

—Creo que te alegrará lo que tengo que decirte. Es sobre el caso Greene y las artimañas que el hospital tiene preparadas. Gregory Perkinson ha pedido a Ryan que mienta en la vista. Al parecer los médicos eran conocedores de que la aguja tocó la membrana que recubre la columna, provocándole una complicación que hubieran revertido si hubieran aplicado el protocolo correcto, pero prefirieron dormirlo entero y seguir con la operación a pesar de que el señor Greene se quejó de molestias respiratorias durante la intervención. Ese hombre era paciente de Ryan y fue a interesarse por su estado cuando terminaron la operación. Escuchó lo que hablaban y les echó en cara que no habían actuado bien. Después de eso, lo tienen amenazado, y sabe que si no miente lo despedirán y no recibirá ninguna recomendación para trabajar en ningún otro hospital de este país. ¿Me entiendes ahora?

—Lo que me cuentas es interesante, pero si él no testifica a favor de



Harry Greene no podemos probar eso.

—Lo sé, pero yo puedo convencerlo —dijo Janice emocionada con la idea.

—No quiero que lo hagas si eso supone seguir acostándote con él. No puedo pedirte eso.

—Quiero ayudar a ese hombre. Le han jodido la vida cuatro matasanos.

—Janice...

—Jack, no pienso dejar a Ryan ahora, tienes que tener paciencia y ambos debemos pensar las cosas bien. Precipitarse no es bueno, ya lo hemos hecho antes y no ha salido bien.

—¿Pretendes que hoy vuelva a casa solo y haga como que esto no ha pasado? —preguntó Jack, abriendo los ojos sorprendido por la capacidad de Janice de restar importancia a las cosas.

—Nadie ha dicho que tengas que volver solo.

—No te reconozco, Janice.

—Pues entonces deberíamos volver a conocernos a fondo —le repuso Janice de manera coqueta.

A pesar de que Jack no entendía el comportamiento de Janice, no pudo resistirse a ir con ella a su apartamento. Le había propuesto tomar el postre en otro lado, convenciéndolo de que lo había echado mucho de menos y necesitaba estar con él una vez más esa noche. Y era cierto, Janice lo había echado mucho de menos sexualmente hablando, pero sentimentalmente estaba confundida. Ella sabía que quería a Jack, lo quería muchísimo, pero no quería relegarlo a una vida lejos de sus padres y sentir para siempre que ella era la culpable de tal distanciamiento. Tampoco entendía que tenía de malo a los ojos de Eleanor y la idea de sentirse menospreciada de por vida por esa mujer no le apetecía especialmente. Había muchas cosas en su contra para alcanzar la verdadera felicidad junto a Jack, pero esa noche era de ambos, una noche más en la que amarse mutuamente y expresar con la pasión de sus cuerpos lo mucho que se amaban.

—¿Estás segura de subir a mi casa y no marcharte a los brazos de Ryan? —le preguntó Jack aún en el coche.

—Estaba segura, pero por tu reacción pienso que debí pensármelo mejor. Si te parece pediré un taxi —dijo ella visiblemente enfadada.

—No, Janice, joder. No es por ti, es por la situación. No quiero tenerte de nuevo en mis brazos sabiendo que no estás al cien por cien conmigo.

Necesito saber que de verdad me quieres y que volverás conmigo.

—Te quiero, no tengas duda de ello, pero debes tener paciencia conmigo. Estoy confundida, Jack.

—Yo no tengo confusión alguna, sé que te quiero con todo mi corazón y que mi vida sin ti es menos vida.

—Oh Jack... —dijo Janice con un nudo en la garganta.

—Si subimos a mi casa temo no poder dejarte escapar.

—Eso se llama secuestro, Jack —rio ella.

—Entonces tú también eres una delincuente, porque has secuestrado mi corazón.

Jack no pudo reprimirse más y la besó con intensidad. Ambos volvieron a dejarse llevar por la pasión, tocándose apresuradamente el uno al otro. Pero esta vez subieron a casa de Jack para terminar lo que habían empezado en el coche. No obstante, hubo algo de lo que ninguno se percató mientras desbordaban pasión dentro del vehículo.

## 24

Lili apretó los puños, acababa de ver a Jack con esa mujer besándose en el coche y que después subían juntos a su casa. Lo había llamado dos horas antes y este había rechazado la llamada, entonces pensó en darle una sorpresa yendo a su piso. No creyó que debiera avisar primero antes de ir, puesto que era su novia. Pero acababa de descubrir que Jack no jugaba limpio y, antes de actuar de manera precipitada y jugársela montando un escándalo, llamó a Eleanor. A Lili no le gustaba perder y, con la ayuda de la que deseaba fuera su futura suegra, iba a jugar una última carta.

—Eleanor, oh, Eleanor —dijo en cuanto esta descolgó con fingido pesar.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Eleanor preocupada.

—He visto a Jack con esa mujer. He venido a Edimburgo en plena noche para darle una sorpresa y lo he visto besándose con ella en su coche, luego han subido juntos a su piso —le explicó sollozando de manera forzada.

—Eso es horrible, querida. Pero debes ser fuerte, estoy segura de que solo es un desliz y podéis arreglar las cosas.

—Lo sé. Por eso he preferido llamarte antes de montar una escena en plena calle.

—No sufras, lo arreglaremos. ¿Quieres que mande alguien a recogerte?

—Sí, por favor. Creo que debemos preparar la pedida cuanto antes y alejarlo de esa mujer, Eleanor, o todos nuestros esfuerzos se irán al traste.

—Estoy de acuerdo, querida. No te muevas de ahí. Mandaré a Monroe a por ti para que te traiga a casa.

—Gracias, Eleanor —dijo Lili antes de colgar con una sonrisa triunfal en la cara.

Entretanto, en el piso de Jack las cosas no estaban tan bien como habían empezado. Subieron apresuradamente, casi quitándose la ropa antes de cruzar el umbral de la puerta. Jack la había apoyado contra la pared y la había besado de arriba abajo, excitándola al máximo para luego llevársela a su cama en brazos. Hicieron el amor y jugaron con sus cuerpos como a ellos les

gustaba, habían disfrutado muchísimo de aquel segundo asalto de la noche, pero los ánimos se torcieron cuando Janice encontró un anillo antiguo de compromiso sobre la mesita de noche de Jack.

—¿Y este anillo? —le inquirió con el ceño fruncido, alzando la sortija con dos dedos.

—Es un anillo familiar, mi madre me lo dio.

—¿Para qué te lo pusieras tú o para que se lo pusieras a otra en el anular izquierdo? —preguntó ella incorporándose de la cama, lanzándole el anillo a la cara.

—No pensaba hacerlo, Janice. Si alguien merece ese anillo eres tú.

—No, no sigas por ese lado. Antes me has dicho que querías volver conmigo y que te había secuestrado el corazón. La única que te tiene secuestrado es tu madre y no quiero interponerme en esa relación tan bonita que tenéis —le reprochó ella, poniéndose la ropa atropelladamente, mientras ironizaba sobre la relación madre e hijo.

—Janice, por favor —dijo Jack intentando detenerla.

—Me arrepiento de haber venido y de haberme acostado contigo. Y mucho más de haberte contado lo de Ryan. Soy una mala persona y una egoísta.

—No digas eso, no lo eres. Tienes razón, soy un gilipollas por dejarme manipular, pero lo que me has contado lo has hecho por ayudar a un pobre hombre.

—En parte, pero otra parte de mí lo ha hecho por ti. —Janice se zafó de los brazos de Jack que la intentaban retener y se marchó de allí dando un portazo.

Lili llegó a casa de los Lefkowitz interpretando su mejor papel. Era una mujer que no se dejaba llevar por las emociones fácilmente en su vida real, pero si quería conseguir meter la cabeza en esa adinerada familia y casarse con Jack, los problemas financieros que sufría se verían solventados, y eso era motivo más que suficiente para llorar a lágrima viva si era necesario. Su tío en duque de Rothsay, a pesar de gozar de un título nobiliario, estaba arruinado al igual que toda su familia. Habían tenido que vender casi todas sus propiedades para pagar a los acreedores que los acosaban día sí y día también, pero ese detalle todavía seguía oculto a los ojos de la alta sociedad escocesa, y ella podría salvar su culo de vivir relegada a una vida de pobre con la ayuda de Eleanor que, creyéndose la señora Lefkowitz muy

inteligente, no había reparado en averiguar la actual posición de la familia de Lili Halston.

—¡Dios mío, querida, estás helada! —exclamó Eleanor en cuanto vio a la muchacha con la nariz roja y castañeando los dientes—. ¿No te ha puesto Monroe la calefacción en el coche?

—Sí, pero no he conseguido entrar en calor, los nervios no han ayudado.

—¿No traes maleta?

—No, pensaba quedarme con Jack. En su casa tengo algunas cosas y no lo vi necesario —le contestó forzando un sollozo.

—Este hijo mío es un irresponsable. Me avergüenzo profundamente de lo que ha hecho, pero te prometo que lo arreglaremos. Si él no quiere abrir los ojos tendremos que ayudarlo a hacerlo nosotras.

Eleanor pidió al servicio que preparara un té y algo de comer mientras Lili se daba un baño y se ponía un pijama que Eleanor le había prestado. A pesar de que era muy tarde, Eleanor le pidió que bajara a tomarse el té y hablar un poco más sobre los planes que tenía para propiciar el compromiso de Lili y Jack.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Eleanor sirviéndole una taza de té ella misma, puesto que había mandado al servicio a descansar.

—Sí, muchas gracias por acogerme y rescatarme del frío.

—Es lo menos que puedo hacer para disculparme por lo que ha hecho mi hijo.

—Me ha dolido mucho. Lo quiero tanto, Eleanor —dijo sin reparo alguno de decir aquellas cosas tan falsas. Lili no se dejaba mover por los sentimientos y menos por aquellos que realmente no sentía por Jack.

—Lo sé, se te nota en la mirada que estás enamorada. Y haberme llamado denota que quieres luchar por mi hijo y ser una buena esposa. Las mujeres de hoy en día no aguantan nada. Una mujer debe saber cuál es su lugar y que los hombres a veces hacen muchas tonterías.

—Así es, Eleanor —dijo ella contentando a la madre de Jack y a su mente retrograda y apolillada.

—Bien, querida, hablemos ahora de esa fiesta de compromiso —le dijo esbozando una media sonrisa, pues Eleanor no era mujer de grandes gestos faciales—. Quiero que sepas que ya le he hablado a Jack de esa posibilidad y le he entregado el anillo de la familia. No lo rechazó y se lo guardó para llegado el momento. Jack es muy solícito conmigo, lo he educado muy bien. Hablaré con él el domingo y fijaremos una fecha para anunciar vuestro

compromiso.

—Eso sería fantástico, pero ¿crees que él aceptará casarse conmigo? Si me rechaza me partirá el corazón, Eleanor —dijo Lili suspirando mientras se agarraba el pecho.

—Lo haré, querida, lo haré. Jack no pondría en peligro el buen nombre de la familia y mancharía con esa deshonra el apellido Lefkowitz. Lo conozco, es demasiado moldeable y me adora, nunca me defraudaría.

—Eso espero, o mi corazón quedaría maltrecho y mi tío estaría muy disgustado. No quisiera que fuera hablando mal de vuestra familia en los círculos de la sociedad escocesa, sería un agravio para ti. Como sabes mi tío no tiene descendencia y yo seré la futura duquesa de Rothesay. No quisiera tener que vivir maldiciendo a Jack Lefkowitz y a su familia por rechazarme, ¿verdad, Eleanor? —dijo Lili con un tono que a Eleanor le preocupó de sobremanera.

—Eso no pasará. Confía en mí, querida —contestó alzando con nerviosismo la taza de té.

## 25

El resto de la semana, Jack pasó muy malas noches, algo que le estaba causando mella en el trabajo. La ausencia de Lewis, por su parte, que había pedido unos días libres para cuidar de Gene, le dejaba además poca capacidad de maniobra, ya que tenía que ocuparse también de algunos clientes de su socio.

Lo que había pasado con Janice lo había dejado muy tocado. Era la segunda vez que perdía a la mujer de su vida por culpa de su madre, que lo había llamado la noche anterior para pedirle que fuera a su residencia el domingo para hablar con él. Jack había accedido como siempre, no sabía qué carajo se le había antojado ahora a Eleanor, pero si era algo que tuviera que ver con su vida, pensaba pararle los pies de inmediato.

Por otro lado, había hablado con Lili por teléfono y esta había intentado propiciar un encuentro, prometiéndole una noche de pasión y lujuria. Una de las cosas que más le agradaba a Jack de esa chica es que sexualmente lo completaba. Al igual que él, tenía gustos extravagantes y era una amante excepcional, pero no se encontraba con ánimos, y le había puesto excusas de trabajo. Todavía se sentía culpable, pese a que no se arrepentía de haberse acostado con Janice, porque era a la que verdaderamente amaba, pero sentía pena por Lili, puesto que no merecía la traición.

Jack nunca había engañado a ninguna mujer, era la primera vez que lo había hecho y saber ahora que era capaz de algo así lo torturaba, pero cuando pensaba que lo había hecho por el amor que sentía por Janice esa culpa se disipaba un poco. Ahora ya no tenía claro qué iba a hacer. Quizá debería pasar página de una vez por todas y dejarse llevar. Estaba casi seguro de que con el tiempo podría acabar enamorándose de Lili, y si Janice no iba a volver a formar parte de su vida, lo mejor sería continuar con la suya.

Janice no pasó esos días de mejor manera, estuvo dándole vueltas a lo que le había revelado a Jack sobre el caso Greene y se reprendió mentalmente por ello. Con la intención de redimirse, le había contado a Sarah todo lo que

había sucedido y esta le echó un sermón moral que le estuvo martilleando la cabeza esos días. Tenía que contarle a Ryan que había hablado con un abogado de la parte contraria al hospital, omitiendo claramente en qué situación se encontraba con dicho abogado cuando le contó aquello. Lo había traicionado doblemente, pero había cosas que era mejor no contar y más si no iban a repetirse nunca más.

Esa tarde de viernes aprovechó un momento en el que la planta estaba tranquila. Ese día no les tocaba atender urgencias y mandó un mensaje a Ryan, para verse en la sala de descanso, cuando terminó con su último paciente.

—Hola, princesa —la saludó Ryan en cuanto entró en la sala y la encontró sentada bebiendo un café.

—Hola, Ryan. Siéntate a mi lado —dijo ella con mala cara.

—¿Qué sucede? —Ryan se sentó lentamente. Sabía que Janice iba a decirle algo poco agradable, o al menos su expresión decía eso.

—Tengo que contarte algo, algo que no te va a gustar y quiero que sepas que me arrepiento mucho.

—Me estás asustando, Janice.

—Verás, nunca te he hablado de ello porque no lo creía importante y aún no conoces a mis amigos. Excepto a Sarah —empezó con una risa nerviosa—, pero el resto son abogados... bueno, no todos. Gene se dedica al marketing y tengo más amigos que son otras muchas cosas...

—¿Dónde quieres llegar a parar?

—Verás, mis amigos, los abogados... —Janice miró a Ryan para comprobar que este seguía el hilo de la conversación y este asintió—... Son los abogados que llevan la demanda de Harry Greene. Más concretamente, uno de ellos, Jack Lefkowitz.

—Al grano —dijo él temiéndose lo peor.

—Le conté lo que me dijiste sobre el día de la operación y temo que puedan usarlo de alguna manera en la vista del viernes.

—¿Por qué has hecho tal cosa? —preguntó Ryan elevando el tono.

—No lo sé. Quedamos para tomar unas copas y me habló del pobre Harry y de cómo se encuentra en su nueva situación. Ese hombre ha perdido tanto por una simple operación de rodilla que me solidaricé o estaba borracha, no lo sé. La cuestión es que se lo dije.

—No me esperaba esto de ti. He confiado en ti y me has puesto en una situación muy comprometida, Janice. ¿Sabes cuáles pueden ser las



consecuencias si esa gente me interroga y utiliza eso que les has dicho? Si lo hacen, el hospital pensará que les ha llegado esa información de mi mano, porque es algo que solo sé yo y los médicos que lo operaron.

—Lo sé, por eso tenía que contártelo. Tenía que prevenirte. He sido una tonta, y lo siento mucho.

—No lo sientas, Janice, no vale de nada —dijo Ryan poniéndose en pie con un cabreo monumental.

—Ryan, perdóname.

—No creo que pueda hacerlo, que te vaya bien Janice —dijo marchándose de allí y dejando a Janice llorando desconsoladamente.

Acto seguido, Janice llamó a Gene, necesitaba a su amiga, necesitaba contarle todo y pedirle perdón por todo lo que le había dicho de Lewis. Si bien ya lo había hecho el día que Gene fue al hospital por lo sucedido con su embarazo, necesitaba disculparse más. Janice siempre había tildado a Lewis de ser un gilipollas y ahora ella se había convertido en eso mismo. Sus palabras hacia Lewis se habían vuelto contra ella y necesitaba decírselo, y no solo a Gene, también al propio Lewis. Gene, que seguía de reposo, le pidió que fuera a su casa, y en cuanto salió del hospital fue directa a verlos.

Cuando Lewis le abrió la puerta, Janice, en un arranque de arrepentimiento, se abalanzó a sus brazos llorando.

—Tranquila, amiga, todo está bien. Gene ya me ha contado por encima. No llores, no tengo que perdonarte nada, porque nunca he estado enfadado contigo. Todos cometemos errores, pero lo bonito es aprender de ellos y arreglarlos —dijo Lewis acariciándole el pelo preocupado. Janice estaba desolada.

—He sido muy mala contigo, he dicho cosas horribles sobre ti y mírame ahora.

—Todos hacemos estupideces por amor. Yo las hice por Gene y tú por Jack, somos humanos.

—Tienes razón, pero es tarde para mí y Jack. Él va a casarse con otra —dijo Janice sorbiéndose la nariz.

—¿Casarse? —preguntó Lewis sorprendido.

—¿No lo sabías?

—Es la primera noticia que tengo. Subamos arriba, Gene te espera, igual ella sabe algo.

—Si no lo sabes tú, dudo que ella lo sepa.

—No te creas. Esos dos son muy amiguitos —comentó Lewis riendo—. Lo mismo nos oculta algo. Es muy de ocultar cosas a los gilipollas —añadió bromeando a la vez que rodeaba los hombros de Janice con el brazo, invitándola a entrar en casa.

Gene se alegró mucho de ver a Janice, llevaba varios días postrada en la cama sin moverse, ya que los médicos le habían recomendado reposo absoluto, pero tanto ella como el bebé se encontraban perfectamente para alegría de los futuros padres.

Hablaron de nuevo sobre todo lo ocurrido en la vida de Janice los últimos días y esta le preguntó si sabía algo del compromiso que Jack quería adquirir con Lili. Gene le aseguró que no sabía nada y que la noticia le había sorprendido tanto como a ella.

—Creo que es demasiado pronto para eso, no llevan ni dos meses saliendo —dijo Gene intentando recolocarse en la cama.

—Lo sé, pero Jack tenía ese anillo a la vista. Era un anillo precioso y claramente de compromiso y no me lo negó, solo me dijo que no pensaba hacerlo.

—Pues si te dijo eso, es que no lo pensaba —comentó Gene quitándole hierro al asunto. Sabía que Janice era muy impulsiva y de dejarse llevar por arrebatos sin pensar en nada.

—No lo creo. Su madre le dio ese anillo por algo.

—Su madre es una persona absorbente que atosiga a Jack desde que lo conozco —intervino Lewis.

—Ese es otro tema. No podré ser feliz con él jamás sabiendo que Eleanor me detesta.

—Ese es otro cantar, pero con quien tienes que salir tú es con él y no con su madre.

—Lo sé, pero tendría que renunciar a estar con su familia y es un Lefkowitz. Esa mujer no pararía hasta dilapidar nuestra relación.

—Es probable —dijo Lewis a sabiendas que tenía que darle la razón—. Pero no lo sabrás hasta que no lo intentes.

—No puedo volver con él, ahora no.

—Date un tiempo, reflexiona y cuando estés segura de que es el hombre al que quieres habla con él.

—Estoy segura de que es el hombre al que quiero. Lo amo con todas mis fuerzas, pero no es justo para ninguno de los dos pagar las consecuencias que nos haría pagar esa mujer. Tiene una mirada que hiela y te eriza la piel.

—Es la versión escocesa de Cruella de Vil —dijo Lewis entre risas.

—Tú calla, no la animas diciendo eso —lo reprendió Gene con un gesto de falso enfado.

—Lewis tiene razón. Muy a mi pesar, esa mujer es odiosa.

—Pues empieza a pensar en ganártela si decides volver con Jack. Igual podrías comprar un título nobiliario por internet —sugirió Gene tapándose la boca por lo que acababa de decir.

—¿Un título? ¿Para que necesitaría yo eso? No me digas que... —dijo mirando fijamente a su amiga.

—Sí, esa Lili es la sobrina y futura heredera del duque de Rothesay —dijo Lewis.

—Entonces ya entiendo la insistencia de su madre y, sabiendo cómo es, no es necesario que me moleste. Jack hará lo propio por su familia y acabará casado con la duquesa y dará muchos duquesitos a Eleanor —afirmó Janice volviendo a llorar.

—No está todo perdido. Si Jack te quiere de verdad no consentirá nada de eso. Lo conozco muy bien y no sería capaz de vivir amargado pensando en ti una eternidad —aseguró Lewis, apoyando la mano en la espalda de Janice.

## 26

El domingo Jack acudió a la cita con su madre. Había estado rehuyendo las continuas llamadas de Lili y capeado de aquella manera la insistencia de esta en verse.

El recibimiento en su propia casa fue frío, como siempre, y su madre lo esperaba en la sala tomando té como a cualquier otro invitado de la familia.

—¿Y papá? —preguntó a su madre, que le había indicado con un gesto que tomara asiento.

—Tu padre ha salido a ver a unos viejos amigos, tenía que hablar de unos negocios.

—¿Negocios? ¿En qué lío se ha metido ahora? Parece que no entiende lo que es la jubilación —dijo Jack riendo.

—Ya sabes cómo es, no puede parar quieto un momento.

—Lo sé, y bien, aquí me tienes. ¿De qué querías hablarme? —preguntó sin más dilación.

—De Lili y tus intenciones. Te veo muy parado y te di ese anillo para que hicieras buen uso de él.

—¿A qué te refieres con buen uso? —preguntó Jack a su madre, aunque sabía perfectamente a qué se refería con aquello.

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes perfectamente a qué me refiero.

—Lo sé, madre, pero me gustaría que me explicaras a qué vienen tantas prisas.

—¿Prisas? Jack, cuando uno encuentra a la mujer de su vida no existen las prisas y esa chica es ideal para ti.

—O para ti.

—Para ambos. Sabes lo importante que es para mí que te cases con una buena mujer. Quiero asegurarte un buen futuro con una buena esposa. ¿Acaso no es eso lo que haría una buena madre?

—No voy a discutir qué clase de madre eres, pero si te diré que dista mucho de querer lo mejor para mí. ¿Alguna vez te has preguntado qué es lo que yo quiero?

—Siempre tengo en cuenta lo que quieres, por eso sé que Lili es una mujer que encaja perfectamente en tus planes de futuro —respondió con la mirada fija en él.

—No estoy enamorado de Lili.

—Quizá no ahora, pero con el tiempo lo estarás. No todos los matrimonios son iguales, tú eres un Lefkowitz y como tal debes salvaguardar nuestra posición en la alta sociedad de Edimburgo.

—Yo no necesito pertenecer a ese selecto club de personas, lo necesitas tú —le repuso Jack.

—Y tú, no te engañes. Pertenecer a ese club de personas como tú lo llamas, te aportaría muchos clientes al bufete, clientes potenciales. Tu padre gozó de mucho éxito gracias a ellos y no está bien que los desprecies. El bufete que gestionas es gracias a él, debes guardar el buen nombre.

—Yo ya tengo clientes.

—No de la categoría que mereces —afirmó Eleanor.

—¿Y cuáles son tus planes? —preguntó Jack visiblemente molesto.

—No me hables como si fuera la malvada de un cuento, soy tu madre.

—¿Y bien? —insistió él sabiendo que su madre sí tenía algún plan entre manos.

—Quiero que te prometas con Lili en una gran fiesta.

—Y si no quiero.

—Si no quieres hablaré con tu padre para quitarte del frente del bufete.

—¿Serías capaz de eso?

—Totalmente capaz, si tú no quieres abrir los ojos alguien tendrá que hacerlo por ti. Si eres el representante del apellido tendrás que hacer las cosas como las hacemos en esta casa, si no tendrás que arreglártelas solo.

—Sabes que lo que me pides me compromete de sobremanera. Si me sacas del bufete pones en riesgo el trabajo de mucha otra gente.

—No me importa la demás gente. Me importas tú y tu felicidad. Lo que ahora ves como un ataque, me lo agradecerás en un futuro.

—No estoy tan seguro de ello —le replicó Jack poniéndose en pie para marcharse.

—Te doy dos días para que te lo pienses, hijo.

—Gracias, Eleanor. Es todo un detalle por tu parte —dijo Jack a sabiendas que llamarla por su nombre de pila le molestaba tremendamente viniendo de él.

Jack salió de allí con el alma en un puño. De todos los actos que conocía

de su madre, este era sin duda el más rastrero. Y que lo pintara como un acto de buena fe por parte de ella para salvaguardar su futuro le parecía incluso repugnante. Pensó en Janice y en lo que le había dicho sobre ella y no pudo evitar pensar que tenía razón. Pero una vez más se encontraba entre la espada y la pared, y si pensaba en todos sus empleados y en Lewis le entraba congoja al pensar que debía aceptar aquello para no dar un vuelco a sus vidas. Quiso llamar a Lili para saber si estaba informada de todo aquello y qué opinaba al respecto. Quizá ella tampoco quisiera casarse con él de esa manera tan rápida. Si ella se negaba su madre no podría hacer nada para obligarla.

Cuando llegó a su apartamento se sirvió una copa de whisky, Jack no solía beber, pero en momentos como ese le templaba los nervios. Se desaflojó el nudo de la corbata y llamó a Lili, quien recibió la invitación de Jack para cenar juntos con gran emoción. Cuando colgó sintió pena por la chica. Lili se había mostrado realmente ilusionada con que Jack la llamará después de haberla rechazado varias veces durante esos días. Estaba seguro de que si le daba una oportunidad podría enamorarse de ella, pero la idea de casarse de buenas a primeras le parecía descabellada.

A las nueve en punto, tal y como Jack le había prometido a Lili, pasó a recogerla. La chica apareció abrigada hasta el cuello con un gorro de lana rosa que acababa en un gracioso pompón en la punta. El look le daba un aspecto juvenil e inocente y Jack sintió ternura al verla. Era preciosa y era inevitable no ver la belleza de la que gozaba. Tenía esa despreocupación de una joven de su edad con el punto de locura que le gustaba a Jack, y, además, el saber estar de una chica de su posición. Una combinación perfecta para la intimidad en pareja y la vida pública que Eleanor deseaba.

—Qué frío tengo. Si llegas a tardar un minuto más me hubieras encontrado congelada como una barrita de merluza —dijo Lili con la voz entrecortada por el frío cuando subió al coche.

—Sabes que me gusta la puntualidad —dijo Jack poniendo el coche en marcha.

—Sé muchas cosas sobre ti y muchas otras no. Diría que estoy a un cincuenta por ciento.

—La magia de las relaciones es ir descubriendo cosas del otro poco a poco. Si te las descubro todas de golpe dejaría de ser interesante.

—Tienes razón. Quizá yo haya sido demasiado transparente y por eso he dejado de parecerme interesante.

—¿Por qué dices eso?

—Me sorprende que me lo preguntes puesto que has estado evitándome tres días.

—Lo siento, he tenido muchos problemas en el trabajo.

—Es probable que así sea, pero sé que hay algo más que me ocultas.

—No te oculto nada.

—Jack, deja ya de fingir. Os vi la otra noche.

Jack apartó el coche de la carretera y paró en un claro.

—¿Nos viste?

—Sí, a ti y a esa chica en tu coche. Quería darte una sorpresa y la sorpresa me la llevé yo —dijo Lili agachando la mirada.

—Lili, yo...

—No te he pedido explicaciones antes y no te las voy a pedir ahora. A veces las personas hacemos cosas por impulsos, yo soy muy de impulsos ya lo sabes —dijo ella riendo.

—¿De dónde sales tú? —preguntó Jack incrédulo.

—Pues de las partes nobles de mi madre —volvió a decir ella entre risas para quitar tensión al momento.

—Yo creo que no eres de este mundo. Cualquiera otra persona hubiera montado en cólera ante una situación como esta —dijo Jack mesándose el pelo.

—Yo no soy así, intento ponerme en la situación de la otra persona. Sé lo que te unía a esa chica y que a veces uno necesita hacer cosas para cerrar un capítulo. Y supongo que no me he equivocado ya que ahora mismo estás aquí conmigo, a menos que me hayas citado para dejarme. —Lili entornó los ojos en un gesto triste.

—No, no, no he quedado contigo para eso. Quería verte, estos días he estado pensando muchas cosas y lo mío con Janice ya terminó, tú eres lo que quiero ahora. Me gustaría centrarme en nuestra relación si tú aún sigues interesada.

—Siempre he estado interesada a pesar de todo —contestó ella esbozando una sonrisa.

—Soy un cabrón. —Jack se sintió mal.

—No lo eres, no pienses en eso.

—Ayer mi madre me insinuó que deberíamos casarlos —soltó Jack sin pensar.

—¿Casarnos? —A Lili se le iluminó la cara.

—Sí. ¿No te parece una locura? —preguntó Jack concentrando la mirada en el rostro de Lili.

—No, no me lo parece. Tú mismo has dicho que la mayor aventura de una pareja es ir conociéndose poco a poco, qué más da que sea siendo solteros que siendo casados. Yo estoy dispuesta a descubrir quién es Jack Lefkowitz en todas sus facetas. Me gustan los retos y este no me asusta.

—¿Y por qué no te asusta? A mí me da terror —afirmó él soltando una risita.

—No me asusta porque es contigo, Jack. —Lili extendió la mano y la posó sobre la de Jack.

—Es muy bonito eso que dices.

—Es lo que siento, y espero que algún día tu sientas lo mismo que yo.

—Creo que será muy fácil, eres una mujer maravillosa —dijo Jack de nuevo ilusionado y sorprendido de la reacción de Lili ante toda esa situación.

—Pues entonces déjame ser tu mujer maravillosa.

Jack no pudo evitar dejarse llevar por toda esa generosidad que desprendía Lili y la besó. No estaba acostumbrado a toparse con personas tan encantadoras, que se tomaran las cosas de aquella manera, ni que le dijeran abiertamente todos aquellos sentimientos tan bonitos. Jack era un hombre demasiado correcto y con un gran corazón. Lo que algunos podrían definir como ser un blando, él lo calificaba como ser buena persona, y Lili le acababa de demostrar que ella también lo era. No solo no se había enfadado por haberle visto besando a Janice, sino que lo había comprendido y, a pesar de todo, seguía demostrándole que quería estar con él.



## 27

Janice intentó durante varios días ponerse en contacto con Ryan, pero este hizo caso omiso a sus mensajes y llamadas. El lunes lo buscó por el hospital, pero no lo vio, era como si se lo hubiera tragado la tierra. Sentía que había traicionado a un amigo y compañero, pero no sentía que había perdido a una pareja. Janice seguía pensando en Jack y en la profunda herida que le había causado saber que tenía un anillo de compromiso aguardando para otra.

Pese a que Lewis le había asegurado que su amigo sería incapaz de hacer algo que no sentía, Janice sabía que Jack era un hombre profundamente sentimental y que el mero hecho de sentir pena por alguien, sería suficiente motivo para claudicar con lo que fuera. Jack era un hombre de palabra al que no le gustaba hacer daño a nadie, aunque sus actos habían terminado por herirla a ella.

Pero Janice sabía que no había sido de modo malintencionado. La había llevado a su casa movido por la necesidad de ambos de volver a estar juntos, y si lo hubiera premeditado habría escondido el anillo, pero Jack lo había hecho por instinto, por el instinto del amor que se tenían. Pero ahora las cosas estaban en un punto de no retorno. Debía asumir que todo había terminado, y que el daño colateral que había provocado a Ryan sería en pos de ayudar al pobre señor Greene. Ese era el único consuelo que le quedaba mientras vagaba por los pasillos del hospital con fingida tranquilidad.

—¿Has podido hablar con él? —preguntó Sarah cuando Janice entró con un visible cansancio en el apartamento que compartían.

—No, y tampoco lo he visto por el hospital. Estoy preocupada —respondió, soltando el bolso y dejándolo caer en el suelo con despreocupación.

—Lo sé, pero lo hiciste por ese paciente. No le des más vueltas.

—Pasado mañana es la vista. Me preocupa que puedan poner en un aprieto a Ryan y que todo por lo que ha luchado se vaya al traste por mi culpa —dijo abatida.

Sarah ladeó la cabeza y le preguntó:

—¿Por qué no hablas con Jack?

—Porque no quiero liar más las cosas y porque no quiero verlo. Si lo hago, daré un paso atrás y debo asumir que nuestros caminos se han separado. —Janice se sentó en el sillón frente a Sarah.

—Yo no lo creo. Creo que han pasado muchas cosas en poco tiempo, cosas que no habéis sabido resolver de forma adulta y se ha liado de tal manera que parece que no pueda resolverse nunca. Pero os queréis y asumir tajantemente que todo ha terminado no ayuda.

—Es posible, pero ahora mismo estoy muy confusa y, aunque lo mío con Ryan se haya terminado, sería muy egoísta por mi parte ir en su búsqueda. Fui yo quien le dijo que no y va a parecer que al quedarme sola ya no me importa lo que suceda con otras personas, ¿me explico? —dijo Janice recostándose en el sillón.

—Bastante mal, pero, si te refieres a que no vas a llamar a Jack por orgullo, te diré que algunas veces podrías metértelo por donde ya sabes —concluyó Sarah devolviendo la mirada hacia el televisor.

Janice se dio una ducha y pensó en las palabras de su amiga. Era cierto que el orgullo se había impuesto en muchas de sus malas decisiones, pero esta vez se trataba de otra cosa. Se había marchado ofendida del piso de Jack tras afirmarle que no dejaría a Ryan de buenas a primeras. No era justo ir ahora a por él dada su nueva situación. Le parecía egoísta y nada tenía que ver con el orgullo. Y luego, estaba esa tal Lili Halston con la que Jack salía, no es que le encantara la idea, pero no podía llegar y quitarle el novio, al fin y al cabo, esa chica no tenía la culpa de las desventuras de ellos dos.

Dejó que el agua caliente cayera sobre su cuerpo y esta se mezcló con las lágrimas diluyéndolas hacia el desagüe. Estaba pasando una mala época, una que se remontaba a cerca de tres meses llenos de emociones agradables y otras que no lo eran tanto. Temía que, si su vida no daba un giro para mejor, caería víctima de un estrés postraumático, y eso era algo que no se lo podía permitir. Debía mantenerse en pie y sacar adelante los estudios y las prácticas para convertirse en médico, su sueño desde niña. Un largo camino del que ya casi veía la luz.

Tras la ducha se puso el pijama y la bata de ir por casa, y ya con el cuerpo más recompuesto se preparó un té. Al entrar en la salita se encontró a Sarah hablando muy animada con alguien por teléfono.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó sentándose a su lado con una taza de té en las manos.

—¿Recuerdas a aquel chico que conocimos en el Whistlebinkis aquella fatídica noche?

—Recuerdo que hablabas con un tío, pero si te soy sincera no recuerdo su cara.

—Pues hablaba con ese hombre sin rostro para ti —dijo Sarah cubriéndose hasta el cuello con la manta que tenía al lado.

—Vaya, me alegro. Siento que ando perdida y desactualizada de tu vida, lo siento —se lamentó Janice sintiéndose culpable.

—No te preocupes, entiendo tu situación.

—¿Y cómo se llama ese chico que hace que te brillen los ojos? —Janice se recolocó en el sofá para atender a las explicaciones de su amiga.

—Jude, se llama Jude.

—¿Estáis saliendo? —Janice esbozó una sonrisa picarona.

—No, solo somos amigos y, ya que hablamos de él, quería comentarte que está interesado en alquilar la habitación de Gene, si no te importa.

—¿Quieres meter un tío en esta casa? —preguntó Janice alzando levemente la voz.

—Un tío y una niña. Jude tiene una hija de cinco años que se llama Emma. Es una monada de niña, deberías conocerla.

—Repito: ¿un tío y una niña? —volvió a preguntar abriendo los ojos como platos.

—Sí, Janice, dos seres humanos. Ellos compartirían el cuarto, a Jude no le importa dormir con Emma. Están pasando por una situación complicada y ahora mismo no pueden permitirse el alquiler de una casa para ellos solos.

—¿Quieres convencerme con chantaje emocional?

—¿Funciona? —le preguntó Sarah ladeando la cabeza y poniendo morritos.

—Supongo que funciona, sabes que, aunque vaya de dura en el fondo, soy una blandengue —afirmó Janice cruzándose de brazos.

—Me alegra saberlo, porque se mudan en dos semanas.

—Serás... —la reprendió dándole con un cojín en el brazo.

—Lo hago también por nuestra economía. Miro por nuestra subsistencia.

—Y por la subsistencia de la especie, más concretamente la tuya —rio Janice—. Ese Jude te gusta. Te lo he notado por la vocecilla que ponías cuando hablabas con él. Siempre lo haces.

Sarah frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué vocecilla?

—La de duendecillo desvalido. Te conozco desde hace mucho y sé cuando alguien te gusta.

—Vale, puede que me guste un poco, aunque la situación es complicada —dijo dejando caer el cuerpo de nuevo sobre el respaldo del sofá.

—Todas las relaciones son complicadas, mira el despojo de tu amiga —dijo Janice señalándose de arriba abajo.

—Todo se arreglará, Janice —aseguró Sarah, apoyándose en su hombro mientras la cubría con la manta para compartirla.

—Lo sé, mientras siempre nos quedará *Outlander*.

—Larga vida al clan —vitreó Sarah riendo, provocando también la risa de Janice.

## 28

El miércoles por la mañana el despacho de Lefkowitz y Maddox Asociados recibió una llamada que daba un giro importante al caso Greene contra Chalmers.

El abogado del hospital llamó para concertar una cita con Jack un día antes de la vista, al parecer estaban dispuestos a llegar a un acuerdo económico que satisfaría al señor Greene, y Jack se sintió pletórico. Algo había truncado la estrategia del hospital que pretendía irse de rositas en aquel escamoso asunto. Algo que no era fruto de la casualidad, pues Jack había utilizado astutamente la información que Janice le había facilitado para propiciar esa vista previa.

Un par de días antes, haciendo de tripas corazón y anteponiendo la profesionalidad a los sentimientos, se había puesto en contacto con el doctor Ryan Simon. Quedaron ese mismo lunes en un restaurante del New Town para comer y, ya frente a frente, Jack le expuso claramente en primer lugar el caso de Greene y en las precarias condiciones en las que el paciente había sido proscrito a vivir debido a su nuevo estado de movilidad. La casa de Harry necesitaba unas mejoras considerables para ofrecerle una calidad de vida digna. Después se sinceró y le explicó que Janice le había contado todo lo sucedido en el quirófano durante la intervención, porque era una mujer profundamente humana y no podía pasar por alto esa negligencia tan grave. Le aseguró a Ryan que no permitiría que el hospital usara el chantaje laboral en su contra si decidía testificar a favor del paciente y que él mismo se encargaría sin costa alguna de defenderlo e interponer una demanda por despido improcedente. Algo que pondría en un apuro al hospital, ya que Ryan y otro médico que había sido despedido un año antes podrían testificar en contra del hospital, desmantelando los trapos sucios del mismo.

Ryan no habló mucho durante aquella comida, pero, al despedirse con un apretón de manos, le prometió a Jack que pensaría en ello. Y eso hizo, tras darle muchas vueltas el resto del día, decidió que iba enfrentarse a Gregory Perkinson.

El martes, en el despacho de dirección del hospital Chalmers, la tensión podría haberse cortado con un cuchillo. Ryan, asumiendo su parte de responsabilidad en todo aquello, renunció a su puesto de trabajo y le advirtió a Gregory Perkinson que, si no llegaban a un acuerdo sumamente satisfactorio para el señor Greene, no le dejarían otra opción que testificar en contra del hospital con la ayuda de otro compañero. Compañero que no existía, pero que se sacó de la manga, convenciendo a Gregory de que el susodicho también estaba al corriente de la negligencia en el quirófano y del que no iba a facilitarle el nombre para evitar más chantajes. De ese modo, consiguió finalmente que Gregory Perkinson y el abogado del caso consideraran una vista previa para otorgar a Harry Greene una indemnización cuantiosa.

Por otro lado, Jack había accedido a que Eleanor montara la ansiada fiesta de compromiso. Lili le había demostrado ser una buena persona, capaz de comprenderlo y amarlo sin condiciones, un gesto que agradó mucho al bueno de Jack, que acabó accediendo sin darle muchas más vueltas. ¿Qué podía perder? Si las cosas no marchaban bien dentro del matrimonio, siempre podría divorciarse, pero quería hacer las cosas bien y quiso hablar primero con Liza del asunto y preguntarle si sería buena idea firmar una separación de bienes.

—Hola, Jack. ¿Qué te trae por aquí? —lo saludó Liza levantando la vista de unos papeles.

—Quiero hablar contigo de un tema legal.

—¿Has dejado de ser abogado? —preguntó Liza riendo.

—No —rio él también—, pero para casos matrimoniales necesito alguna ayuda.

—¿Matrimonio? ¿Voy a tener que comprarme una pamelita?

—Me temo que sí. Voy a comprometerme.

—Enhorabuena. Janice estará loca de contento.

—No es con Janice. —Jack agachó la mirada.

Liza en su asiento se tensó y se puso seria.

—Lo siento, yo creía...

—Lo sé, no importa. Las cosas se torcieron y apareció Lili... Es una larga historia que no te apetecerá escuchar.

—Tengo tiempo, puedes contármela si lo deseas.

En la siguiente media hora, Jack le contó a Lisa todos los pormenores

que habían truncado su feliz relación con Janice. Esta lo escuchó con atención, sin interrupciones. Liza había adquirido el don de la paciencia, así como aprender a escuchar siendo objetiva, pero lo que estaba oyendo la estaba enervando de sobremanera. Jack era un buenazo y no tenía muy claro que las intenciones de Lili Halston, sobrina del duque de Rothesay, fueran tan nobles como el título de sus familiares y como quería hacer ver.

Cuando Jack terminó de exponer todo aquello, Liza lo miró fijamente y ladeó la cabeza. No pudiendo soportar más las palabras en la boca, le dijo:

—¿Has perdido el juicio?

Jack la miró asombrado, no se esperaba esa reacción en Liza, siempre tan cauta y razonable.

—¿Eso crees?

—Lo creo firmemente, tú no quieres a esa tal Lili. Te has conformado, porque te ha hechizado como buena encantadora de serpientes que es. ¿Crees de verdad que esa mujer está tan enamorada de ti que perdonaría que la engañaras y encima se casaría contigo a ciegas? —le preguntó Liza apoyando las manos en la mesa.

—No entiendo dónde quieres llegar a parar.

—Perdona mi atrevimiento, pero eres tonto, Jack Lefkowitz.

—Vaya, gracias —le espetó él molesto.

—Deberías dárme las. Cierra la puerta. Tengo algo que contarte que te abrirá los ojos —dijo Liza señalando la puerta del despacho.

Durante la siguiente hora, Liza le expuso claramente a un incrédulo y cada vez más enfadado Jack, sus argumentos para basar su dura acusación hacia Lili. Y Jack no pudo menos que agradecerle que le contara todo aquello. Era cierto que Lili se había mostrado demasiado solícita y comprensiva después de todo, pero le costaba pensar que esa chica de mirada dulce estuviera movida por su dinero. Pero Liza conocía de primera mano los trapos sucios de la familia, ya que hacía unos años, antes de incorporarse al bufete, había trabajado de pasante en St Andrews Lawyers. Este bufete había llevado el divorcio de los padres de Lili y Liza se había encargado de recopilar los datos económicos de la familia. Si bien era cierto que Lili jamás le había hablado de su familia, ni tampoco le había presentado a sus padres, a los que solo había mencionado una vez para justificar el porqué vivía con su tío el duque.

—¿Cómo no había pensado en eso antes? —inquirió Jack mesándose el pelo con nerviosismo.

—Porque eres un hombre demasiado visceral. Te dejas mover demasiado por los sentimientos y dejas la razón a un lado. Y eso está bien, porque te hace ser una bellísima persona, pero de tan bueno que eres te toman por...

Jack no dejó a Liza terminar la frase.

—Tonto, ya lo sé —suspiró.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó Liza.

—Supongo que debería hablar con Lili y preguntarle si está conmigo por puro interés económico. Dudo mucho que mi madre esté al corriente de la bancarrota de esa familia, pero no seré yo quien la informe de ello. Me ha decepcionado profundamente. Es triste decir eso de una madre, pero así es.

—No creo que esté al corriente, pero sí lo estaba de tus intenciones con Janice. No entiendo qué ve de malo en ella. Será una médica excelente y gozará de una independencia económica considerable. ¿Por qué querría Eleanor emparentarte con una duquesa que no tiene ni para zapatos nuevos? —le preguntó movida por la curiosidad.

—No lo sé, pero prefiero no saberlo. Por mi padre fingiré que siento respeto por mi madre, pero me ha demostrado que no es capaz de querer a nadie más que a sí misma —dijo Jack con gran pesar.

Ahora solo tenía dos opciones: dejarse llevar por el impulso de preguntarle directamente por sus intenciones o dejar que las cosas siguieran su curso y dar una lección a Lili y a su madre en la fiesta de pedida. Por una vez Jack Lefkowitz decidió actuar fuera de sus normas habituales y disfrutar de la cara que se le quedaría a su madre cuando expusiera delante de todos quién era en realidad Lili Halston.

Liza, por su parte, le propuso redactar una separación de bienes que Jack debía entregar a Lili el día de la fiesta de pedida. Si la reacción de Lili no era la de una mujer con intenciones de desposarse por amor, Jack podría mostrarle a su madre la verdadera cara de Lili y, Eleanor, sintiéndose vapuleada y engañada por esa mujercita, no dudaría en poner en evidencia al duque de Rothesay y a su sobrina delante de todo el mundo.



## 29

Aprovechando que el viernes era su día libre en la cafetería, Janice cambió el turno en el hospital. Sabía que esa mañana era la vista del caso Greene y prefería estar al corriente de todo lo que sucediera en el hospital, en vez de estar en su casa dándole vueltas a la cabeza.

Cuando llegó, el ambiente estaba relajado, lejos de lo que había imaginado que podría ser una mañana como esa en el hospital Chalmers. Entró en la sala, donde se cambiaban para empezar su turno, y cuando abrió la taquilla se encontró con un sobre que llevaba su nombre escrito en el frontal. Lo cogió con cierto nerviosismo, aquello podía ser una carta rescindiendo sus prácticas al enterarse por boca de Ryan que ella podía ser un topo del hospital. La abrió con resignación, al fin y al cabo, se lo tenía merecido.

*Querida Janice,*

*te escribo esta carta para despedirme y darte las gracias. Sé que no te traté bien la última vez que nos vimos, pero en ese momento me sentía traicionado por la persona que quería. Fue un golpe muy duro que me costó asimilar un par de días, pero la llamada de Jack Lefkowitz hizo que abriera los ojos. Cuando me reuní con él y me expuso el estado en el que se encontraba Harry Greene se me encogió el corazón y comprendí que tú aún tienes algo que yo tenía cuando estudiaba medicina: integridad y humanidad. Es por eso que decidí enfrentarme al hospital, presentando mi dimisión y obligándolos a pactar un acuerdo económico que satisficiera al paciente, evitando así una confrontación que no beneficiaría a Harry en ningún caso.*

*Yo puedo empezar de nuevo en cualquier otra parte, tengo libertad de movimiento, algo que al señor Greene le han arrebatado y de lo que no podría ser partícipe sin odiarme cada día.*

*Gracias, Janice, si tú no hubieras contado a Jack por lo que*

*estaba pasando, todo esto se hubiera producido de otra manera y yo pagaría el precio de una mala conciencia el resto de mi vida. Gracias de nuevo por haberme devuelto la humanidad y el sentido de compromiso con esta profesión.*

*Te deseo lo mejor, Janice, te lo mereces, eres una gran mujer y una gran profesional. Quiero que seas feliz y que pienses en ti y en lo que necesitas para ser feliz. Y con ese fin te voy a pedir un último favor. Habla con Jack Lefkowitz, sé que te quiere y creo firmemente que él tiene la clave para hacerte feliz. No lo dejes escapar, hacéis un buen equipo.*

*Fdo. Ryan Simon.*

Janice estrujó la carta contra su pecho mientras las lágrimas le resbalaban por la cara. La vista no tendría lugar, pues todo se había resuelto en un acuerdo previo gracias al buen hacer de Ryan, y este se había marchado. Estaba segura de que todo le iba a ir bien, era una gran persona. Sintió pena por haberle hecho daño y haber intentado usarlo para suplantar el lugar de Jack, forzando algo que no la hacía del todo feliz.

Por otro lado, pensó en lo generoso que había sido Jack al buscar una solución que no pusiera en peligro la integridad laboral de Ryan. Le hubiera gustado saber más detalles sobre la conversación que habían mantenido ellos dos, pero se conformaba con saber que todos habían salido ganando con su metedura de pata, incluido el hospital.

Se puso la bata y guardó la carta en la taquilla, con la idea de, tras el turno, visitar a Gene, la única persona que podía ponerla al tanto de cómo le iba a su amado Jack.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Janice a su amiga que yacía medio recostada en la cama.

—Aburrida y dolorida de estar acostada día y noche. Si tengo que pasar por esto otra vez creo que por mi parte la raza humana puede extinguirse —dijo Gene mientras se ayudaba con los nudillos a colocarse más erguida.

—No digas esas cosas, cuando le veas la cara a tu precioso bebé no pensarás esas cosas —le repuso Janice recolocándole la almohada.

—¿Y a ti? ¿Cómo te va?

—Hoy tengo el día torcido. Mira lo que me he encontrado en mi taquilla

del hospital. —Janice sacó la carta del bolsillo de su abrigo y se la tendió a Gene.

—¿Y esto? —preguntó Gene alzando el sobre.

—Es de Ryan.

Gene la abrió y pidió permiso a Janice para leerla y esta afirmó con la cabeza.

—Esto que dice es precioso, parece una buena persona —comentó Gene emocionada.

—Lo es. ¿A que a ti también te ha emocionado?

—No es eso, es que nosotros también hemos recibido una carta esta mañana —respondió Gene con los ojos encharcados de lágrimas.

—¿De Ryan? —preguntó Janice.

—De Jack.

Gene abrió el cajón de su mesita y le tendió a Janice un sobre de color marfil decorado con filigranas doradas.

—¿Y esto? —Vacilante, Janice miró el sobre.

—Creo que se te va a torcer más el día, pero deberías saberlo —dijo Gene soltando un sollozo—. Lo siento, son las hormonas.

Janice sacó la tarjeta del sobre y, tras leer de qué se trataba, sintió una punzada en el centro del pecho.

—Jack. ¿Jack va a prometerse este sábado? ¿Mañana por la noche? —dijo con la voz entrecortada.

—Sí. Nosotros nos hemos quedado igual. Lewis está cabreado con él por haber tomado esa decisión tan precipitada, pero le dijo que quería intentarlo con Lili, que era una mujer maravillosa y comprensiva que le había demostrado mucho en poco tiempo.

—¿Esa mujer significa más que yo para él? —Janice se quedó mirando un punto fijo en la habitación. Estaba en shock.

—No lo creo, eso no es posible. Creemos que Eleanor está detrás de todo esto. Cómo detesto a esa mujer —gruñó Gene apretando los dientes.

—No, Gene. Eleanor puede ejercer mucha presión, pero no hasta ese punto. Es una decisión que ha tomado Jack y hay que respetarla. —Janice se puso en pie y se sorbió la nariz—. ¿Habéis pensado ya algún nombre? —preguntó forzando una sonrisa.

—¡Déjate de nombres! ¿Es que no piensas hacer nada? ¡Creía que enseñándote eso reaccionarías e irías a por tu hombre! —gritó Gene.

—No pienso hacer eso. No es justo para nadie.

—La vida es injusta. Un día te toca a ti y otro día al vecino. ¿Dónde está la Janice que conozco? Esa que no se rinde ante nada.

—Esa Janice está en un pozo y hasta que no pase un tiempo no saldrá de allí por si le cae un rayo y la parte en dos —respondió Janice volviendo a dejar caer el trasero en el borde de la cama de Gene.

—Pues tienes que salir de ahí —dijo Gene, tomándole la mano—. No puedes permitir que Jack se case con esa chica. No. Él te ama a ti, lo sé, y tú lo amas a él.

Janice suspiró y sin poder evitarlo se puso a llorar desconsolada. La había fastidiado, pero bien, con Jack, y ahora iba a pagar las consecuencias.

Se marchó de casa de Gene hecha un despojo y cuando llegó a su piso se metió derecha en la cama y allí estuvo, a veces durmiendo, otras veces despierta, mientras lloraba sin descanso, pensando qué debía hacer. Cuando el despertador le sonó a las ocho, tenía la sensación de que no había pegado ojo en toda la noche, se levantó hecha una zombi y se dio una ducha, preparándose para su turno de mañana en The Country. Los sábados solían ser apoteósicos y ella sabía que no podría dar la talla en el estado tan penoso en el que se encontraba.

## 30

El mañana fue horrible, estaba tan distraída pensando en sus cosas que a punto estuvo de quemarse con la plancha tres veces. Sus manos no daban pie con bola, iban lentas, como si pesaran toneladas, y los pedidos se servían tarde y mal. Bill en una de esas se acercó para meterle prisa.

—¿Qué te pasa, Janice? ¿Estás dormida o qué? —le preguntó, tirando a la basura unas tortitas chamuscadas que ella había dejado a un lado de la plancha.

—No me encuentro bien, apenas he descansado esta noche.

—¿Y eso? ¿Es que te ha dejado el novio? —bromeó su jefe sin mala intención, pero a Janice solo le faltaba escuchar eso para explotar otra vez.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, nublándole la visión, y Bill, al verla llorando, se preocupó.

—Janice, perdona, no quería hacerte llorar.

—Tranquilo. Estoy bien. —Movi6 la cabeza a los lados y se sec6 las lágrimas con la manga del suéter.

—Qué vas a estar bien. En mi vida te he visto tan mal.

—Vaya, gracias —dijo ella tratando de dibujar una sonrisa.

—Sea lo que sea tiene solución —aseguró Bill, dándole unas palmaditas en el brazo.

—No lo creo, Bill, la he cagado mucho. Tenía alguien muy especial y lo fastidié todo con él, y ahora se va a casar con otra.

—Entonces igual él no te quería a ti del mismo modo que tú a él —razonó él y Janice lo miró pensando que eso que había dicho era bastante lógico.

—Puede que tengas razón —dijo, volviendo la vista a la plancha.

—Puede que la tenga y puede que no, pero ahora no es momento de lamentarse. Estás aquí para trabajar y, si no fuera porque tengo ahí fuera a unas decenas de turistas demandando tortitas como locos, te dejaría irte a casa, pero sabes que no puedo. Te necesito aquí al pie del cañón.

—Lo sé —suspiró Janice, dosificando sobre la pancha cinco raciones de

masa de tortitas.

—Céntrate, ¿quieres? No deseo terminar la mañana con un accidente laboral.

—De acuerdo.

Tras eso Janice trató de centrarse en el trabajo, apartando a Jack de sus pensamientos, pero él volvía a cada rato, persistente como un boomerang. Aun así, sobrevivió a la jornada y cuando salió de la cafetería se dirigió directamente a su apartamento con la intención de dormir, si es que su estado de inquietud le daba una tregua.

Y se la dio, conforme posó el cuerpo sobre el colchón y se acurrucó bajo el edredón se quedó profundamente dormida y, al abrir los párpados varias horas después, se sintió descolocada. No sabía qué hora era, pero debía ser bastante tarde a juzgar por la oscuridad que reinaba en el dormitorio. Se levantó y, dando traspiés, llegó a la salita, donde Sarah, tumbada en el sofá, miraba algo en la televisión.

—Buenas tardes, dormilona —la saludó feliz Sarah, ajena al estado mental en el que se encontraba su amiga.

—Hola. ¿Qué hora es? —le preguntó, restregándose los ojos. Las horas de descanso le habían sentado muy bien al cuerpo, pero su cabeza seguía siendo un hervidero de dolor y resentimiento. Dolor, pues sentía que había perdido al hombre al que amaba. Resentimiento, porque a su vez también lo odiaba un poco, por haberla olvidado tan pronto y lanzado a los brazos de esa chica a la primera de cambio.

—Las seis. ¿Te apetece salir a tomar algo?

—No estoy muy animada —respondió sentándose a los pies de Sarah.

—¿Ha pasado algo? —preguntó viendo la expresión seria de Janice.

—Jack se casa.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Y cómo sabes que se casa?

—Esta noche es la pedida de mano.

—¿Qué? —La mandíbula de Sarah le tocó el pecho y Janice asintió con la cabeza, sintiendo que las lágrimas volvían a abrirse camino hasta sus ojos —. ¿Pero cómo es eso posible?

Janice se encogió de hombros y se enjugó las lágrimas que resbalaban a borbotones mejillas abajo con ambas manos.

—No sé —suspiró.

—Pero ese hombre está loco por ti.  
—Lo estaba —le rectificó—. Ahora está loco por otra mujer.  
—No es posible. No me lo creo. ¿Jack? —Sacudió la cabeza a los lados  
—. ¿Tu Jack?  
—Ya no es mi Jack —sollozó.  
—Y tú no eres mi amiga Janice —le reprochó Sarah incorporándose de repente.  
—¿Qué?  
—¿Qué quién narices eres tú y qué has hecho con mi amiga Janice?  
—Pero ¿qué dices, Sarah?  
—Mi amiga Janice no se quedaría en casa llorando, sabiendo que su hombre se va a casar con otra.  
—¡¿Pero ¿qué quieres que haga yo, si Jack ya no me quiere y se quiere casar con otra mujer! —le gritó enfadada, más irritada consigo misma que con Sarah, que solo trataba de hacerla reaccionar.  
—¿Pero no te das cuenta de que solo tú has provocado todo esto? Perdona que te diga, amiga, pero eres tonta del culo. Muy tonta —afirmó Sarah mostrándose muy enfadada con ella.  
—Sé que he sido ambigua y que lo he podido confundir, pero de ahí a que yo lo haya lanzado a los brazos de esa chica.  
Sarah gruñó y la cogió por los hombros.  
—Deberías hacer algo, Janice. Habla con él. No permitas que le pida matrimonio a esa chica sin saber lo que tú sientes por él.  
—No puedo hacerlo, Sarah, no sé si me creería.  
—Entonces no hagas nada y sufre como te mereces.  
Janice miró indignada a su amiga, no parecía ella, estaba siendo muy dura.  
—¿Y qué hago? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Le llamo por teléfono y le digo: hola, Jack, te quiero?  
Sarah afirmó tajantemente con la cabeza.  
—Eso es exactamente lo que tienes que hacer.

En ese momento, en otro punto de Edimburgo, Jack tampoco estaba pasándolo precisamente bien. Su madre había gastado una pequeña fortuna en aquella fiesta y los invitados no paraban de llegar a la mansión, como un goteo constante, enfundados en sus mejores galas. No había tenido siquiera ocasión de hablar en privado con Lili que, a su lado, junto a la puerta

principal, estaba recibiendo como un miembro más de la familia a todo aquel que llegaba, exhibiendo una enorme sonrisa.

Había estado dándole vueltas a cómo afrontar la ruptura en público del compromiso, incluso antes de haberse hecho este oficial, y cada vez se le hacía más cuesta arriba llevar a cabo el plan, pero tenía muy claro que no amaba a Lili y que no quería casarse con ella, fuera o no una aprovechada. No pensaba hacer uso del contrato prematrimonial, no necesitaba averiguar si ella lo quería por su dinero. Eso ya le daba igual. No podía casarse con ella bajo ningún concepto. La única razón que necesitaba era tener la plena consciencia de que no la amaba y nunca podría casarse con alguien a quien no amaba.

Cuando llegaron los últimos invitados, los Lefkowitz junto a Lili se adentraron en la sala de baile, donde se ofrecía un cóctel frío a los amigos más allegados de la familia. Jack echaba de menos la presencia de Lewis que, dado el estado de reposo de Gene, había declinado la invitación, pero le había deseado mucha suerte, aunque tampoco dudó en recriminarle que iba a cometer un gran error comprometiéndose con Lili.

—¿Puedes traerme un whisky? —le pidió a un camarero de la agencia de catering que su madre había contratado.

—Enseguida, señor —dijo el chico, alejándose con la bandeja de copas de vino blanco y champán a otro parte.

—¿Te encuentras bien, Jack? —Eleanor posó la mano sobre el brazo de su hijo.

—No, madre, no me encuentro bien.

—Son los nervios.

—¿Sabes dónde se ha metido Lili? —le preguntó mirando a todos lados, buscándola entre la gente.

—No. Debe estar acicalándose para el gran momento.

—Necesito hablar con ella —dijo Jack viendo que se acercaba el momento de la verdad.

—Tranquilo, hijo, tienes toda la vida para hablar con ella.

—Y si no quiero, madre. —La miró airado, furioso con ella por haberlo obligado a estar en esa situación tan incómoda y angustiada.

—Estás nervioso, Jack. Bebe un poco de champán y se te pasará.

Jack sacudió la cabeza y volvió a buscar con la mirada a Lili por toda la sala. Necesitaba decirle en privado que no quería casarse con ella, que no la amaba y pedirle que se marchara cuanto antes, evitándole así el bochorno de



ser menospreciada ante toda esa gente. Era una chica muy joven y algo así podría traumarla para siempre. Jack no quería ser responsable de ello.

Al fin la vio bajando por la escalera de acceso a los dormitorios y se dirigió hacia ella decidido a terminar con todo aquel montaje estafalario sin perder un segundo más de tiempo.

# 31

Janice no hacía otra cosa más que mirar nerviosa la hora en el móvil, sentía que el tiempo se le estaba echando encima de un modo aterrador. ¿Por qué no le había dicho a Jack más claramente lo que sentía? ¿Por qué se había dejado intimidar por Eleanor? ¿Por qué había antepuesto la familia de este a los sentimientos de su corazón? ¿Por qué no había escuchado a Jack y se había dejado llevar por sus impulsos? Tenía el corazón en un puño y el cuerpo hecho un flan. Debía haber reaccionado antes y no esperar al último momento. Había tratado de contactar con Jack, llamándolo al móvil y enviándole mensajes, pero debía tenerlo apagado o fuera de cobertura, pues ni respondía a sus llamadas, ni tampoco daba visos de haber recibido los mensajes. Así que, sin pensarlo ni un segundo más, había salido con lo puesto corriendo de casa y se había dirigido a la parada del autobús. Llegar desde allí hasta la mansión de los Lefkowitz por fortuna no era muy enrevesado, solo tenía que llegar al centro y desde allí tomar la ruta hasta Duddingston.

Una vez en el asiento, respiró un poco más aliviada, ya quedaba menos. Era la primera vez que tomaba esa ruta de autobús y no sabía cuánto le faltaba para llegar, pero el chófer le aseguró que en cuestión de unos veinte minutos llegarían. Desde ahí hasta la casa de los padres de Jack había unos doce kilómetros que Janice tendría que recorrer a pie. Se maldijo ahora por no haber pensado en llamar a un taxi en lugar de salir corriendo de casa hecha una loca.

En cuanto el bus se detuvo en la parada, Janice saltó al asfalto y, tras consultar una vez más en el Google Maps la dirección de la residencia de los padres de Jack, echó a correr como alma perseguida por el diablo, siguiendo la voz del navegador con las instrucciones para llegar. Janice no estaba muy en forma, últimamente apenas había tenido tiempo de hacer deporte y, cuando apenas llevaba cinco minutos corriendo, ya sentía que el corazón le iba a explotar dentro del pecho. Pensó en parar un coche, pero la carretera estaba vacía y además eso tampoco era algo muy seguro. Se detuvo un poco a tomar aire y recuperarse respirando dificultosamente, con las manos apoyadas

en las rodillas. Al levantar la vista, el navegador le recordó que todavía se encontraba a diez kilómetros de su destino y ella le gritó que ya lo sabía y que la dejara en paz.

Miró abatida a su alrededor, en aquella zona las casas gozaban de extensos jardines y las distancias entre unas y otras eran enormes. Había una residencia con las luces encendidas unos cien metros más adelante, y pensó que tal vez podría pedir ayuda a sus habitantes. Necesitaba llegar cuanto antes junto a Jack y decirle que lo amaba, luego si él decidía seguir adelante con el compromiso con la duquesita, ya sería cosa suya, pero Janice nunca podría recriminarse no haber hecho nada para impedirlo. Se acercó a la valla que delimitaba el jardín y miró hacia la puerta principal. De pronto, se le iluminaron los ojos, en el porche, apoyada contra la pared, había una bicicleta verde.

Miró a los lados, no se veía un alma, y luego miró de nuevo hacia el porche, donde la bicicleta parecía sonreírle con el ojo guiñado en plan «cógeme, estoy aquí y nadie me vigila.» Janice no lo pensó más, medio agachada, se acercó sigilosa hasta la puerta y puso las manos sobre el manillar. El corazón le latía desbocado, entre que no estaba aún recuperado de la carrera y la excitación de estar cometiendo un robo, andaba revolucionado. Asomó un poco la cabeza para mirar dentro de la casa a través de la ventana y vio una familia reunida junto al calor de la chimenea. Sintió cierta repulsión por lo que iba a hacerles, pero duró poco, pues se dijo que les devolvería la bici tan pronto recuperase a Jack. Tratando de no hacer ruido, salió de la propiedad, empujando la bici. Una vez en la carretera, se montó y pedaleó a toda la rapidez que le permitían las piernas hasta que el navegador la informó de que su destino estaba a doscientos metros. Momento en el que frenó la velocidad y avanzó más despacio. Necesitaba recuperar un poco el aliento, pero tenía que reconocer que todo aquel ejercicio le había venido bien para tranquilizarse un poco.

Jack no había podido finalmente hablar con Lili. Justo en el momento en que alcanzó su posición, la madre de Lili y su tío, el duque de Rothesay, se habían reunido con esta y él no supo cómo librarse de ellos. El tiempo avanzaba sin tregua y Jack cada vez se sentía más condenado. La madre estaba pletórica y el duque le había insinuado que debían mantener una charla para estrechar lazos familiares, algo que Jack supo muy bien leer entre líneas. Lili le dirigía miraditas sonriente y él no podía dejar de pensar en lo tonto que

había sido por dejarse convencer para entrar al trapo de ese matrimonio.

—¿Tío Basil, te importa que me lleve un ratito a Jack? —dijo Lili, dirigiéndose al duque, que accedió con una escueta inclinación de cabeza. Luego le ofreció la mano a Jack que la aceptó de buen gusto—. ¿Te ocurre algo, Jack? Estás pálido.

—No podemos casarnos —le dijo él bajando la voz.

La cara de Lili se descompuso y el labio le tembló visiblemente.

—¿Cómo?

—No te amo, Lili.

—¡¿Y me lo dices ahora?!

—Me he dejado llevar mucho, pero no puedo seguir con esta mentira. No te amo.

—Pero podrás amarme —le dijo ella, mirándolo a los ojos con dulzura, tratando de convencerlo.

—No creo —suspiró—. Amo a otra persona.

—¿A esa Janice que no hace más que tomarte y dejarte cuando le da la gana?

—Sí, a ella, no puedo evitar amarla a pesar de todo. La tengo metida en el pecho.

Lili arrugó la nariz e hizo un amago de echarse a llorar.

—Tienes que marcharte ahora —le pidió Jack.

—No pienso hacerlo.

—Entiende que si te quedas tendré que negarme a este matrimonio delante de toda esta gente. Aún puedes irte y ser yo el que quede como el dejado.

—No pienso hacerlo. Si quieres romper conmigo tendrás que tener los cojones de hacerlo delante de todos. —Lili se cruzó de brazos enfurruñada y miró hacia Eleanor, presumiendo que Jack no sería capaz de hacerle esa afrenta a su madre delante de sus familiares y amigos más íntimos.

—Si no me dejas otra opción, no dudes que lo haré —aseguró Jack tajante.

—Pues hazlo.

Disgustado, Jack sacudió la cabeza, esa niña loca no le dejaba otra elección más que romper con ella en público.

Llamó la atención de un camarero y le pidió otra copa de whisky, necesitaba la falsa seguridad y templanza que le brindaría el alcohol.

Se la tomó de un trago y, hecho un manojo de nervios, esperó a que su

madre hiciera la llamada de atención de todos los asistentes. No tardó mucho, Eleanor estaba deseando terminar con todo aquello de una vez.

Con unos firmes y chispeantes toques de cuchara contra el cristal de bohemia de las copas, Eleanor captó la atención de los presentes. Todos la miraron expectantes, aun sabiendo cuáles iban a ser sus palabras.

—Jack —lo llamó, extendiendo la mano para que acudiera a su lado—. Lili. —La sonrisa que tenía esbozada no podría ser más grande, algo extraño en Eleanor, no muy dada a sonreír, pero la ocasión lo merecía, no todos los días una prometía a su hijo con la sobrina de un duque.

Jack se acercó a su madre y se posicionó a su lado con una expresión seria, muy distante a la de un hombre que iba a prometerse felizmente en cuestión de segundos. Lili, se situó a su otro lado, con la espalda rígida y la barbilla levemente alzada. Miró nerviosa la cara de Jack, rezando en su interior por que no siguiera adelante con la ruptura pública. Se dijo que no, que Jack no sería capaz de algo así.

—Os agradezco muchísimo a todos vuestra presencia —comenzó Eleanor en tono solemne—. Los Lefkowitz somos una gran familia y deseamos que siga creciendo, acogiendo con alegría y humildad a otras familias que pronto pasarán a formar parte de la nuestra. Por eso, es un honor para mí, esta noche, anunciar el compromiso de mi querido y único hijo, Jack, y la encantadora y preciosa Lili Halston, sobrina del duque de Rothesay.

Dicho esto, los familiares y amigos de las familias aplaudieron felices festejando el momento, y Eleanor tuvo de nuevo que pedir silencio, tintineando la cuchara contra la copa.

—Jack, ¿por qué no sacas el anillo de la abuela? —Sonrió hacia su hijo, instándolo a hacer aquello que le pedía.

Jack tomó aire y miró a todos los presentes, luego a Lili que, a su lado, con el alma en vilo, mantenía petrificada la sonrisa en la cara, y sacó el estuche del bolsillo de su chaqueta.

—Madre —dijo, levantando el estuche hasta sus ojos. Eleanor sonrió satisfecha mientras veía a su hijo abrirlo y sacar el anillo de la familia—. Este anillo de mi bisabuela ha sido testigo durante décadas de matrimonios fundamentados en el amor y el respeto, y así será por siempre. Yo me guardaré de ello. Por eso, en este momento, tengo... —Jack, nervioso, tragó saliva—... que decir con gran orgullo que este anillo será para la mujer que amo en cuerpo y alma.

—¡Esa soy yo! —exclamó Lili, esbozando una sonrisa para todos los presentes.

Todos en la sala, excepto Eleanor que ya se olía lo peor, aunaron las voces en un emocionado y jubiloso: «oooh», que Jack se vio obligado a interrumpir.

—No. Lamentablemente no eres tú.

Janice, por fin, había llegado a la propiedad de los Lefkowitz, dejó la bicicleta, que tan útil le había sido para llevarla hasta allí y a la vez tan dolorosa para sus partes más íntimas, en el suelo del porche y, con la respiración entrecortada, llamó al timbre. Al poco, una doncella fue a abrirle y, entornando la puerta lo justo para asomar la cabeza, la miró de arriba abajo con gesto extrañado al verla allí de esa guisa. Aquel era un día especial en la casa y formaba parte de la etiqueta del evento ir de gala. Sin embargo, con las prisas, Janice no se había cambiado de ropa y llevaba unas viejas mallas y una sudadera de ir por casa, además del cabello hecho un nido de pájaros, pues el viaje en autobús y el posterior trayecto en bicicleta tampoco habían ayudado en nada a mejorar su aspecto, más bien todo lo contrario. Sin embargo, lucía unas mejillas sonrosadas por el ejercicio muy favorecedoras.

—Buenas noches, ¿está Jack? —preguntó.

—Sí, se encuentra en casa, pero no es un buen momento para recibir visitas —respondió la doncella.

—Lo sé, pero tengo que verlo. ¿Puede avisarle de que Janice está aquí? —pidió ella con el alma en un puño.

—No es un buen momento, señorita. La señora Lefkowitz acaba de anunciar su compromiso —le informó, y a Janice el alma se le cayó a los pies de golpe.

—Déjeme entrar, tengo que hablar con él. Se lo pido por favor —le imploró Janice sintiendo unas ganas irrefrenables de echarse a llorar.

—Me pone en un compromiso, señorita. Es una fiesta de gala y usted no va vestida adecuadamente.

—Lo entiendo, pero necesito entrar.

—¿Ocurre algo, Christine? —Janice escuchó la voz de Jack por detrás de la puerta.

—Jack, soy yo —dijo levantando la voz. En el acto, la puerta se abrió de par en par y Jack apareció ante sus ojos más guapo que nunca. Sus ojos se iluminaron al ver a Janice allí.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a decirte que te quiero —respondió Janice sin que le temblara la voz ni un poco.

—¿Has venido hasta aquí en bicicleta —desvió la mirada hacia la bici en el suelo— para decirme que me quieres?

—Eso he dicho, Jack Lefkowitz —respondió ella levantando el mentón—. Tenía que decírtelo.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. No podía esperar más.

—Sabes que hoy me comprometía con otra mujer, ¿verdad? —dijo él, mostrándole el anillo que todavía llevaba en la mano.

—Lo sé, y me da igual. Yo tenía que decírtelo y por eso he venido hasta aquí... en bici... y también en autobús. Espero que no sea demasiado tarde.

—¿No hubiera sido más fácil coger un taxi? —preguntó Jack ladeando la cabeza.

—Supongo —respondió Janice encogiéndose de hombros—, pero los nervios me nublan la razón. Pierdo toda la capacidad lógica si pienso en ti.

Jack no pudo evitar esbozar una sonrisa. Janice había ido hasta allí solo Dios sabía cómo y por qué para decirle que le quería, y él no podía sentirse más feliz de tenerla allí. Sintió una necesidad enorme de estrecharla entre sus brazos y besarla, también de hacerle el amor, pero eso tendría que esperar un poco.

—Janice —dijo y extendió la mano para hacerla pasar al vestíbulo.

—¿Qué hace esta mujer aquí? —La voz de Eleanor se interpuso entre los dos.

—Esta mujer tiene un nombre y es Janice, madre. Lo sabes perfectamente —le reprochó Jack.

—¿Christine, por qué ha dejado entrar a esta mujer en mi casa? —preguntó Eleanor de malos modos a la doncella, que se había quedado a un lado presenciando todo aquello, con gesto de incertidumbre total.

—No ha sido ella, he sido yo. —Jack estaba muy molesto y ya no iba a permitirle a su madre que gobernara los hilos de su vida nunca más—. Janice —volvió a dirigirse a la mujer que amaba e hincó la rodilla en el suelo, luego levantó el anillo hacia esta.

—No. —Eleanor se precipitó sobre la pareja y agarró el anillo que Jack sostenía en alto.

—¿Qué haces, madre? —Jack miró a Eleanor con estupor.

—Nunca, nunca, consentiré este matrimonio —gritó subiendo el anillo al cielo.

—Janice es la mujer que amo y, como tal, merece llevar el anillo de la abuela —le repuso Jack poniéndose en pie para encararse con su madre de una vez por todas.

—Por encima de mi cadáver —se reiteró Eleanor fuera de sí, y acto seguido se metió el anillo en la boca y se lo tragó ante las caras alucinadas de la pareja y la doncella.

—¿Se ha tragado el anillo? —Janice no terminaba de creerse lo que acababa de presenciar.

—Eso parece. Pero madre, ¿cómo se le ocurre? —le preguntó Jack acercándose a esta encendido por la ira. Su madre lo miraba con los ojos abiertos como platos y al poco abrió la boca angustiosamente igual que un pez tomando aire fuera del agua.

—Jack. —Janice le posó la mano en el hombro—. A tu madre le pasa algo.

—Que está loca —afirmó él.

—Sí, eso puede, pero —la señaló con la mano— creo que se ha atragantado con el anillo.

—¿Qué?! —Jack miró a su madre que empezaba a presentar signos evidentes de asfixia: respirando sonoramente y rodeándose el cuello con las manos con cara de espanto.

—Eleanor, ¿se está ahogando? —le preguntó Janice a la mujer que apenas podía respirar, y esta asintió angustiada. Iba a morir allí mismo, en su casa, delante de toda su familia y amigos, víctima de su propia perseverancia —. Tengo que hacerle una maniobra de Heimlich. Déjeme ayudarla, sé cómo hacerlo, ¿de acuerdo? —Janice habló con rapidez, pero manteniendo la calma, y Eleanor de nuevo asintió, sintiendo que empezaba a desfallecer por la falta de aire.

Janice se colocó detrás de la madre de Jack y le pasó los brazos alrededor de la cintura y la inclinó un poco hacia adelante. Formó un puño con una mano y lo ubicó debajo de la caja torácica, pero por encima del ombligo. Luego se envolvió el puño con la otra mano y empezó a presionarle el abdomen con fuerza y rapidez hacia adentro y hacia arriba de forma repetida. A la de cinco, el anillo salió disparado de la boca de Eleanor, cayendo sobre la alfombra que cubría el mármol del suelo del vestíbulo.

—Ya está, ya pasó —dijo Janice, rodeando a la mujer y sonriéndole—.



¿Se encuentra bien, Eleanor?

—Sí —respondió ella, tras aclararse la garganta varias veces—. Gracias, Janice. He estado a punto de morir y tú me has salvado.

Janice asintió y dijo:

—Por supuesto, es mi deber hacerlo, forma parte del juramento hipocrático.

—Janice, muchísimas gracias, has salvado a mi esposa. —El padre de Jack se aproximó al grupo y le envolvió las manos a Janice entre las suyas. El resto de los invitados había comenzado a invadir el vestíbulo y presenciaban la escena con interés sin entender nada—. Eres un ángel.

—No me den las gracias. Repito que era mi deber hacerlo —repuso ella un poco incómoda. Esas situaciones en las que se agradecía las acciones a un médico por el simple hecho de ejercer sus funciones le resultaban muy embarazosas.

—Has estado espléndida —opinó Jack, acercándose a ella para darle un beso en los labios.

—Repito que tenía que hacerlo —insistió ella azorada con tanto halago. Había pasado de ser una repudiada social a la estrella de la noche.

Eleanor de nuevo se acercó a Janice, tenía lágrimas en los ojos. Había visto la muerte de cerca y, de no haber sido por esa mujer a la que había rechazado sin darle ninguna oportunidad, toda esa vida construida a base de falsedad se hubiera acabado para ella.

—Gracias, no sé de qué manera podré pagarte que me hayas salvado. He sido una persona horrible, contigo y con mi hijo. Durante esos instantes que sentía que la vida se me iba, he mirado a mi alrededor y solo tú te has dado cuenta de que me estaba ahogando. No soy el centro del universo, muy a mi pesar. —Suspiró melodramática, luego dirigió la mirada hacia su hijo—. Jack, te pido perdón por haber sido una egoísta y no haber visto que sabes buscarte solito la mejor de las compañías. Bendigo esta relación, os bendigo a los dos, aunque a estas alturas no os importe lo que yo diga, porque está claro que estáis inevitablemente enamorados.

Tras todo aquello, Jack padre decidió disolver el evento, pidiendo a todos los invitados que se marcharan, ya que Eleanor no se encontraba en condiciones de seguir festejando nada, además de que no había nada que festejar, pues Jack había decidido no comprometerse con Lili en el último momento y toda la familia de esta estaban con el morro torcido tras semejante

agravio.

Una hora más tarde, cuando Janice se aseguró de que Eleanor se encontraba en perfecto estado, la pareja decidió marcharse.

—Jack, ¿puedes meter esa bici en el coche? Tengo que devolverla a sus dueños —le pidió, señalándole la bicicleta verde que seguía tirada en el porche, tal y como la había dejado al llegar.

—Claro, ¿de quién es?

—No lo sé, la cogí prestada sin preguntar —dijo ella—. Viven a unos diez kilómetros en dirección al campo de golf.

Jack cogió la bici y, tras reclinar los asientos traseros del coche, consiguió meterla en el maletero, luego se acercó al lado del copiloto para abrirle la puerta a Janice.

—Tu madre hablaba muy en serio cuando dijo que por encima de su cadáver. —Janice no pudo evitar hacer la broma y Jack se echó a reír ante tal ocurrencia.

—Mi madre es tan cabezota que haría cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—¿Incluso morir?

—Incluso eso. —Él le siguió la broma—. Pero estoy seguro de que a partir de ahora empezará a verte con otros ojos.

—Es lo normal tras ver de cerca la muerte. Eso cambia a cualquiera —siguió ella con la chanza.

—Eres increíble, Janice, la mujer más increíble del planeta Tierra.

—¿Acaso hay mujeres fuera del planeta Tierra? —preguntó ella con ironía.

—Si las hubiera no te llegarían ni a la altura de los zapatos —respondió él, atrayéndola hacia su cuerpo para abrazarla—. Antes nos interrumpieron, pero sigo queriendo decirte que te amo, Janice. Intensa y profundamente. Tienes que saberlo y tienes que creerme. He sido muy tonto. —Jack volvió a hincar la rodilla en el suelo por segunda vez aquella noche y sacó el anillo del bolsillo de la chaqueta—. Solo hay una mujer en el mundo a la que me gustaría ver con este anillo puesto, y esa mujer eres tú. Solo tú.

—Dime la verdad, si no hubiera llegado, ¿te hubieras prometido con Lili?

—No, de hecho, acababa de decirle a todo el mundo que no la quería. Pero me gustaría prometerme esta noche contigo. ¿Quieres casarte conmigo? —dijo aún con la rodilla en el suelo.

—Jack. —A Janice se le escapó una risita nerviosa—. No sé qué decirte —dijo tapándose la boca, emocionada.

—Pues di que sí. Yo no puedo evitar quererte. ¿Y tú?

Janice sonrió y, haciéndole que se pusiera en pie, lo miró a sus maravillosos ojos azules y dijo:

—Yo estoy loca e inevitablemente enamorada de ti, Jack Lefkowitz. Tampoco puedo evitarlo.

**FIN**

Y ahora un poquito de:

**Rabiosamente enamorados**

Patty Love

# 1

—¿No le parece que el pequeño Andrew es un bebé divino? —le preguntó Carol Kelles, la recepcionista del bufete Lefkowitz y Maddox Asociados, en cuanto vio a Liza Brown entrar por la puerta, mostrándole en la pantalla de su teléfono móvil la foto que todos, empleados y jefes, habían recibido esa misma mañana del retoño de Lewis y Gene.

—Es precioso —respondió Liza—. No había visto un niño tan guapo desde que usted me enseñó la foto de su nieto —añadió, ganándose una sonrisa de Carol, que había sido abuela por tercera vez el pasado enero.

—El pequeño Pete es tan guapo que parece una niña —confirmó la abuela de la criatura con una amplia sonrisa esbozada en la cara.

—Sin duda es un niño precioso. ¿Has encargado ya a la floristería que le envíen un centro de flores a Gene de parte del bufete? —Gene Johnson no solo era la pareja de Lewis Maddox, uno de los dos socios nominales del bufete, también era compañera de trabajo, pese a que los últimos meses había estado de baja debido a su embarazo de riesgo, que finalmente había terminado muy favorablemente, no había más que ver al pequeño Andrew. Era perfecto a la vista y gozaba de una salud estupenda, según el informe pormenorizado que el recién estrenado padre había enviado a todos con el memorándum de la buena noticia

—Por supuesto, lo primero que he hecho nada más llegar —confirmó la recepcionista orgullosa de estar al tanto de todos los detalles que concernían al despacho de abogados para el que llevaba más de veinte años trabajando.

—Estupendo. Luego me escaparé un rato a ver al pequeño Andrew y a la madre, que debe estar radiante de felicidad. Supongo que a Lewis no se le habrá pasado por la cabeza venir a trabajar.

—No, ese hombre no es el mismo desde que la señorita Jonhson entró en su vida. Ha sido una bendición para él y para todos.

—Desde luego que sí —afirmó Liza, mirando su reloj de pulsera. Si no andaba mal de memoria tenía una cita concertada con una tal Kasey Blake en diez minutos y por lo visto su cliente no había llegado todavía, puesto que los

asientos de la sala de espera estaban vacíos.

—¿Cómo tengo la agenda esta mañana? —preguntó pensando en buscar un hueco para hacer esa pequeña escapada al hospital antes de comer.

Carol desvió la mirada a su pantalla de ordenador para revisar la agenda de la señorita Brown. Además de ser la recepcionista del bufete también hacía las funciones de secretaria de la abogada de familia.

—Tiene una cita a las 9:00 con la señora Blake y llamó hará una media hora para decir que sería puntual y que no la hiciéramos esperar, pero de momento no ha llegado. A las once tiene una cita con los Callaghan y luego no tiene nada más apuntado hasta la tarde.

Liza asintió y se dirigió alegre a su despacho, pensando que últimamente el bufete era un hervidero de felicidad, todos por allí estaban pensando en casarse, comprometiéndose o trayendo niños al mundo, en contraposición a su trabajo que consistía básicamente en sentar, en el mejor de los casos, unas buenas bases para repartir lo que se había amasado fruto del amor a lo largo de un matrimonio que, por desgracia, había fracasado.

Su trabajo como abogada de familia, especializada en divorcios, le encantaba, pero no era muy reconfortante en ese aspecto, ya que cuando los clientes acudían a ella era precisamente porque la separación no era muy amistosa que digamos. A menudo tenía que vérselas en medio de airados conflictos irreconciliables en los que las partes estaban más por la labor de tirarse a la cabeza los platos de la vajilla que eligieron con tanto amor al principio que en cómo repartirla amigablemente.

De su cita de las nueve poco sabía, pero suponía que tendría que lidiar con un hombre despechado con una mujer a la que ahora detestaba, y que este no querría soltar ni una libra para seguir sufragando el ritmo de vida que había llevado su querida esposa cuando todo funcionaba de perlas.

Se sentó a su mesa y, dejando encima el vaso de café que había recogido en la cafetería de la esquina antes de subir al despacho, repasó toda la superficie comprobando que todo se encontraba en su lugar, salvo uno rotulador verde que se había torcido un poco. Lo enderezó y luego encendió el portátil para leer la prensa diaria. Le gustaba estar al tanto de la actualidad nacional e internacional y seguía on-line las noticias de los principales medios de prensa de Escocia.

Sorbiendo con cuidado el café, leyó por encima los titulares de primera plana y después pinchó en el enlace de sociedad, donde se informaba sobre las bodas y divorcios de las personas más influyentes del país. Entre cuatro

bodas y un funeral, vio que Olivia Milo, una supermodelo de cuerpo escultural y cara de ángel, había anunciado su divorcio tras solo seis meses casada con el solista de Rage Veuble, un grupo muy famoso en todo Reino Unido y que hacía estragos entre los adolescentes. En su opinión eran demasiado escandalosos y sus letras hirientes y a menudo soeces.

Estaba pensando en la suerte que sería que la modelo la contratara para llevarle el asunto del divorcio, pues una cliente de ese calibre podría suponer una fuerte inyección de ingresos al bufete y a su cuenta personal, cuando el teléfono fijo sonó. Levantó el auricular sabiendo que era Carol quien la llamaba, su extensión aparecía iluminada en la pantalla, y respondió con una sonrisa esbozada.

—Señorita Brown, está aquí la cita de las nueve —anunció la recepcionista.

—Estupendo, haga pasar a la señora Blake.

Al otro lado, Carol dudó un poco.

—Verá, es que no viene sola

—Pues haga pasar a la señora Blake y a su acompañante.

—Es que son unas... —La recepcionista desde su posición tras el mostrador contó la gente que había frente a ella antes de seguir hablando—... siete personas.

—¿Siete? —Liza, en su sitio, sacudió la cabeza sorprendida y, tras mirar las dos sillas que tenía en el despacho para recibir a los clientes, dijo—: Acompañe a la señora Blake y demás personas a la sala de juntas. Creo que allí estaremos más cómodos. Yo enseguida me reuniré con ellos.

Mientras cogía una libreta para tomar notas y su pluma estilográfica, se preguntó quién sería esa señora Blake para precisar la compañía de seis personas para asistir a una reunión con una abogada. Se terminó de un trago el café y encestó el vaso en la papelera.

Recorrió el pasillo hasta la sala de juntas y ya en el umbral de la puerta se detuvo un poco para observar a toda esa gente de aspecto moderno que había invadido la estancia. Uno de ellos, un tipo moreno de pelo largo y barba de náufrago se había aposentado en la silla presidencial y tenía cómodamente apoyados los pies encima de la mesa de caoba; a su lado, una chica escuálida de cabello extremadamente corto y rubio platino y con más anillos en las orejas que Saturno gritaba a alguien con quien mantenía una conversación por teléfono; los otros cinco chicos parecía que habían caído desde un helicóptero directamente sobre las sillas, a juzgar por la postura desmadejada

que lucían con la cabeza caída a un lado y los brazos descolgados hasta el suelo. A Liza la curiosidad le pinchaba en el cerebro, ¿quién sería toda esa gente? Tomó aire profundamente y entró en la sala con aire decidido.

—Buenos días —saludó con una sonrisa cordial a la vez que se dirigía a la silla enfrentada a la presidencial—. Soy Liza Brown. ¿Le importaría quitar los pies de encima de la mesa? —le habló de buenas maneras al tipo de las greñas, que la miró fijamente con cara de perdonarle la vida durante unos segundos antes de bajar las piernas.

Luego dirigió la mirada a la chica rubia, que ahora se encontraba de espaldas mientras a gritos le decía a su interlocutor que se las iba a pagar muy caro. Supuso que esa chica gritona, pese a que parecía muy joven, era la señora Blake, pues era la única persona, aparte de sí misma, del sexo femenino en aquella sala. Esperó pacientemente a que esta cortara la llamada y se sentara a la mesa para iniciar la reunión.

—Usted dirá, señora Blake —le dijo Liza a la chica y esta la miró abriendo los ojos de par en par antes de explotar en una sonora carcajada que dejó a Liza del todo descolocada.

—¿Perdona? —dijo aún entre risas echándose hacia atrás en el asiento.

Liza sacudió la cabeza y miró al resto de los presentes sin entender nada.

—¿Es usted Kasey Blake o me equivoco? —Liza estaba empezando a pensar que se había equivocado de clientes.

—¿Tengo cara yo de llamarme Kasey? —preguntó la chica en tono burlón y se rio de nuevo.

—Bueno, no lo sé. ¿Tengo yo cara de llamarme Liza? —le repuso Liza en tono serio.

La chica dejó de reír y miró al tipo de las greñas, que asintió con la cabeza.

—Diría que sí —respondió con una sonrisa burlona.

—De acuerdo —dijo y se encogió de hombros—. Si no es usted Kasey Blake, ¿sería tan amable de decirme con quién hablo?

—Me encanta. Me encantas, tía, eras la leche —dijo la rubia y los cinco estrellados se echaron a reír. Momento en el que Liza pensó que estaba siendo la víctima de una cámara oculta. Había escuchado hablar de un nuevo programa de ITV que hacían ese tipo de cosas. Estaba a punto de decírselo a aquellas personas, cuando el de las greñas le hizo un gesto con la mano a la chica y esta se puso seria, o al menos, lo intentó, la sonrisilla permanecía indomable en su rostro—. Me llamo Cinthya y soy la asistente personal de



Kasey Blake —dijo señalando con una especie de gesto reverencial al tipo de las greñas.

—Entiendo —dijo Liza concentrando la mirada en su verdadero cliente y que hasta el momento no había abierto la boca para decir nada—. ¿El señor Blake no habla?

La chica volvió a explotar en una carcajada y Liza empezó a sentirse bastante irritada con la situación. Esperaba que todo aquello no fuera una broma de mal gusto y que aquel hombre estuviera allí con la firme intención de contratar sus servicios, porque de momento lo único que habían hecho era hacerle perder su tiempo y crisparla, y eso era algo bastante difícil, ya que Liza tenía la paciencia de un santo.

—Habla —afirmó la rubia impertinente—. Pero solo cuando es imprescindible.

—¿No piensa que el motivo que le trae aquí hace imprescindible que hable? —A Liza todo aquello le parecía absurdo y una completa desfachatez.

—No, siempre y cuando yo pueda trasmitírselo.

—¿Cree usted que podrá hacerlo? —Liza no pudo evitar sonar un poco antipática.

La rubia se enderezó en el asiento y levantó su fina naricilla como si algo en el ambiente oliera mal.

—Kasey ha sido recientemente intervenido de unos pólipos en las cuerdas vocales por lo que debe mantener reposo vocal. Es decir, no utilizar para nada la voz —informó con aire repelente.

Liza miró al tipo de las greñas sintiéndose una completa imbécil y este se encogió de hombros esbozando una sonrisa irónica. Se levantó y, dirigiéndose a él, le tendió la mano.

—Lo siento, señor Blake. En primer lugar, ha habido un malentendido, puesto que pensaba que se trataba de una mujer y, en segundo lugar, lamento haber sido impertinente, ya que desconocía el origen de su mudez y he supuesto que me estaban tomando el pelo. —Liza no era de andarse con tonterías y quería poner todos los puntos sobre las íes.

El tipo le sonrió y asintió, poniéndose en pie, luego le envolvió la mano con las suyas. Tenía unas manos enormes y cálidas de dedos largos y finos, y, visto de cerca, unos ojos negros penetrantes que parecían capaces de meterse dentro de la cabeza de cualquiera y leer el interior.

—Nos han dicho que usted es la mejor especialista en divorcios de toda la ciudad y Kasey necesita la mejor —intervino de nuevo la asistente.

Liza se ruborizó un poco. Aunque era algo que siempre le decían, no terminaba de acostumbrarse a los halagos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para resolver ventajosamente la disolución de su matrimonio, señor Blake.

—A Kasey no le gusta que le digan señor Blake —añadió la rubia.

—Está bien, Kasey. A mí también puede tutearme, cuando esté en disposición de hacerlo, es decir, cuando pueda hablar. —Liza habló un poco más relajada, aunque la intensidad de los ojos de ese tipo fijos en su cara la estaban poniendo algo nerviosa.

*Continuará en noviembre...*